

r e v i s t a

octubre - diciembre 2016

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

326



Exterior: US 60

Colombia: \$15.000



revista
**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

ISSN: 0120-2367

Fundador

Alfonso Mora Naranjo

Rector

Mauricio Alviar Ramírez

Vicerrector de Extensión

José Edinson Aedo Cobo

Jefe Departamento de Extensión Cultural

Óscar Roldán-Alzate

Director

Elkin Restrepo

Asistente de dirección

Ana Cecilia Sánchez A.

Diseñadora

Luisa Santa

Auxiliar administrativo

Diego Fernando Castañeda Vergara

Corrector

Diego García Sierra

Comité editorial

Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego, César
Ospina, Margarita Gaviria, Luz María
Restrepo, Alonso Sepúlveda, Óscar
Roldán-Alzate, Carlos Peláez.

Impresión: Panamericana Formas e
Impresos S.A.S.

Calle 65 No. 95-28 Bogotá, D.C. Colombia

Teléfonos: 4302110 - 4300355

Fax: 2763008 - A.A.: 095557

Correspondencia y suscripciones:

Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia

Bloque 28, oficina 233,

Ciudad Universitaria

Calle 67 N.º 53-108

Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10-50 14

Fax: (574) 219 50 12

revistaudea@udea.edu.co

Página web

www.udea.edu.co/revistaudea

Versión digital

www.latam-studies.com

http://oceanodigital.oceano.com/

Publicación indexada en:

MLA, Ulrich's, CLASE

Canje: Sistema de Bibliotecas,

Universidad de Antioquia

Bloque 8, Ciudad Universitaria

E-mail: canjeydonacionbiblioteca@udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno

N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.



www.udea.edu.co/revistaudea

 /revistaudea

 @revistaudea

 revistaudea@udea.edu.co



Escanea el código QR
y visita nuestra página web



César del Valle
Variación #123 de un cubo incompleto
(a partir de Sol Lewitt)
2016
Minas de grafito 0.5 mm, hilo
6 x 6 x 7 cm

Contenido 326

OCTUBRE - DICIEMBRE 2016



César del Valle
Retrato (2016)

EL PLACER DEL ESCÉPTICO

- 4 José Asunción Silva y el desarrollo económico
Alejandro Gaviria
- 6 Arriba y abajo
Andrés García Londoño
- 8 El sentido de la regionalización
Jaime Restrepo Cuartas
- 10 De ingenieros y poetas. Otra vez
discutiendo sobre números y objetividad
Moisés Wasserman
- 13 Camino de doble vía entre la literatura
colombiana y la holandesa
Cees Nooteboom



EN PREDIOS DE LA QUIMERA

- 16 **Ernesto Volkening**
cuadernos
- 27 De la nota al diario. Ernesto Volkening
y Nicolás Gómez Dávila
Efrén Giraldo
- 33 Cruzar fronteras culturales. La traducción
de la literatura alemana en Colombia
Kathrin Seidl-Gómez
- 39 Entre líneas, Volkening
Francia Elena Goenaga Olivares
- 43 Los límites y las posibilidades de
un habitante del reino intermedio
Juan Camilo Brigard



Ensayos

- 48 Visitando los planetas
Dubán Horacio García Sierra
- 62 Carl Gustav Jung y las entidades colectivas
Luis Fernando Macías
- 70 El buldócer y el jaguar
Brigitte Baptiste

- 76 Poesía
Poemas de Natalia Litvinova

FRAGMENTOS A SU IMÁN

- 80 **El papel del doble**
El viaje de Steinbeck y su perro Charley
Julia Escobar Villegas
- 83 El ámbito de las emociones
en la región andina
H.C.F. Mansilla
- 87 Borgen: entre el idealismo
y el pragmatismo político
Luis Fernando Afanador
- 90 Una odisea irlandesa
Álvaro Vélez
- 93 Enmienda
Esther Fleisacher
- 96 Libros para juzgar por la cubierta
Lina María Aguirre
- 101 Poeta en New York
Iván Darío Upegui
- 104 **Arquitectura**
¡Un "premio Nobel" para Medellín!
Luis Fernando González Escobar
- 112 **Fábula**
Fábula sobre la guerra
José Zuleta

EL SOMBRERO DE BEUYS

- 114 **Plástica**
Jeison Sierra. Paisajes memoriosos
Sol Astrid Giraldo E.

LA MIRADA DE ULISES

- 118 **Cine**
Entre Marx y la Coca-Cola
Juan Carlos González A.

RESEÑAS

- 124 *Colombia sobrenatural* o de cómo leer
la literatura de lo paranormal
Campo Ricardo Burgos López
- 127 La línea sin reposo:
una ficción multifacética
Mónica Gil Restrepo
- 130 Como esos juegos con sombras
Carlos Ciro

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA Y EL DESARROLLO ECONÓMICO



ALEJANDRO GAVIRIA

“**D**E SOBREMESA ES LA NOVELA de un loco escrita por otro”, escribió Fernando Vallejo en su biografía de José Asunción Silva, el poeta, el otro loco. En las primeras páginas de la novela, el protagonista, José Fernández, expone sin aspavientos sus sueños de grandeza, sus ideas sobre el desarrollo, sus planes para el futuro de su patria, un país definido por la distancia entre sus potencialidades y sus realidades.



Muchas veces, para cambiar el mundo, para transformar la sociedad, incumbe abandonar las grandes ideas, escoger un proyectico, uno solo, ejecutarlo y continuar con el siguiente.

“El país es rico, formidablemente rico, y tiene recursos inexplorados, es cuestión de habilidad, de simple cálculo, de ciencia pura, resolver los problemas actuales”, declama José Fernández como tantos otros antes y después. Sus ideas parecen copiadas de los planes de desarrollo de estos tiempos, de los reportes internacionales sobre algún milagro económico en las antípodas; describen círculos

virtuosos, transformaciones estructurales, saltos cualitativos, el *big push* de los economistas del desarrollo:

Equilibrados los presupuestos por medio de sabias medidas económicas: disminución de los derechos aduaneros, [...] reorganización de los impuestos sobre bases científicas, economías de todo género; a los pocos años el país es rico y para resolver sus actuales problemas económicos, basta un esfuerzo de orden; llegará el día en que el actual déficit sea un superávit que se transforme en carreteras, en ferrocarriles, en puentes que crucen ríos tormentosos, en todos los medios de comunicación de que carecemos hoy, y cuya falta sujeta a la patria, como una cadena de hierro y la condena a inacción lamentable.

José Fernández, el loco, era un desarrollista sin límites, un romántico de la economía. Soñaba con el grito metálico de las locomotoras, con innumerables rebaños pastando sobre fecundas planicies, con el platino, el oro y la plata brillando en los ojos de los mineros, con racimos de banano doblegando las ramas de los árboles, con hilos telefónicos temblando con la agitación de los negocios, todo ello, como una gran fuerza gigantesca, creciendo en progresión geométrica. “Llamaré economistas de fama europea y consultaré los más grandes estadistas del mundo para proceder acorde con ellos al

arbitrar las medidas que culminarán la obra”, afirma con optimismo, con pasión reformadora.

Imbuido en sus sueños de grandeza, José Fernández visita en la ciudad de Londres al médico Sir John Rivington, autor de varios libros que, en su opinión, lo ponían a la altura de Charles Darwin y Herbert Spencer, los grandes pensadores de su tiempo. A diferencia del protagonista, Rivington personifica la atenuación inglesa, el escepticismo acerca de los grandes planes y los delirios colectivos. El médico inglés, un microescéptico, escucha atentamente al protagonista colombiano, un macrosoñador. Deja pasar algunas horas y hace después, en tono tranquilo, flemático, algunos comentarios.

“Deseche esos sueños políticos que son irrealizables. Usted no tiene el hábito de ejecutar planes, [...] hay que comenzar ideando y llevando a cabo cosas pequeñas, prácticas, fáciles, para lograr al cabo de muchos años enormidades de esas con que usted sueña”, le aconseja el médico a Fernández, el loco. “El sueño es el enemigo de la acción. Piense Usted, conciba un plan pequeño, realícelo pronto y pase a otro”, dice más adelante, con el mismo énfasis gradualista, escéptico sobre los grandes planes.

Rivington es un representante de la llamada Ilustración Escocesa, lo animan no el voluntarismo spenceriano, ni el utilitarismo de Bentham tan parecido al santanderismo criollo. Parece inspirado, más bien, por las ideas de Adam Smith sobre la complejidad del mundo social, la sobrevaloración de la política y la impertinencia del “hombre del sistema”, aquel que intenta rehacer la sociedad según un gran plan o una visión única y exaltada.

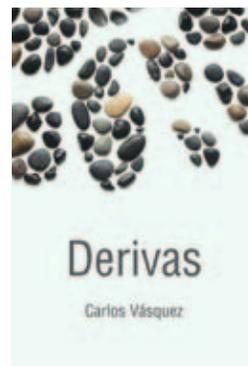
El hombre del sistema, pensaba Smith, supone que los seres humanos son fichas en un tablero de ajedrez que pueden ser movidas a su antojo. Los grandes planes, sugería Smith, soslayan la complejidad del mundo y sobrestiman el poder de la ingeniería social. “Deseche esos sueños políticos que son irrealizables”, le

dice Rivington a Fernández haciendo eco de las advertencias de su compatriota, el economista y filósofo Adam Smith.

Muchas veces, para cambiar el mundo, para transformar la sociedad, incumbe abandonar las grandes ideas, escoger un proyectico, uno solo, ejecutarlo y continuar con el siguiente. En un país dominado por los herederos de los oidores de Santafé, por los discursos grandilocuentes y los planes de desarrollo, no está demás volver sobre las enseñanzas de la atenuación inglesa, a saber: los proyectos pueden más que los discursos y los microescépticos, más que los macrosoñadores. 

{ Novedades }

Derivas
Carlos Vásquez
Editorial Universidad
de Antioquia
Medellín - Colombia
2016
136 p.



*El extraño universo de
León de Greiff*
Orlando Mejía Rivera
Fondo Editorial
EAFIT
Medellín - Colombia,
2016
98 p.



ARRIBA Y ABAJO

HACE UNOS MESES, LA AGENCIA Espacial Europea compartió un mapa de la Vía Láctea elaborado a partir de las observaciones de la sonda Gaia. Este mapa, el más detallado hasta ahora de nuestra galaxia, contiene un poco más de 1.142 millones de estrellas, incluyendo 400 millones antes desconocidas. Y aunque la galaxia es tan grande que el mapa, a pesar de sus números, contiene sólo el uno por ciento de las estrellas que la componen, podemos hacernos una idea de la dimensión de este esfuerzo si pensamos en que un hombre o una mujer necesitaría casi 37 años para contar de seguido 1.142 millones de estrellas a un ritmo de una cada segundo, así que si “pierde el tiempo” en detalles como dormir, comer o cualquier otra actividad que no sea contar, probablemente no le alcanzaría el término de una vida para acabar de contarlas.

La paradoja de nuestra especie está siempre allí, no nos abandona, así que al mirar hacia abajo nos encontramos de frente con aquello que no está a años luz, sino a centímetros, en las noticias del periódico, y todo se vuelve menos glorioso.

Este año hubo otra noticia sorprendente relacionada con el espacio. Al parecer, el sistema solar más cercano a la Tierra, Próxima Centauri, contiene un planeta dentro de lo que se conoce como “la zona habitable” (esto es, el muy reducido rango de distancia a una estrella en que un planeta puede contener agua líquida,



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

que hasta ahora consideramos el ingrediente más esencial para que se desarrolle la vida tal como la definimos a partir de nuestro planeta). Las probabilidades de que esto sucediera en Próxima Centauri eran mínimas y, aunque no sabemos si otras condiciones para la vida se cumplen o no, y menos aún si la vida como tal existe allá o no, sí sabemos ahora que es posible que nuestro vecino sideral más cercano pueda albergar la vida como la conocemos. Dado que el planeta Próxima b está a un poco más de 4,2 años luz, lo que lo ubica a más de 400.000 millones de kilómetros de distancia, si tomamos en cuenta que la nave más rápida que hemos construido hasta ahora es capaz de recorrer un poco más de 1.250 millones de kilómetros por año (la sonda Juno que, luego de acelerar gracias al efecto onda de la gravedad de Júpiter, alcanzó los 40 kilómetros por segundo), nos tomaría más de cuatro siglos llegar allá. Pero hay nuevas tecnologías de propulsión en investigación que pueden llevarnos pronto a construir una nave capaz de llegar a Próxima b en el término de una vida humana.

Noticias como las anteriores nos recuerdan el insólito nivel de comprensión que nuestra especie ha alcanzado del cosmos que nos rodea. Ya llegamos a la Luna y el próximo paso es Marte, con la mira puesta además en su colonización. Si vemos hacia arriba, hacia las estrellas y lo que sabemos de ellas, el futuro de nuestra especie parece ilimitado. ¡Cuánto hemos avanzado en nuestra comprensión del cosmos desde que nuestros ancestros se refugiaban del trueno en cuevas, temblando asustados ante la furia

de los cielos!... Pero la paradoja de nuestra especie está siempre allí, no nos abandona, así que al mirar hacia abajo nos encontramos de frente con aquello que no está a años luz, sino a centímetros, en las noticias del periódico, y todo se vuelve menos glorioso.

Si consideramos que la paz es el único estado con el que puede haber verdadero desarrollo en una civilización que cuenta con armas similares a las nuestras, este año ha sido desastroso. Así Colombia haya tenido en este sentido su mejor año en medio siglo por cuenta del proceso de paz, a nivel global numerosas nubes se han instalado: en Europa, los ciudadanos de Gran Bretaña han votado por separarse del proyecto de unión de las naciones que más se han peleado en la historia (ese mismo proyecto, por cierto, con cuyo respaldo económico se envió la sonda Gaia y que financia varios de los observatorios que descubrieron a Próxima b); al mismo tiempo, en el norte de América un matón de escuela que miente cada tres minutos y quince segundos se ha lanzado a la presidencia del país más poderoso del planeta y, gane o pierda, las consecuencias de cómo su discurso ha empoderado a los sectores más divisivos y excluyentes de la sociedad norteamericana se sentirán por muchos años; en el Pacífico asiático se siente la pesada pisada de China con sus deseos de expansión territorial, en Europa del Este los de Rusia; en el Medio Oriente, la guerra continúa generando cada vez más refugiados, que encuentran cerradas las puertas de una Europa poco solidaria que por siglos se ha lucrado de las riquezas y el trabajo de los habitantes de otros países, generando así más argumentos que los fanáticos de Isis pueden incluir en sus discursos de reclutamiento. Y más allá de nuevos posibles conflictos civiles o entre naciones, la humanidad como un todo enfrenta amenazas crecientes. Sin tomar en cuenta siquiera los nuevos cambios que traerá el calentamiento global, ya hoy el 85% de la población mundial vive en las zonas más secas del planeta y cerca de 800 millones de personas no tienen acceso a agua potable, y estamos extinguiendo a otras especies a un ritmo entre mil y diez mil veces superior a la tasa natural. Además, hemos entrado en una era de inequidad no vista nunca

antes, ni siquiera en la Revolución Francesa o en la China imperial, con los 62 individuos más ricos del planeta teniendo tanta riqueza acumulada entre ellos como la mitad más pobre de la humanidad, los 3.700 millones de personas que están en el fondo de la escala económica global.

Abajo, entonces, podemos ver que las semillas para múltiples conflictos masivos se han ido acumulando, y no se ve ninguna acción de peso, coordinada, para enfrentarlos y prevenir sus consecuencias, solo dilatadas escaramuzas que avanzan a ritmo de tortuga, a pesar de ser ya de por sí insuficientes. ¿Cómo es posible esa disonancia entre lo que el hombre es capaz de descubrir y su incapacidad para evitar aquellos de sus comportamientos que amenazan su propia supervivencia como especie? ¿A cuál versión de nuestra especie darle más crédito, a esa que conquista el conocimiento del cosmos, o a esa otra que parece tan incapaz de manejar su propia vida y convivir con otros seres como un niño mimado que además es más bien estúpido?

La paradoja está lejos de ser nueva, pues alimentó la misantropía de Jonathan Swift, entre muchos otros, quien afirmó en sus *Viajes de Gulliver* en 1726 que la razón no le sirve en nada más al animal humano que para añadir nuevos vicios a la suma de aquellos con los que la naturaleza ya le ha dotado. Pero de alguna manera, al mirar hacia arriba y recordar lo que hemos descubierto del cosmos, o a los lados, donde encontramos el libro o la revista que tenemos entre las manos, el simple gesto de gentileza de alguien que le abre la puerta a un extraño con las manos ocupadas, o a voluntarios que se esfuerzan por llevar comida o atención médica a quien no lo tiene, o en cuidar animales abandonados o proteger a especies en peligro, sabemos que hay algo más, algo que con frecuencia pasa desapercibido en los titulares de los periódicos, pero que también es poderoso y constante. Una cosa es segura, en todo caso: el acertijo que plantea nuestra especie es más palpable hoy que nunca antes, y está tan lejos de ser resuelto como la pregunta de si como especie podremos o no sobrevivir a las consecuencias del profundo egoísmo que suele guiar a nuestras sociedades. ■

EL SENTIDO DE LA REGIONALIZACIÓN

Es el momento de aprender de la descentralización para desarrollar la universidad en las regiones.



JAI ME RESTREPO CUARTAS

CUANDO LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA descentraliza sus actividades académicas hacia las regiones, comienza a adquirir un compromiso irrenunciable con ellas. Al fin, como universidad departamental, su misión tiene que ser con Antioquia y debe trascender su focalización en la ciudad de Medellín. Esto la obliga a conocer las características socioeconómicas particulares y aprender de ellas e incluso fomentar el camino de la equidad social y la igualdad de oportunidades, lo que no es fácil, especialmente en un país que sigue concentrando el poder, las decisiones y los privilegios en las grandes ciudades. Colombia vive un proceso de concentración de sus principales funciones en sus capitales, especialmente en Bogotá, con ciudades hipertrofiadas que gozan de muchos privilegios, pero a la vez se convierten en focos de contradicción que hacen la vida compleja, lejos de la tranquilidad, lo que lleva a que las grandes urbes se vayan volviendo lugares deshumanizados y caóticos.

La Universidad de Antioquia decidió descentralizarse llevando inicialmente programas académicos por medio de las llamadas “fundaciones universitarias”, que mostraron el interés de las poblaciones intermedias

por lograr condiciones educativas de mayor nivel y no tener que desplazar sus aspirantes a las grandes universidades. Fue un proyecto incipiente en regiones del territorio antioqueño como el Oriente, Urabá y el Suroeste. Allí se llevaban programas en convenio, con profesores que se desplazaban los fines de semana y dictaban los cursos en instituciones educativas alquiladas o prestadas. En general, eran programas de menor nivel, fundamentalmente tecnologías, dictados de manera semipresencial, pero que empezaban a despertar la necesidad de formar ciudadanos que aspiraran a quedarse en su lugar de origen, porque lo usual era que los profesionales que se educaban en la capital no regresaban a sus municipios, pues encontraban mejores posibilidades de vida y de trabajo en las grandes ciudades.

Desde el año 1995 se inició el proceso de descentralización de la Universidad de Antioquia con la apertura de la sede en Urabá, y para lograrlo se requirió el apoyo de las autoridades locales y nacionales, que facilitaron el lugar para ubicar la institución educativa, en este caso el Instituto Popular de Capacitación en Turbo, que se transformó en la sede de la universidad y fue entregado por el Gobierno Nacional. Inicialmente se presentaron muchas dificultades que permitieron, con base en la creatividad, apuntalar un proyecto que ni en la universidad misma se consideraba que pudiera ser exitoso. Las polémicas en favor y en contra se generaron en todas las dependencias y había que buscar que los primeros programas

tuvieran el acompañamiento de profesores que se desplazaban desde Medellín para cumplir su cometido. Luego los procesos se extendieron al Bajo Cauca, el Magdalena Medio, el Suroeste y el Oriente, y en la actualidad existen doce sedes regadas en todo el territorio regional (Restrepo Cuartas: 1995-2002).

Para lograr este cometido, hubo que desarrollar estrategias que permitieran que los estudiantes mejoraran sus capacidades antes de ingresar, pues la mala calidad de la educación básica primaria y secundaria en el país ha sido una constante a lo largo de los años, más aún en las poblaciones intermedias y en las zonas campesinas, y para ello se requirieron entonces diferentes estrategias, como cursos de nivelación y capacitación de los maestros, e incluso llevar estudiantes de la sede central en Medellín que obtenían los puntajes mínimos del examen de admisión, pero que no alcanzaban cupo, y se les ofrecía la posibilidad de desarrollar su formación profesional en aquellas regiones. Así lo hicieron grupos significativos de estudiantes, y muchos de ellos, hoy en día, con familia e intereses en las localidades, ejercen sus profesiones en el lugar en donde finalmente culminaron sus estudios.

También hubo que establecer programas por cohortes que se ofrecían una o dos veces y luego desaparecían, por lo menos temporalmente, para no copar las capacidades de la región ni generar desempleo calificado. La regionalización exige pertinencia, y por ello el conocimiento de la región es fundamental para que las carreras

se acomoden a las necesidades específicas y para que los profesionales graduados permanezcan en la zona y contribuyan con su desarrollo; pero también se requiere que la región misma se apropie cada vez más de la dirección de la institución y de sus profesores, para que de esa manera se fortalezcan los intereses regionales y se logren otros resultados, como el sentido de pertenencia y las posibilidades de desarrollo en áreas específicas.

Ahora que estamos en un nuevo proceso hacia el Plan de Desarrollo Institucional de la Universidad de Antioquia, debe repensarse el sentido de la regionalización de la institución, consolidar las zonas estratégicas, evaluar bien la pertinencia de los programas que se consideren de naturaleza permanente, aprovechar mucho más los Centros Educativos del Departamento abiertos en casi todos los municipios e incentivar la formación virtual, para llevar nuevos programas bajo esta estrategia, especialmente aquellos que deben ser transitorios. Además, es necesario mejorar la calidad de los aspirantes, soltarles a las sedes las riendas de su propio manejo con directivos autónomos y profesores de planta, y llevar a las regiones todas las fortalezas de la universidad, especialmente en los campos de la investigación, le extensión y la internacionalización. ■

Referencia

Restrepo Cuartas, Jaime (1995-2002). *Cartas del rector*. Medellín: Universidad de Antioquia.

DE INGENIEROS Y POETAS OTRA VEZ DISCUTIENDO SOBRE NÚMEROS Y OBJETIVIDAD



MOISÉS WASSERMAN

Nuevamente las dos culturas

HACE UNAS SEMANAS, ANDRÉS OPPENHEIMER afirmó en una entrevista, otra vez, que América Latina necesita más ingenieros y científicos que poetas. Él es un periodista, no un filósofo. Vende muy bien sus libros y le resultan convenientes las declaraciones duras y con impacto publicista. Pero su afirmación carece de sentido. ¿Quién dice que no puede haber, al mismo tiempo, más poetas y más ingenieros? ¿Supone que un poeta menos es un ingeniero más, o viceversa? Habla además de dos poblaciones que son numéricamente distintas, no comparables. Conozco muchos ingenieros y poquísimos poetas.

Las sociedades humanas necesitan la objetividad del científico natural y del social tanto como la subjetividad del poeta y del artista.

Puede ser que usara el término 'poeta' para referirse a los humanistas. También en este caso la afirmación tiene poco sentido. Así lo entendieron científicos e ingenieros que simplemente ignoraron la declaración. En cambio, sí hubo una

verdadera avalancha de protestas desde el sector humanista de la academia. Protestas apasionadas y a mi entender innecesarias, que le dieron una relevancia que no merece.

En esta avalancha de escritos, había unos que reivindicaban juiciosamente (aunque insistió que inútilmente) la importancia de la poesía, las humanidades y las ciencias sociales. Pero había también bastantes que emprendieron una guerra (añeja y mil veces repetida) contra las ciencias naturales y las matemáticas con su pretensión de objetividad, y contra las ingenierías y su eficiencia.

C. P. Snow, físico y novelista inglés, describió hace años esa guerra en su libro *Las dos culturas y la revolución científica*. Con un pie en cada una de las culturas, les reclamaba a los humanistas su incapacidad para ver la belleza de la naturaleza, que se hace plenamente evidente solo a través de la ciencia y las matemáticas. Belleza que, según afirmaba Richard Feynman (premio Nobel y uno de los físicos más importantes del siglo xx), solo se puede apreciar a través de la matemática, porque no podemos ser tan arrogantes como para exigirle a la naturaleza que cambie de lenguaje para que le pongamos atención.

No es extraño el reclamo sobre la relación entre la experiencia cognitiva y la estética. Bertrand Russell, filósofo, matemático y premio Nobel de literatura, decía en su *Estudio de la matemática*:

Las matemáticas, bien vistas, poseen no solo verdad sino belleza suprema; una belleza fría y austera, como la de una escultura, sin llamados a nuestra naturaleza más débil, sin la maravillosa trampa de la pintura o de la música, pero sublimemente pura y capaz de una perfección que solo la gran obra de arte puede mostrar. El verdadero espíritu de delicia, de exaltación, el sentido de ser más que humano, que es el toque de la más grande excelencia, se encuentra en las matemáticas tanto como en la poesía.

¿Es la objetividad posible?

Las dos culturas que plantea Snow abordan ámbitos diferentes de la experiencia humana, pero, como lo sugieren las citas anteriores, generan emociones que no están tan distantes. Sin embargo, es claro que cada una de las dos culturas tiene virtudes particulares, y no es razonable que una pueda ser refutada con los términos de la otra. Esto se ve claro con los idiomas que usan: el de las ciencias es estrictamente formal, eliminando en lo posible cualquier ambigüedad (y esa es su fortaleza); el de la poesía es sobre todo ambiguo e invita a múltiples interpretaciones (y esa es su fortaleza).

Si alguien quiere escribir una poesía libre de sugerencias, insinuaciones e indefiniciones, seguramente terminará redactando un manual de instrucciones para aspiradora. Igualmente absurdo es negarle a la ciencia la posibilidad de acercamientos objetivos a la realidad física.

Bertrand Russell le contaba a un amigo la anécdota de una señora, un poco snob, que en una reunión social le decía que era una convencida solipsista y no lograba entender cómo los demás no lo eran. Es decir, creía “firmemente” que nadie existía fuera de ella y le molestaba que los otros no creyeran lo mismo. Algo parecido sucede con algunos negacionistas de la objetividad. Hace poco discutía con un colega artista el argumento de que la velocidad de la

luz es idéntica cuando es medida por un cristiano en Oxford o por un budista en Myanmar. Él negaba enfáticamente la existencia de la objetividad no solo para él, sino también para mí y para todos. Es decir, estaba convencido de que la objetividad objetivamente no existe.

El gran éxito de la ciencia es el desarrollo de métodos y estrategias para no dejarse engañar por las apariencias, por aquello con lo que uno tal vez quisiera ser engañado, pero que no es cierto. Jans Hopwood Jeans, astrónomo y premio Nobel, decía que “El Gran Arquitecto parece haber sido un matemático”. Si hay un consenso poderoso y general en las ciencias naturales es que la búsqueda de la objetividad, más que una posibilidad, es un imperativo, y que las matemáticas son el mejor instrumento que tenemos para lograrla.

El argumento más usado en contra de la objetividad es que la ciencia es una construcción humana y por tanto depende de la cultura y del momento histórico en el que se desarrolló. La premisa es una perogrullada; todo lo que producimos es una construcción humana por definición. Pero la conclusión no se deriva de la premisa ni es probada por ella. Un par de ejemplos sencillos ayudarán a entender mejor.

El tiempo es un concepto difícil de comprender, aunque todos lo percibimos. Pero nosotros definimos (en una construcción humana arbitraria) un día que dividimos en 24 horas, cada una de 60 minutos. Construimos relojes (otro artefacto humano) usando diversas técnicas. A nadie le extraña, sin embargo, que un reloj suizo marque las mismas horas que uno japonés, uno digital que uno atómico. Podemos hacer una cita con un amigo en Nueva Zelanda para hablar por Skype y cada uno, consultando su reloj, llegará exactamente al mismo tiempo al encuentro.

Otro ejemplo sencillo es la temperatura. Los científicos seguramente van a decir que depende de la energía cinética de las moléculas en

un cuerpo, pero todo el mundo, sin definiciones sofisticadas, usa esos artefactos humanos que llamamos termómetros. Llamamos cero a la temperatura de congelación del agua y cien a la de ebullición, y dividimos esa escala en cien partes iguales que llamamos grados. Esos artefactos humanos, productos culturales, nos permiten sin embargo decir cuándo alguien está enfermo. Hasta los pueden usar parejas que quieren tener un hijo (chinas, australianas o bolivianas, no importa) para saber cuál es el mejor momento para engendrarlo.

Como esos hay infinidad de ejemplos. Los mapas son constructos culturales, pero podemos encontrar el lugar preciso que buscamos usándolos. Los GPS y sus derivados nos permiten encontrar una buena ruta, sin demasiado tráfico, o mandar un artefacto al espacio para que diez años después entre con exactitud en la órbita de Plutón. En resumen, el hecho obvio de que la ciencia sea una construcción humana no la vuelve por eso subjetiva.

¿Les sirven los números a las ciencias sociales?

Todo el mundo sabe que en los años terminados en siete muere más gente que en los otros años. Mejor dicho, todo el mundo lo sabía antes de que Gaspar Neumann en el año 1691 revisara miles de certificados de defunción en Breslavia y concluyera que eso no es cierto. Es decir, que contar con cuidado puede servir para refutar creencias sociales falsas.

En verdad contamos hace mucho tiempo. Los chinos hacían censos hace 4000 años. El libro *Números* describe dos censos. Ramsés II organizó uno para definir los impuestos que le permitirían construir una pirámide. David le ordenó a Joab hacer un censo poblacional para estimar sus posibilidades de armar un ejército y ganar la guerra. Los romanos hacían censos cada cinco años. Pipino el Breve y Carlo Magno los establecieron en Francia; Guillermo el Conquistador en Inglaterra. Desde el año 1500 los ingleses cuentan decesos y nacimientos para planear estrategias sociales.

Seguramente, uno de los precursores importantes de la aplicación de las matemáticas en las ciencias sociales, para hacerlas más

objetivas, fue John Finlaison, a quien la Cámara de los Comunes de Inglaterra le encargó describir las leyes científicas de la mortalidad y de la enfermedad. Tuvo problemas con la segunda, pero pronto, por presión de las uniones de trabajadores que aseguraban a sus socios, se elaboraron tablas de morbilidad que permitieron, con una acción pionera, hacer viable la seguridad social. Charles Babbage construyó el primer computador analógico para calcular esas tablas.

No creo que haya muchas personas hoy en día que piensen en serio que la estadística, la demografía y la econometría no son de una enorme importancia para la construcción de buenas políticas sociales. Hay quienes critican algunos números, pero usualmente es porque son números mal calculados. La objetividad se deriva más de la rigurosa aplicación de métodos bien estandarizados que de una supuesta sabiduría.

Recientemente, el excandidato presidencial republicano Newt Gingrich afirmó que “no creía en los números sino en la gente”. Lo dijo para justificar los datos falsos sobre la economía y la seguridad estadounidenses que Donald Trump había presentado en su discurso de aceptación de la candidatura republicana. No se me ocurre mejor ejemplo para mostrar lo importantes que son los números y la objetividad. Quienes tratan de desvirtuar su poder son los mismos que piensan que todo vale, que lo útil es lo que les gusta y les conviene y no lo que mejor describe la realidad, los mismos que imponen sistemas políticos autoritarios. La mejor vacuna contra ellos es el desarrollo armónico de las dos culturas. Las sociedades humanas necesitan la objetividad del científico natural y del social tanto como la subjetividad del poeta y del artista. Un buen sistema educativo debe impulsarlas a las dos. ■



CAMINO DE DOBLE VÍA ENTRE LA LITERATURA COLOMBIANA Y LA HOLANDESA



CEES NOOTEBOOM

ESCRIBO ESTO EN EL MES de marzo y hace frío en los Países Bajos, pero mis pensamientos no están con ese frío nórdico y la inclemente luz de Ámsterdam, sino con el mapa de Colombia que tengo abierto frente a mí y que me evoca recuerdos nostálgicos y esa sensación de felicidad que procura el viaje. No recuerdo muy bien cuándo, pero el hecho es que la primera vez que estuve en Colombia entré por una puerta trasera. Venía yo de Manaos y, casi como un ladrón en la noche, llegué a Leticia, al humeante calor del trópico. Al igual que mi tierra, los Países Bajos, Colombia tiene en su parte inferior un pequeño trozo de territorio alargado y saliente. En mi país ese saliente lo constituye la provincia de Limburgo. Aquí se extiende entre el río Putumayo y la poderosa Amazonia, una región que parece trazada con una regla y que alberga el bellissimo parque natural Amacayácu, que tuvo la suerte de poder visitar durante un viaje posterior. Como mi país me pareció demasiado pequeño —creo que cabe una infinita cantidad de veces dentro de Colombia—, en una de mis novelas me apoderé de un pedacito de mi tierra, que extendí más allá de los Alpes hasta Grecia, para que nuestra reina pudiera reinar sobre un territorio más vasto. Ese libro tiene por título *En las montañas de Holanda*, un

país que, como bien saben, carecía de montañas hasta que yo —con la licencia del poeta— le proporcioné unas cuantas. A propósito, les advierto que no hagan lo mismo, si quieren evitar un conflicto con Perú y Brasil.

Aquella primera visita a Leticia siempre la he conservado en la memoria como un instante de resplandor tropical, incluso después de conocer en este hermoso país otras ciudades y otra naturaleza completamente diferentes. Colombia no es un país, es un conjunto de mundos muy distintos entre sí: las costas oceánicas, las selvas tropicales, las cumbres nevadas de los Andes que alcanzan el cielo. El impresionante festival de poesía en Medellín, donde tuve la ocasión de recitar mi poesía y donde escuché por primera vez a poetas colombianos; el Hay Festival en Cartagena de Indias; Mompo, esa somnolienta ciudad cargada de historia (en la que Candelario Obeso escribió con su curiosa ortografía los *Cantos populares de mi tierra*), a donde seguí el rastro de mi fallecido amigo Michael Jacobs, cuya memoria honramos hace dos años en Cartagena con un grupo de amigos y que, como gran admirador que era de Gabriel García Márquez, escribió un libro sobre el río Magdalena; la evocadora casa del poeta Silva, donde tuve la ocasión de hablar con William Ospina, que tanto me ha enseñado sobre la poesía de este país con su libro *Por los países de Colombia, ensayos sobre poetas colombianos*. La literatura colombiana es conocida, traducida y apreciada en mi país y, a nivel personal, quiero decir que la semana pasada

coincidí en un festival de poesía en Lima con muchos poetas colombianos y en los comienzos de marzo pude saludar a Juan Gabriel Vázquez en Eslovenia. Y en Bogotá, hace tres años Pedro Alejo Gómez fue el primero en publicar la más completa traducción al español de mi poesía en la Casa Silva. Como habitante de un país pequeño y superpoblado, no me canso de mirar el mapa de este país. Con cierta envidia observo las inmensas extensiones vacías de Caquetá y Guaviare, la telaraña de ríos y torrentes que atraviesan Vichada, Arauca y Guainía, un vacío que es pura apariencia, porque sé por los libros cuánta vida se oculta ahí.

Comprenderán que es para mí una gran satisfacción que la Feria Internacional del libro haya elegido este año como invitado de honor a Holanda, gracias a lo cual ustedes podrán acercarse un poco más a nuestra literatura y a nuestra forma de ver el mundo.

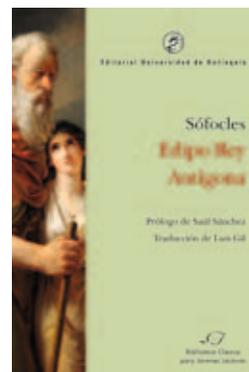
Hace unos años, estando yo en Argentina con motivo de la publicación de un libro mío, un crítico argentino me dijo: “Su libro ha sido traducido por una española”. Y así es. Mi traductora es bilingüe por ser la hija de exiliados españoles residentes en Holanda durante el régimen de Franco. Cuando le pregunté al crítico cómo se había percatado de ello, contestó: “Porque los españoles han corrompido nuestra lengua en los últimos años”. Cuando más adelante le pregunté a mi traductora qué pensaba de ese comentario tan contundente, ella lo meditó un instante y dijo: “Nuestra lengua común ha recorrido senderos diversos impulsada por la distancia, el tiempo y la historia. Puedo entender lo que dijo ese hombre, y, si te soy sincera, creo que el español más bello y expresivo, el español que más ha conservado su pureza, ya no se habla hoy en Madrid, sino en Colombia”. Ustedes eso ya lo sabían, claro.

Los escritores holandeses estamos felices de estar aquí y esperamos que esta feria sea un camino de doble vía entre la literatura colombiana y la holandesa. Gracias. **U**

Nota para la 29ª Feria Internacional del Libro de Bogotá (FILBO) 2016, en la que Holanda fue el invitado de honor. Traducción de Isabel-Clara Lorda Vidal *Cortesía de la Embajada de Holanda Programa de País en País U de A.

{ Novedades }

Edipo Rey · Antígona
Sófocles
Prólogo de Saúl Sánchez
Traducción de Luis Gil
Colección Biblioteca
Clásica para Jóvenes
Lectores
Editorial Universidad de
Antioquia
Medellín - Colombia
2016
236 p.



La condición biográfica.
Ensayos sobre la escritura
de sí en la modernidad
avanzada
Christine Delory-
Momberger
Colección Educación
Editorial Universidad de
Antioquia
Medellín - Colombia
2016
150 p.

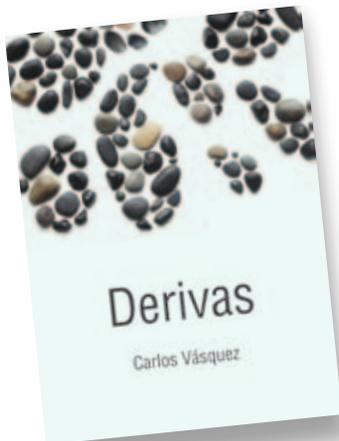


Transmigración (Los lobos
no van a la guerra)
Carlos Enrique Lozano
Guerrero
Premios Nacionales
de Cultura Universidad
de Antioquia
Editorial Universidad
de Antioquia
Medellín - Colombia
2016
48 p.





Editorial Universidad de Antioquia®



Derivas
Carlos Vásquez
Ilustraciones
de Samuel Castaño



El cuarto asesino
Santiago Andrés Gómez



Más que Juan Mosca
Fernando Garavito,
escritor y hereje
Édison Marulanda Peña



Voces y secretos
Blanca Inés Jiménez Zuluaga



**Cuentos escogidos
de Machado de Assis**
Compilación y traducción de
Jhony Alexánder Calle Orozco
Prólogo de Elkin Obregón



**¿Quién mató
a Gerard Norton?**
Óscar R. López Castaño

Información:
Editorial Universidad de Antioquia
Teléfono: (4) 219 50 10
Correo: editorial@udea.edu.co

Síguenos en: 



EN PRECIOS DE
la quimera

[Ir a contenido >>](#)

ERNESTO VOLKENING

cuadernos

SELECCIÓN DE TEXTOS
EFRÉN GIRALDOTRANSCRIPCIÓN
JUANITA OLIVERA VÉLEZ

El miércoles 23 de mayo de 1973 recibí de don Nicolás Gómez Dávila 7 tomos de un manuscrito modestamente intitulado “E scolios a un texto implícito” y digo “modestamente” porque ya sé que el “texto implícito” representa la vida misma del autor, su quintaesencia, el fruto de varios decenios de intensa actividad espiritual.

Inicio la lectura de los “E scolios” hoy, el día 24 de mayo de 1973.

Y a un tiempo empiezo a tomar los apuntes con los cuales me propongo llenar este cuaderno, y tal vez otros. Doy comienzo a mi labor de lector atento y discreto con un profundo respeto, con esa “*Ehrfurcht von der Person, Ibrem sein und Ibrem geistigen Rang*”¹ cuya ausencia tan sensiblemente se hace notar en nuestra época.

Tomo primero

*A hand, a foot, a face, a leg, a head,
Stood for the whole to be imagined*
(W. Shakespeare)

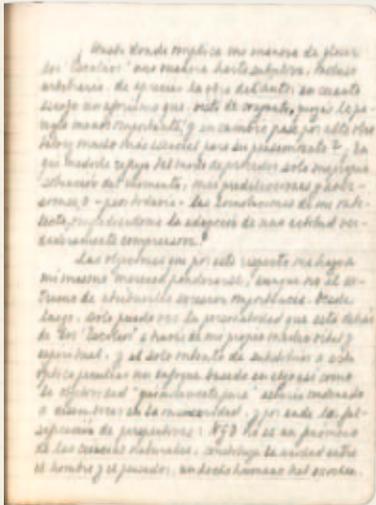
El significado es un gesto del objeto que nos ordena arriesgar la inteligencia y la vida.

Los “aforismos” de NGD - llamémoslos así, teniendo en presente que, como los de Nietzsche o de Schopenhauer, lo son sólo en un sentido convencional y limitado, me recuerdan un iceberg: amenazan al navegante inexperto o estúpido por nacimiento, y por la mayor parte se esconden bajo el agua. Lo que de ellos vemos sólo se comprenderá leyendo el “contexto subacuático”.

También se barrunta en ellos, en el aura que los rodea, un peligro mortal para el común de las gentes: la frialdad polar del pensamiento austero y puro, y el aire ratificado de las grandes alturas. ¡Feliz hallazgo el epígrafe! Explica lo que yo quería decir más arriba: mucha imaginación creadora (o el arte de leer entre líneas, lo mismo da) se exige para adivinar “*totum in parte*”², en el fragmento la totalidad del pensamiento de NGD.

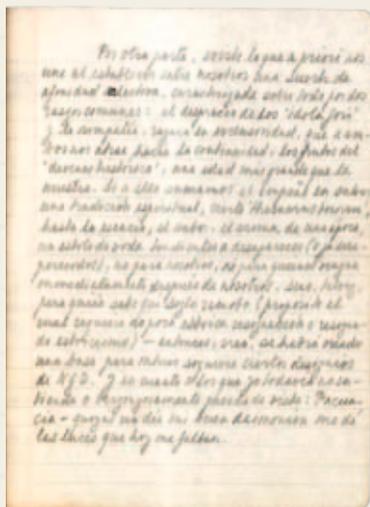
Si no estoy muy equivocado, es esta una frase clave para los designios de NGD filósofo: Del objeto, no de nosotros viene el gesto. “*Zu den Sachen*”³. El ser nos determina, y latente en el ser se halla el sentido.

¡Nada de esa gran tontería de *Sinngebung*⁴!



¿Hasta dónde implica mi manera de glosar los “Ecolios” una manera hasta subjetiva, incluso arbitraria, de apreciar la obra del autor en cuanto escojo un aforismo que *visto⁵ de argumento, quizás le parezca menos importante; y en cambio pase por alto otro tal vez mucho más esencial para su pensamiento? ¿En qué medida refleja tal modo de proceder sólo mi propia situación del momento, mis predilecciones y aversiones, o –peor todavía– las limitaciones de mi intelecto, impidiéndome la adopción de una actitud verdaderamente comprensiva?

Las objeciones que por este respecto me hago a mí mismo merecen ponderarse, aunque no al extremo de atribuirles excesiva importancia. Desde luego sólo puedo ver la personalidad detrás de los “Ecolios” a través de mi propio medio vital y espiritual, y el solo intento de substituir a esta óptica peculiar un enfoque basado en algo así como la objetividad “químicamente pura” estaría condenado a desembarcar en la insinceridad, y por ende la falsificación de perspectivas: NGD no es un fenómeno de las ciencias naturales, constituye la unidad entre el hombre y el pensador, un hecho humano real *exorten



Por otra parte, existe lo que a priori nos une al establecer entre nosotros una suerte de afinidad selectiva, caracterizada sobre todo por dos rasgos comunes: el desprecio de los “*idola fori*” y la simpatía, rayana en exclusividad, que a ambos nos atrae hacia la continuidad, los frutos del ‘devenir histórico’, una edad más grande que la nuestra. Si a ello sumamos el empeño en saber una tradición espiritual, cierto *Thesaurus bonum* hasta la esencia, el saber, el aroma de una épica, un estilo de vida tendiente a desaparecer (o ya desaparecidos), no para nosotros, ni para quienes vengan inmediatamente después de nosotros, sino tal vez, para quien sabe qué siglo remoto (propósito el cual requiere no pura estoica resignación o resignado estoicismo) –entonces, creo, se habrá creado una base para rehuir siquiera ciertos designios de NGD. Y en cuanto a los que yo todavía no entienda o vergonzosamente pierda de vista: Paciencia –quizás un día mi buen *daimonion* me dé las luces que hoy me faltan.

El filósofo ambiciona uncir bajo el mismo yugo dos tendencias divergentes del espíritu: su fuga hacia el concepto, su avidez de lo concreto...

Quienes gimen sobre la estrechez del medio en que viven pretenden que los acontecimientos, los vecinos, los paisajes, les den la sensibilidad y la inteligencia que la naturaleza les negó.

...Hoy los copartícipes terminan en cómplices.

La obra de arte y la vida de su autor no son traducciones recíprocas y obligadas. Su incongruencia malogra su autenticidad paralela...

Todo lo amado es único. El amor es el órgano con que percibimos la inconfundible individualidad de los seres.

...La sociedad jerarquizada no es meramente la única donde el hombre puede ser libre, sino también la única donde le urge serlo.

Cuando la ciencia ostenta pretensiones filosóficas, la epistemología le recuerda los postulados que la fundan. Contra sus pretensiones al imperio la epistemología le exhibe los testimonios de su origen servil...

El individuo es el escollo de las filosofías de la historia.

Nuestra última esperanza está en la injusticia de Dios.
Para Dios no hay sino individuos.

Sobre todo la “avidez de lo concreto” me parece ser en el pensamiento de NGD la corriente que, llevándolo a nuevas costas, hizo posible los ‘Escolios’.

El aspecto ya un tanto negativo que el autor atribuye al ‘conceptualismo’ al hablar de “una fuga hacia el concepto” aún subraya la importancia del viaje a lo concreto.

Pero lo concreto es también lo opaco: volverlo traslúcido es un continuo movimiento de penetración - de esto se trata, no de “uncir bajo el mismo gajo” las dos tendencias divergentes.”

¡Nada más cierto -y nada más incómodo para nuestra sensible-ría! Debemos acostumbrarnos a la idea de que algunas mentes están condenadas desde los orígenes, *ab ovo* a la mediocridad de la que no les salvará ningún esfuerzo. Por este respecto estaba Calorino en lo cierto con su doctrina de la predestinación.

¡Tremenda verdad! Me provoca anotarlo en un papelito y tragármelo.

¡En efecto! De algún tiempo para acá vengo sospechando de que la obra no explica a su autor, ni su biografía la obra.

Si no estoy muy equivocado fue Scheler el primero en enseñarnos que el amor, en vez de “volvemos ciegos”, como se cree, nos abre los ojos. Sin amor, sin una gran pasión subyacente no hay conocimiento que valga, ni idea que prospere.

Mi objeción: La única sociedad rigurosamente jerarquizada de nuestra época es la de la Unión Soviética (y de los Estados constituidos conforme a su modelo). Ergo...

Estoy entusiastamente, rabiosamente de acuerdo: O restablecemos la primacía *philosophiae* o estamos perdidos. (Temo que ya sea tarde).

Lo es por ser *ex definitione inprognosticable*.

Entre paréntesis: este aforismo le hubiera encantado a Jacobo Burckhardt y hecho rabiar a Hegel.

¡Paradoja eminentemente cristiana!

Aby Warburg: “El buen Dios está en el detalle.”

El psicólogo habita en los suburbios del alma, como el sociólogo en la periferia de la sociedad.

El ser rezuma por todos los poros del mundo.

Al corregir la natural ambivalencia de los sentimientos, la razón y simultáneamente mutila al universo...

Todo fin diferente de Dios nos deshonra.

La amenaza de muerte colectiva es el único argumento que desbarata la complacencia de la humanidad actual. La muerte atómica ha suscitado una inquietud que el creciente envilecimiento del hombre no ha logrado despertar.

Imbécil es el que no percibe sino lo actual.

Respetemos la libertad de los demás, pero no las opiniones...

La historia suele depender de las meras virtualidad dadas en ciertos hechos...

El demoleedor apunte da al traste, entre otras cosas con el 99% de nuestra crítica literaria contemporánea -y bien marcado lo tiene!

No sé a quién admirar más en este aforismo: al filósofo o al artista que creó la imagen del mundo que rezuma ser por los poros.

Aquí desciende NGD a esas negras profundidades del alma que nada saben del principio de la contradicción, del "*Salz um trinkspruch*" donde yacen aún inseparadas nuestras pasiones, nuestros impulsos, el amor y el odio (amor-odio).

Tan sólo al cruzar el umbral de la conciencia se bifurcan esas tendencias, y surge entonces el peligro de que la razón le substituya a la polaridad que aun conserva la prístina unidad de la Creación la presunta "incompatibilidad de los contrarios", una antítesis que, así sea lógicamente ineludible, debe ser dialécticamente superada.

Así habla esa intransigencia noble y absoluta sin la cual no hay religión posible.

Lo demás es pura paja: teología liberal, en fin, lo execrable.

La verdad encerrada en este escolio cae fuera de la órbita de mis experiencias vitales. Si fuera inglés dirías: *I can't realize it*⁷. Ni siquiera en los días ya remotos en que probablemente fueron escritas esas palabras sentí la menor inquietud ante la posibilidad de que el mundo fuese destruido un día por unas cuantas bombas atómicas. Sin embargo, no me considero persona complaciente. Soy un inconforme nato, sólo que mis inquietudes son de otra naturaleza, más directas e inmediatas, menos abstractas. Tampoco creo que el hombre muera de angustia: moriría de tedio.

Y por qué? Pues, sencillamente por no lograr integrar el pasado en el presente (que es muy grande imbecilidad), ni divisar en lo actual la embrional prefiguración de futuros desastres (que es falta de imaginación).

Goethe, sin tener ni pizca de Gran Inquisidor, despreciaba la tolerancia.

Me gustaría presenciar, siquiera una vez en la vida, el misterioso instante en la historia *in potentia* se vuelve historia *in actu*. Y a propósito: Qué sucede con los actos trunco, los frustrados intentos de realización? NGD nos lo dice: se convierten en fantasmas. Pero no por carecer de carne y hueso son esos fantasmas menos reales, ni dejan de influir a su manera en el acontecer histórico.

La filología, la crítica, la historia, es decir: el arte de leer a un autor, de comprender una doctrina, de conectar los hechos brotan de un mismo principio: el principio del contexto.

“... *The best of my thoughts shall be rather to mind myself than the world...*” repite Sir William Temple con Descartes.

Desde hace doscientos años, pocos hacen un voto semejante.

Ahí yace el *divortium aquarum* de la historia. Qué antiguo me siento!

La legitimidad del poder no depende de su origen, sino de sus fines.

El siglo xx es un naufragio que no acaba.

Auténtico poema no es el que podemos leer en cualquier momento, sino el que a veces podemos leer y a veces no...

El método dialéctico se usa para disfrazar nuestra estupefacción ante las imprevisibles consecuencias de los hechos.

...el gran historiador ve en el individuo un universo concreto que concentra el contexto total a que pertenece...

Admirable sentencia! -y el contexto, qué es sino lo que aparece escrito con tinta invisible entre líneas! Todos los contextos son palimpsestos.

Tan hermosa y tan hondamente conmovedora la resignación que se expresa en ese “Qué antiguo me siento!” Conmovedora, porque el autor ya no encuentra a sus pares entre los contemporáneos. Hermosa, porque le abre la puerta a la república de las grandes mentes del pasado.

Cuidado! Esta máxima puede llevarnos a donde nunca querría llegar a parar el autor: al bonapartismo. Bonaparte conquista el poder, y luego busca el fin que lo justifique (de ello se encargan los ideólogos que son las putas de los gobiernos); por último, se inventa hasta el origen legítimo del poder conquistado.

Y de cuyas verdaderas dimensiones sólo se dan cuenta quienes nacieron antes de 1914 y aún pueden considerarse, hasta cierto punto, herederos del xix. Un día se dirá: los que vinieron después, “nada sabrán del Faraón.”

Por ser el auténtico poema fruto de una constelación singular que sólo vuelve una vez en un siglo, quizás nunca.

En efecto, uno de los argumentos más convincentes que podrían esgrimirse contra Hegel me parece ser este: ni la dialéctica más hábil y penetrante logra cosa distinta de descubrir las contradicciones del pasado; en cambio, fracasa rotundamente cuando se trata de averiguar la antítesis de mañana a la tesis de hoy. Habrá quién se pregunte: entonces no es una misma la ley dialéctica aplicable a todas las fases de la historia habidas y por haber?

A veces me pregunto si para que uno sea historiador de verdad es necesario ser nominalista; de suerte que sin William of Occam no habría historia en el sentido en que la entendemos NGD y yo.

El universo del enfermo no es visión enfermiza sino visión de la enfermedad del universo.

La filosofía es tradición, profesión, oficio, institución, en fin...

En la verdadera cultura la razón se convierte en sensibilidad.

●
 Por ser el auténtico
 poema fruto de una
 constelación singular que
 sólo vuelve una vez en
 un siglo, quizás nunca.
 ●

Sin embargo, ni siquiera tenemos hasta hoy día una verdadera patografía de la existencia humana, sólo intentos, quizás el más convincente en las novelas de Italo Svevo. NGD me objetará: y la Biblia acaso no es una sola patografía, desde el pecado original como factor patógeno hasta la crisis en Getsemaní? Tiene razón.

Lo es hasta tal punto que adherirme a una filosofía mala me parece preferible a no tener ninguna.

Lo que presupone su migración paulatina del cerebro al *plexus solaris*. Pensar hasta con las puntas de los dedos!

Tras maduras reflexiones me veo en la necesidad de corregir y ampliar lo que observé ayer con respecto al último escolio de la página 270 del Tomo II. Primero que todo he de admitir que el nominalismo llevado al extremo del “*universalia sunt nomina*”, lejos de crear un clima propicio para la gran historiografía, disuelve y desintegra la historia sin dejar más que un campo de batalla sembrado de *disiecta membra*, de hechos incoherentes, opacos, ininteligibles. En este sentido, Tolstoi —el de “La guerra y la paz”— es nominalista *pur sang*. NGD, en cambio, cuando habla del “universal concreto”, reforma, si no estoy muy equivocado, al “*universalia sunt in re*” de la alta escolástica —y en esto tiene toda la razón, como filósofo y como historiador.

Ciertamente, nunca llegará a serlo quien carezca de órganos para captar lo singular e individual en el acontecer histórico, pero lo mismo le pasa al que sólo ve lo singular e individual sin advertir “el contexto total a que pertenece”. Y ese contexto, qué es sino la estambre de relaciones específicas dentro de las cuales se halla inserto lo singular e individual, el hecho histórico *real exochen*! Esas relaciones de tal manera entrelazadas y entretejidas que se necesita mucho *esprit de finesse*¹⁰ para manejarlas son *sui generis*. Difícil decir de qué naturaleza son; lo único cierto es que no representan nexos causales -*ni sensu stricto, ni sensu lato*. Sea como fuere, saber comprender lo singular dentro de su contexto -he aquí lo que distingue al gran historiador del mediocre. Por esto no vacilo en atribuirle trascendental importancia al citado escolio.

Ejercer la totalidad de sus poderes es la propensión instintiva del hombre, y su ambición intelectual. Lo imposible le parece el único límite legítimo. La civilización, sin embargo, es la suma de prohibiciones que podemos violar. Civilizado es el hombre que, por razones diversas, se niega a hacer todo lo que puede.

El historiador que trata las épocas como simples etapas de procesos convierte las que estudia en meros prólogos de su tiempo, o en prehistoria de su anhelo.

{C1,I,278} La conciencia de nuestra dependencia, de nuestra insignificancia, de nuestra impotencia, en fin de nuestra condición de creatura, nos salva de la angustia y del tedio...

{C1,I,280} Como sus épocas románticas y clásicas, el espíritu tiene sus épocas estúpidas.

2.VII.

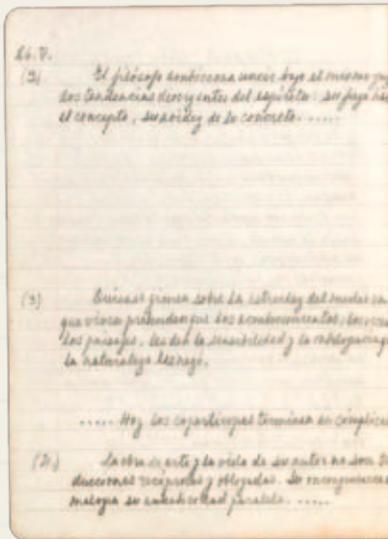
Leonardo da Vinci aun lo sabía y no quiso divulgar algunos de sus inventos por temor de que la gente abusara de su inherente poder destructivo. También lo sabía Lord Ashton -otro de esos grandes liberales del siglo XIX a quienes admira NGD- cuando dijo: "*Power corrupts, absolute power corrupta absolutely.*" Cuán lejos de tales escrúpulos estás nuestros científicos y hombres de estado (si merecer llamarse así los tenebrosos sujetos que hoy día gobiernan)! -Quien afirma que el totalitarismo murió con Hitler en un sótano de la Wilhelms *shape, muy grande imbécil debe ser.

Observación digna de Ranke y de Burckhardt.

Los otros, por muy grandes que fuesen, siempre están en peligro de morir del "mal de alturas", de una suerte de soroche espiritual. *Terrent vestigia** Friedrich Nietzsche!

La nuestra, por ejemplo. De haberla conocido mejor, nunca hubiera podido decir León Daudet: "*Le dix-neuvième est le plus stupide des siècles.*"¹¹ "Le ganamos".

Sigue intrigándome el escolio final de la paz. 270 donde habla NGD del individuo como de "un universal concreto que concentra el contexto a que pertenece". Si he captado bien la idea del autor, el individuo o "universal concreto" contiene en forma abreviada, comprimida, condensada, aquel contexto necesariamente más amplio al que pertenece y que yo he tratado de definir como un tejido de relaciones *sui generis*. Lo "contiene", tal vez, como el microcosmos, según Paracelso, "contiene" el macrocosmos y, por estar hecho de la misma materia, animado por la misma "*anima mundi*", lo refleja. "Contiene", pues, el contexto a que pertenece, *more symbolic*¹², pero —he aquí lo esencial— en él no se resume ni con él queda totalmente identificado. Hay en el individuo concebido como "universal concreto" un plus, un "más", algo que de alguna manera rebasa y supera su contexto -y ese infinitesimal "algo más" es el objeto del conocimiento histórico, a un tiempo mantiene la historia en movimiento. De lo contrario la historia no sería más que sociología, y el individuo mero epifenómeno del medio circundante: *homo sociológicus*. Tal es, en efecto, el principal objetivo del pensamiento alemán contemporáneo.



{C1,I,281} El mundo pertenece finalmente al minucioso.

{C1,I,281} Nada tan mezquino como no confesar con cuantos superiores tropezamos.

En toda relación humana la posibilidad de un conflicto altera la límpida comunicación entre los seres. Sólo la historia nos permite coincidir desinteresadamente, y sin peligro, con una vida ajena.

La humanidad se divide entre los que sólo ven las consecuencias de un acto y los que ante todo aprecian su calidad.

La pedagogía trata vanamente de poner al alcance de todos lo que sólo es propio de heredero.

Romanticismo, historicismo, estetismo, no son fiebres sino remedios.

Si no estoy muy equivocado fue Scheler el primero en enseñarnos que el amor, en vez de “volvemos ciegos”, como se cree, nos abre los ojos.

Sin amor, sin una gran pasión subyacente no hay conocimiento que valga, ni idea que prospere.

Para ser minucioso, se necesita paciencia. La paciencia es la virtud de la hormiga que por centésima vez reconstruye su hormiguero noventa y nueve veces destruido. *Ergo* será dueño del mundo de mañana el *homo formica*.

Y el “igualitario” tácitamente lo recorre al convertirse en el envidioso, el resentido.

Cuántas y cuán amargas experiencias vitales no han debido adquirirse para que cristalizara este pensamiento que a un tiempo revela una gran serenidad y una gran resignación, propiedades ambas de un alma de buen temple! Con intrepidez se hace aquí cara a la verdad de que es propio de toda vida humana *exdefinitione* el rasgo ineludiblemente, esencialmente, desesperadamente trágico, si bien se necesita madurez para verlo sin petrificarse, como ante el rostro de la Medusa.

Pronto no habrá quien vea las consecuencias, ni quien sepa apreciar la calidad inherente a un acto: lo primero requiere visión, lo segundo sentido de valores, tanto. ¿Dónde, diablos, encontrar esas dos virtudes?

Y ser heredero quiere decir: llevar en la sangre experiencias intransmisibles. La enseñanza tiene sus límites, aunque en los “institutos de cultura” se sostenga lo contrario.

A fuerza de hablar pestes de los tres fenómenos durante medio siglo o más, ha legado el momento de reivindicarlos. Lo intenté, y fracasé rotundamente.

...La necesidad es una simple contingencia última.

Ser aristócrata quiere decir que no creemos que todo dependa de la voluntad.

Esparta no ambicionó labrar la piedra, sino su alma. Quienes desdeñan a Esparta olvidan que fascinó a las más nobles inteligencias de Atenas.

Con el nombre de sociedad totalitaria designamos vulgarmente la especie social cuya denominación científica es: sociedad industrial

Sólo de una mente de historiador, familiarizada con el hecho de que la historia está tejida de mil contingencias ha podido venir este pensamiento hartamente incómodo y desapacible.

Y que sí creemos que mucho depende de algo tan aborrecido en nuestra época como lo es la gracia, que somos capaces de recibir un don gratuito sin sentirnos humillados en nuestra condición de presuntos *selfmade men*¹³.

Rara esa *laus lacedaemonorum* en nuestro tiempo en que no se ama la paz, sino se es “pacifista” (temible especie de paloma con garras y pico de gallinazo. Sin embargo, recuerdo que en la infancia, cuando algo me dolía y me daban ganas de llorar, mi padre solía decirme: “*Sei ein Spartaner*”¹⁴) Lo que es más: suponerlo en todos los momentos de su vida breve y ejemplar.

Y merece llamarse totalitaria la sociedad industrial (o el capitalismo en su fase tardía, lo mismo da) porque su afán de convertir cualquier cosa en materia explotable y reducirla a su condición de mercancía no respeta fueros ni límites.



Volkening en su biblioteca.

Notas

- ¹ La honra de la persona, su ser y su rango intelectual.
- ² (Tomar) El todo por una parte. “*Totum pro parte*”: es la expresión latina más cercana.
- ³ Para las cosas.
- ⁴ Interpretación.
- ⁵ Se marcan con asterisco (*) las palabras sobre las que se tiene duda en la transcripción de los cuadernos.
- ⁶ Sal para un brindis.
- ⁷ No puedo comprenderlo/realizarlo.
- ⁸ La mejor de mis pensamientos será más bien molestar a mí mismo que el mundo...
- ⁹ Expresión griega: por excelencia.
- ¹⁰ Espíritu de finura
- ¹¹ El diecinueve es el más estúpido de todos los siglos.
- ¹² Más simbólico.
- ¹³ Triunfador por sus propios esfuerzos.
- ¹⁴ Sea un espartano.

De la nota al diario

ERNESTO VOLKENING Y NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA

Todo cuanto apuntamos aún contiene un ápice de esperanza,
por más que provenga de la desesperación
Elias Canetti

EFRÉN GIRALDO

Los cinco cuadernos de Ernesto Volkening (1908-1982), que reposan en la colección de libros raros y curiosos de la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá, contienen uno de los más intensos diarios de lectura que se han llevado en Colombia. Reúnen las pacientes anotaciones que el crítico renano hizo entre el 24 de mayo y el 22 de octubre de 1973 a los textos aún inéditos de su amigo Nicolás Gómez Dávila (1913-1994). Si bien los escolios son el tema principal, también hallamos entre las notas de Volkening observaciones sobre su propia actividad intelectual, así como claves para entender el campo cultural colombiano de mediados del siglo xx. Esta mezcla entre vida interior y respuesta al texto leído es fascinante. Y, para el caso concreto del editor de la revista *Eco*, deriva en testimonio entrañable sobre la vida íntima de un lector atento y solidario.

La nota, como se sabe, es un género que, pese a su espontaneidad, tiene características definidas. Si bien su carácter provisional e inacabado parece autorizar la creencia en que no tiene forma fija ni estatus literario, es sabido que ocupa un lugar importante entre lo que conocemos como géneros marginales –o *marginalia*, para emplear la expresión de origen latino y usada regularmente en lengua inglesa–. La autonomía de estos textos cortos, escritos como comentarios a lo que se va leyendo, es conocida desde la antigüedad y aún hoy tiene importancia en el cultivo de las artes de la interpretación y la meditación, pese a que la práctica humanística de glosar se ha venido corrompiendo en el mundo académico. Los *papers* con número obligatorio de citas vienen a ser la caricatura de un diálogo que siempre fue fecundo en la literatura y las humanidades.

Otros escritores de notas literarias en Colombia fueron Fernando González, Hernando Téllez y Jorge Gaitán Durán. Mientras en González la nota porta la estética y la estrategia compositiva de libros entre novelescos y ensayísticos, ficciones de libretas que reúnen apuntes de ensayistas imaginarios, en Téllez aparece como una manera de confesión y autorretrato, como el modo privilegiado de tantear en la propia sensibilidad, abismada ante los espectáculos de la naturaleza y de la cultura leída. Probablemente, la literatura colombiana no ha tenido después lectores tan atentos como estos –o, por lo menos, no lectores que acudieran a la nota de diario como instrumento fiel de recensión–.

Gaitán Durán, por ejemplo, usó la forma del diario de lectura como manera de referir la aventura personal con obras recientemente descubiertas, ante las que respondía como un crítico exigente, pero también como un poeta para el que la indagación de las nuevas sensibilidades era crucial. *El cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell o *El erotismo*, de George Bataille, de cuyos tempranos impactos dejó testimonio

en la revista que él mismo dirigió, fueron algunas de esas obras donde creyó encontrar nuevos derroteros. Gaitán Durán y su diario de lectura son un caso muy especial, pues esta publicación fue el lugar donde el género de la nota logró por primera vez notoriedad editorial en Colombia, al punto de que una de sus secciones llegó a llamarse “Márgenes”. Y, probablemente, fue uno de los espacios para el cultivo “profesional” de las artes de la lectura anotada.

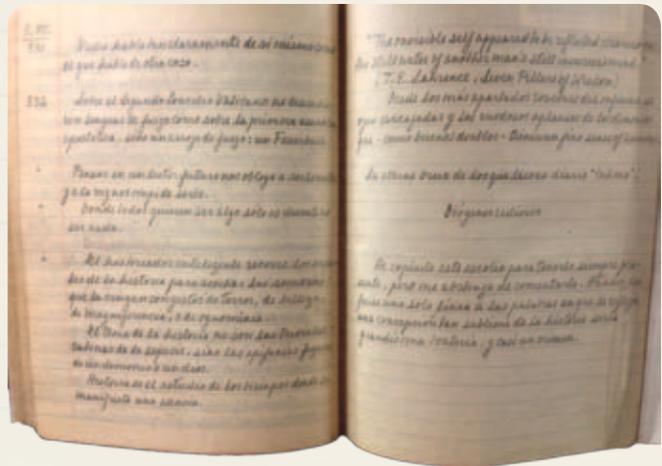
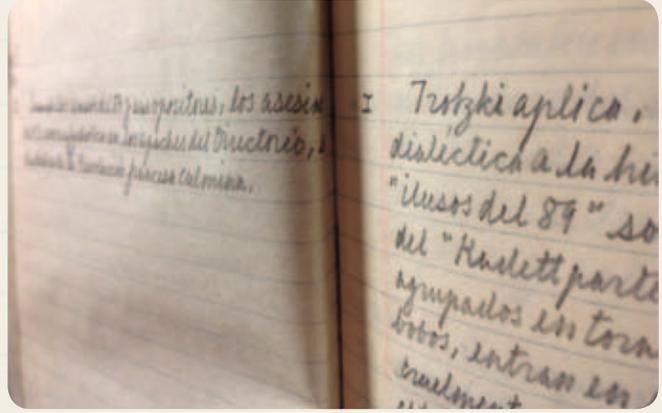
Por su parte, *Eco*, sobre todo a través de Volkening, permitió un mayor despliegue a ese ejercicio singular de crítica personal, en que las lecturas estaban entrañablemente tramadas con la vida personal y la sensibilidad. De hecho, los diarios de lectura que este autor dejó desperdigados en casi dos centenares de textos cortos, publicados sobre todo en *Eco*, vienen a ser un ejemplo de lo que la crítica literaria nunca más pudo volver a ser en Colombia: un compromiso vital con lo leído y con lo escrito. Como recuerda Eduardo Jaramillo Zuluaga, a propósito de la legendaria aventura editorial de *Eco*, “la exuberancia cultural de sus páginas nace del supuesto de que somos lectores precarios, ansiosos y desordenados como los lectores de todas las provincias”.

Las notas de lectura tienen una estrecha relación con la experiencia del tiempo, pues son sucesivas. Son como trozos de experiencia letrada, responden a momentos de intimidad con los libros, cristalizan como estalactitas los impulsos de comprensión. Suplen la insuficiencia del momento y vienen a ser, en el ámbito de la vida intelectual, como los biografemas de Barthes: dejan la huella de una consignación sentida, resumen la energía de una mano comprometida con la ocurrencia. Facilitan la rápida fijación del apunte de lectura como surgió en cualquier lugar –basta con sacar la libreta del bolsillo– y en cualquier momento del día o de la noche. Al ser atajo entre pensamiento y escritura, logran lo que buscó el ensayo desde Montaigne: la menor distancia entre la experiencia y su asentamiento en palabras. La

nota de lectura, como unidad principal del diario del lector, logra convencernos de que la vida vivida puede ser, finalmente, una vida leída. Las notas, al igual que las entradas de diario, tienen una relación con la vida. Son la manera más inmediata en que discurso y pensamiento se integran. A su modo, dirimen la lucha entre acción y contemplación, integrando en el flujo cotidiano la respuesta emotiva a lo leído.

La relación de las notas con el espacio se vuelve también evidente cuando las vemos en manuscrito o cuando, ya vueltas libro, los editores mantienen las propiedades visuales que les imprimió la mano. Se hacen en un lugar específico de la página, eso es lo fundamental, pues quien escribe notas admite su lugar secundario respecto del texto ya escrito y fijado. Las notas están, entonces, siempre en relación con otra escritura y adoptan una disposición marginal que, extrañamente, no las priva de su autonomía. A veces, parecieran vigilar el texto principal desde una posición subalterna, que las deja libres de toda sospecha. Aunque no en pocas ocasiones, cuando los ojos del lector bajan hasta la margen, el escrito principal puede explotar a causa de la violencia que la nota ha ejercido sobre su sentido. Las notas son subsidiarias de la vida o de otra escritura. Y, como se ve en ejemplos clásicos o medievales, dejan de ser incidentales. Son una tecnología.

De ahí que tengan también una relación con la materia, con el soporte de consignación. El cuaderno, la libreta y el bloc son su lugar natural. Por eso, el dibujo, el collage y las más diversas formas del montaje de papeles pegados y agregados son habituales. Mientras el pensamiento y la palabra oral están en la esfera del mero acontecimiento, la nota y la entrada de diario son hechos intelectuales y culturales, pues constituyen un homenaje a la fijación de un efecto. Son como una especie de monumento discreto, de túmulo en el diálogo con las voces vivas de los muertos. Por ello, cuando se trata de convertir los diarios de lectura en libros, la



Los diarios de lectura que este autor dejó desperdigados en casi dos centenares de textos cortos, publicados sobre todo en *Eco*, vienen a ser un ejemplo de lo que la crítica literaria nunca más pudo volver a ser en Colombia: un compromiso vital con lo leído y con lo escrito.

edición facsimilar es la más apropiada, para que los borrones, gestos y flujos de la línea guarden testimonio de la dimensión física inherente al acto de anotar. Los complejos montajes de Aby Warburg, los esquemas anotados y sobreanotados de Proust y los papeles pegados de Benjamin son las versiones vanguardistas de esta materialización del juego entre el texto leído y el texto escrito. No en vano, como recuerda Anna Guasch en su monumental libro sobre el arte y el archivo, la nota y la acumulación de textos que comentan a otros definen enteramente un paradigma de creación.

Ahora bien, la disposición visual y objetiva del comentario define la actitud del anotador. Todas son formas de discurrir al margen –al amparo, deberíamos decir– de una escritura principal. Por tanto, las notas se entregan a una estética que interroga la cultura letrada, en cuyos intersticios viven no de manera parasitaria, sino simbiótica. A veces, la nota ilumina su fuente y casi que se hace indiscernible del texto que le dio hospedaje. La palabra “posición”, con la que habitualmente caracterizamos la ideología, recupera su significado físico con la nota, el comentario, la glosa y demás formas argumentativas breves.

En el caso del diario de Volkening, la dependencia con el texto principal –los escolios de Gómez Dávila– es incluso más especial. Se trata de notas de notas, de fragmentos que van a la caza de otros fragmentos. Al anotar, Volkening sabe que está comentando las anotaciones al margen de uno de los más grandes cultores de este género. La conciencia de Volkening sobre los géneros argumentativos breves fue, desde luego, evidente. De hecho, su ensayo más conocido sobre Nicolás Gómez Dávila, y también publicado en la revista *Eco*, lleva por título precisamente “Anotado al margen de ‘El reaccionario’ de Nicolás Gómez Dávila”.

El interés de los cuadernos de Volkening es, por ello, doble. Por un lado, se trata de la vivencia sentimental del

pensamiento vuelta texto, como quería Lukács. Pensamiento que en el Volkening lector de Gómez Dávila es editorial, crítico y cultural. Hay allí, además de la detallada y cuidadosa aproximación a los problemas suscitados por los escolios, una amplia variedad de emociones vinculadas con ideas, conceptos y teorías, así como con la conciencia crítica. El amigo intelectual piensa los textos como crítico y especula con los otros lectores-amigos que esos textos podrían tener. La crítica textual, los avatares políticos a que se somete un editor, la filosofía de la historia, la situación del orden geopolítico y la preocupación por el humanismo son temas que aparecen en los cuadernos.

Por otro lado, encontramos las vivencias más concretas de un editor, escritor y traductor que no puede evitar, mientras lee y anota, referirse a sus problemas personales, a su paso por la revista, que, a juzgar por algunas de las notas, le producía una especie de desolada amargura. Es en este punto donde las entradas de diario conservan las huellas de las tristezas, frustraciones y melancolías del escritor que empieza a ver en lo que lee una hermandad con sus mismas ideas.

“Escribir sería más fácil si la misma frase nos pareciera alternativamente, según el día y la hora, mediocre y excelente”, dice el esolio de Gómez Dávila. Mientras que la nota de Volkening le responde de este modo: “En efecto, hay ideas que en la noche que todo la agranda nos parecen estupendas, y estúpidas en la mañana del día siguiente. Moraleja: sólo confiar en las ideas que pasaron por el filtro de la insípida luz matutina”. En casos como este, el comentarista se suma al sentido, se convierte cooperador del texto anotado y lo vuelve imagen de su vida.

Dos detalles deben tenerse presentes. Por un lado, que sea un manuscrito, un libro que aún no ha llegado a término, hace más especiales a los cuadernos. En él nos habla –o le habla a Gómez Dávila– un lector que se piensa a sí mismo, acaso, como editor.

Y, por el otro, está el hecho de que, con cada consignación, con cada comentario, asistimos al afianzamiento de una amistad intelectual. Escribir sobre lo que un amigo ha escrito para nosotros es fundar nuestra relación sobre el cara a cara de los textos.

A veces, en los cuadernos de Volkening hay notas que no se refieren a ningún escolio en particular, sino que discuten alguna propiedad del estilo de Gómez Dávila, como si, luego de haber visto las especies, el naturalista se detuviera en un recodo del camino para anotar una conclusión sobre el aspecto del paisaje. “La transparencia de la frase en NGD no ha de engañar al lector: es la diafanidad del espejo de una laguna en una tarde de verano sin brisa”. En otras ocasiones, el anotador se ve a sí mismo como quien sigue tan detalladamente el pensamiento del escritor que cree anticiparlo. En una nota leemos: “Yo he empezado a vivir tan íntimamente con NGD, su modo de sentir y pensar, su idiosincrasia misma, que a veces me le adelanto con un comentario que encuentro en la página siguiente”.

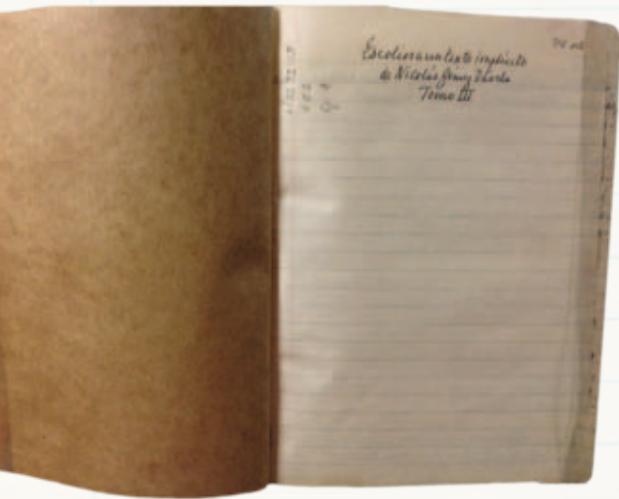
Por momentos, lo asaltan las dudas. Siente que la perfección formal y la eficacia de los textos de Gómez Dávila dejan al comentarista un pequeñísimo lugar para la maniobra:

Abundan en los escolios aquellos que son de una perfección infinitamente superior al intento de comentarlos. Son perfectos en el sentido que a esta noción hayan atribuido los antiguos y que sólo sé definir negativamente: como unidad estructural a la cual no se puede agregar ni quitarse un adarme sin dañarla imparablemente, criminalmente. Ahí está el motivo de mi silencio: el temor de no saber decir nada que no fuese mero pleonasma, el burdo repetir de lo que ha dicho el autor a su manera, en forma clásica, con esa parquedad extrema que tanto admiro en los autores romanos, en Julio César sobre todo, *The world in a nutshell*.

Mientras el pensamiento y la palabra oral están en la esfera del mero acontecimiento, la nota y la entrada de diario son hechos intelectuales y culturales, pues constituyen un homenaje a la fijación de un efecto.

Al contrario de lo que haría pensar el hecho de que estén dedicadas a la obra en proceso de Nicolás Gómez Dávila, el contenido de las notas es variado. Volkening se deja llevar a otros ámbitos por los textos que lee, discute sobre teología, sobre filosofía y sociología. Habla de política. Si bien en unos casos las notas son comentarios y explicaciones de los escolios, en otros usa lo leído para ir más allá y dar vislumbres propios en algún tema problemático. Por momentos, el comentario ni siquiera se ocupa de la frase de Gómez Dávila, sino que la usa como amuleto contra algo desagradable de la vida, contra un desencuentro o una adversidad de la que es responsable una época en la que no se encaja. En el primer cuaderno, por ejemplo, se pueden leer estas palabras, escritas con resuelta caligrafía: “Un día en que hasta tal punto me tiene paralizado la mirada de la pobre ‘bestia’ (enviada del Abismo) que ni NGD logra sacarme de mi mortal letargo —y es mucho decir—”. Ambos autores se encuentran en una era bajamente aristocrática, en la que el diálogo de lectura es el que facilita la única complicidad posible: la que se establece sobre los escombros de una era.

Algunas de las notas que hemos citado muestran el talante de crítico de Volkening y los estados de ánimo que invaden la lectura. La disposición hacia los escolios es



Los géneros menores y extraterritoriales han tenido un destino equívoco, pues parecen habitar en una zona inaccesible para los radares del canon y la industria cultural. Y, sin embargo, en ellos probablemente se encuentra el verdadero laboratorio de la escritura.

invariablemente admirativa, aunque esto no evita que dialogue y polemice con ellos. En un escolio, también del primer cuaderno, leemos: “Negarse a admirar es la marca de la bestia”. Al frente, en la nota de Volkening, encontramos un comentario que lo modifica: “De la bestia tal vez no, sí del hombre depravado. Sin admirar, sin otras palabras, sin sentirse atraído a priori por el nexos secreto de la simpatía en el sentido que le atribuían los herméticos, nadie entenderá ni jota de los *Escolios*”.

Esta propensión al diálogo en la intimidad, esta consignación página a página de una conversación entre iguales, marca la lectura que podemos hacer del diario de Volkening, más de treinta años después de que fuera escrito en la soledad de la casa bogotana. Surgen, de manera adicional, los rasgos de un estilo que, pese a la fuerte influencia de lo leído, conserva su distinción. El recurso a frases en diferentes lenguas, la apelación permanente a la complicidad, la interrogación del sentido y un estilo lleno de giros brillantes y matices mantienen el interés literario del diario.

Los géneros menores y extraterritoriales han tenido un destino equívoco, pues parecen habitar en una zona inaccesible para los radares del canon y la industria cultural. Y, sin embargo, en ellos probablemente

se encuentra el verdadero laboratorio de la escritura. Las notas nunca se muestran a sí mismas como textos acabados, como “obras”. Son procesos, tentativas de sentido, pactos parciales con la incertidumbre. Ejercicios como el de Volkening distan de la idea convencional que reduce en Colombia la literatura a la novela y a la propaganda vocinglera de premios, de los columnistas y los escándalos que auspician los *managers* del ocio disfrazados de editores. Sin embargo, en esa búsqueda del estilo y la escritura se halla un patrimonio intelectual y estético de la literatura colombiana. Por tanto, preservarlo mediante la crítica, la edición y la investigación es un deber con la historia intelectual y cultural.

Esta pequeña muestra de los diarios de Volkening, publicada generosamente por la *Revista Universidad de Antioquia*, abre la ventana a una de las aventuras de lectura “en los márgenes” más interesantes de la literatura colombiana. ■

Efrén Giraldo (Colombia)

Ensayista y crítico. Jefe del Departamento de Humanidades de la Universidad Eafit. Entre sus libros se cuentan *Entre delirio y geometría* (2013), *La poética del esbozo* (2014) y *La línea sin reposo* (2016).

Nuestro agradecimiento al autor por la selección de textos de los cuadernos de Volkening y la preparación de los mismos para esta edición de la Revista.



Cruzar fronteras culturales



LA TRADUCCIÓN DE LA LITERATURA ALEMANA EN COLOMBIA

KATHRIN SEIDL-GÓMEZ

TRADUCCIÓN DE
PABLO ROMÁN, JUAN CAMILO
BRIGARD Y SANTIAGO OSPINA

El ensayista alemán Ernesto Volkening desembarcó en Colombia en 1934, huyendo de Alemania por temor a la persecución política del nazismo. Era entonces un desconocido abogado de veintiséis años, recién graduado, sin un peso en el bolsillo, con ojo perezoso y una marcada preferencia por los blazers color gris ratón. Este ensayo examina el modo en que Volkening transfirió, trasladó e inscribió su cultura de origen en el panorama literario colombiano y evalúa la consiguiente hibridación de los sujetos de su escritura. Propongo que Volkening, más que hacer “colombiana” la literatura alemana (según se ha dicho), procuraba conceptualizar una identidad cultural alemana que pudiera enmarcarse positivamente en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial y la Shoah. Esta era una tarea intrínsecamente vinculada a su experiencia en el exilio. En su casa adoptiva, Bogotá, su vida como escritor exiliado requería de actos cotidianos de traducción cultural y lingüística de sí mismo y fomentaba una actitud de exacerbada atención frente a su propio legado cultural. Estas condiciones se reflejan en la obra de Volkening en el esfuerzo permanente por lograr lo que él consideraba una representación adecuada de su cultura de origen, una imaginería característica y un sistema de referencias culturales, todo en un nuevo marco interpretativo y, lo que es más notable, en un nuevo idioma, el español.

A lo largo de cuatro décadas, los ensayos de Volkening evidencian rastros de procesos de hibridación y aculturación, y pareciera que hay un cambio progresivo en la manera en que mostraba la literatura alemana a su audiencia. Nuevas capas de sentido se acumulaban con la elección de determinados modos de representación, con la inclusión o exclusión de perspectivas históricas o con la inserción de frases en alemán en textos escritos en español, al tiempo que se reflejaba la naturaleza híbrida y mutable de su autor. Como vocero cultural, Volkening adquirió una influencia duradera y contribuyó a configurar la imagen que se formaron sobre la literatura alemana académicos, escritores, intelectuales y otros miembros de la clase media educada de Colombia. Su obra, más que ninguna otra, ofrece una muestra de la diseminación y la representación de la literatura alemana en Colombia durante el siglo xx.

Permítanme indicar algunas etapas significativas de la formación personal y profesional de Volkening, de donde se podrá derivar una comprensión de los alcances de su obra y del talante de la imagen de la literatura alemana que divulgó.



Librería Buchholz, Avenida Jiménez de Quesada 8-40 en Bogotá en los años setenta. Fotografía tomada de Godula Buchholz, *Karl Buchholz. Buch- und Kunsthändler im 20. Jahrhundert* (Köln: DuMont, 2005), 189. Publicada en Seidl Gómez, Kathrin. *The Creativity of Displacement: Ernesto Volkening, an Essayist and Cultural Translator in Colombia, 1934-1983*.

Hijo de padres alemanes, Volkening nació en Amberes en 1908. Vivió durante su niñez en esta ciudad cosmopolita y plurilingüe y tuvo que abandonarla por las perturbaciones de la Primera Guerra Mundial. A partir de 1916 residió en varias ciudades alemanas (Bormes, Fráncfort, Berlín, Erlangen, entre otras), lo cual le permitió conocer de cerca la narrativa nacional alemana y marcó decisivamente su visión de la historia y la identidad alemanas. A finales de los años veinte y principios de los treinta, Volkening fue testigo en estas ciudades de un antisemitismo desbordado, de actos de violencia callejera, del ascenso de Hitler al poder y, en 1933, de las quemaduras de libros en la plaza pública, que marcaban palpablemente el parte aguas político que separaba a la democracia de la República de Weimar del régimen totalitario del Nacionalsocialismo. Este joven estudiante de derecho que se proclamaba marxista se halló pronto “con un pie en el campo de concentración, y con el otro allende en la frontera”, según recordaría años más tarde. Siguiendo una predilección por América del Sur que su padre le había infundido desde la niñez, Volkening decidió emigrar a Colombia en 1934.

Allí se mantuvo a flote con los escasos ingresos que recibió como secretario privado, como hombre de negocios desafortunado, como traductor y, ocasionalmente, como editor de diversas revistas. A pesar de las dificultades económicas, Volkening abrazó su nueva vida, se aplicó con gran diligencia a perfeccionar su español y empezó a escribir, movido, al parecer, por el deseo de aliviar la disrupción producida por el exilio —que puede verse como una cesura existencial— y para reforzar las continuidades entre su vida pasada en Europa y su existencia en Bogotá. Desde el primer año de su migración, Volkening trató sobre la literatura y la cultura de su lugar de origen en aforismos, bosquejos y ensayos, y se ocupó en la elaboración de un discurso narrativo sobre la *Heimat* (el hogar), la pertenencia nacional y la identidad cultural.

En 1947, por invitación de su amigo Álvaro Mutis, Volkening incursiona en los círculos de escritores e intelectuales de Bogotá con la publicación en la revista *Vida* de su primer ensayo en español. A partir de entonces, Volkening siguió publicando en revistas literarias y culturales locales, y en los años cincuenta y sesenta llegó a ser presentador de un programa semanal de radio sobre cine en la estación de la Radiodifusora Nacional de Colombia. Pero lo más decisivo para su papel único y su amplia influencia como mediador cultural fue su colaboración con la revista *Eco: Revista de la Cultura de Occidente*, que comenzó en 1962. Volkening publicó más de cien ensayos y sesenta y una traducciones de poesía y prosa alemana en *Eco* y fue el colaborador más prolífico de la revista en sus veinticuatro años de existencia. Otro inmigrante, el librero y comerciante de arte Karl Buchholz, la había fundado en 1960 en Bogotá con el propósito de “introducir en el mundo de habla hispana a esos pensadores y escritores de la lengua alemana que serían recibidos con interés y cuyos textos no se conseguían en español o se conseguían sólo difícilmente”, según palabras de Juan Gustavo Cobo Borda, uno de sus editores. Dado que una parte considerable de *Eco* estaba conformada por “ecos” en la forma de traducciones de ensayos críticos y obras literarias cortas escritas en alemán (que los editores consideraban, de manera no poco problemática, como constitutivas en grado sumo de la cultura occidental), las múltiples contribuciones originales de Volkening son particularmente significativas.

Eco fue distribuida en toda Colombia, lo mismo que en la mayoría de países suramericanos de habla hispana, y así Volkening alcanzó una audiencia mayor a la que había tenido jamás. Allí publicó ensayos sobre figuras canónicas como Hölderlin y Goethe, pero también sobre escritores prácticamente desconocidos por fuera de Alemania, como Karoline von Günderrode, Robert Walser y Marie Luise Kaschnitz. Volkening discutía acerca de hechos históricos, arte, filosofía y psicoanálisis (escribió, por ejemplo, sobre

Como vocero cultural, Volkening adquirió una influencia duradera y contribuyó a configurar la imagen que se formaron sobre la literatura alemana académicos, escritores, intelectuales y otros miembros de la clase media educada de Colombia. Su obra, más que ninguna otra, ofrece una muestra de la diseminación y la representación de la literatura alemana en Colombia durante el siglo xx.

Sigmund Freud, Carl Jung y Ernst Bloch); demostró además un interés perdurable en la obra de otros exiliados, aunque, de manera notable, no en la de escritores que, como él, huyeron del nazismo. A comienzos de los años setenta, Volkening fue nombrado editor de *Eco*, lo cual le dio un margen más amplio para configurar la revista como un todo. En los ensayos en que presentaba a algún escritor alemán comenzó a agregar de manera regular la traducción de un extracto de su obra, y, por lo general, estas muestras hacían posible el único encuentro de primera mano de su audiencia con aquella literatura, de la cual no existían más traducciones.

El público colombiano acogió la literatura europea. La literatura alemana en particular gozaba de un constante interés en los ambientes educados desde 1890. Sin embargo, en comparación con la situación de los expatriados alemanes y críticos literarios en Buenos Aires, Río de Janeiro, México D.F. o Nueva York, Volkening desarrolló su labor en Bogotá en relativa marginación. A pesar de estos obstáculos, él permaneció sorprendentemente bien enterado y reaccionó con aguda perspicacia a los desarrollos de la escena literaria de Alemania. A lo largo de su obra, él logró incluir nuevas referencias lingüísticas y culturales en el discurso literario que recibía mediante el uso

de expresiones alemanas y figuras retóricas que fungían como herramientas analíticas (un ejemplo de esto sería el uso del verbo en alemán “verstehen” [entender] para descifrar un texto de Kafka, o la incorporación de citas de Goethe sin traducir, el “Dichterstürm” alemán —el Príncipe entre los Poetas— dentro de su escritura). Volkening trasladó los sujetos de su escritura no solo a través de espacios lingüísticos, culturales y geográficos, sino también a través de considerables divisiones temporales. Para él era de suma importancia que el intercambio cultural fuera relevante para su audiencia y que la obra encontrara puntos de referencia en el presente y el pasado. Haciendo eco de tendencias transnacionales, Volkening escribió tempranamente sobre autores que se volverían figuras de culto del feminismo alemán, como Ingeborg Bachmann y la redescubierta Karoline von Günderrode. También escribió sobre autores, por ejemplo, después de que hubieran obtenido protagonismo gracias a un premio literario importante o un aniversario. De todas maneras, Volkening guardó una llamativa distancia de escritores famosos que estuvieran activamente involucrados en la política de turno y en la *Vergangenheitsbewältigung*, la reconciliación con la Shoah o con el Tercer Reich. Vale resaltar que pasó completamente por alto, entre otros, a Günter Grass, Peter Weiss o Rolf Hochhuth, quienes abordaban explícitamente esos eventos tan decisivos en

la historia, la política y la identidad nacional alemana contemporánea. Además, nunca analizó la literatura escrita en el exilio causado por el nacionalsocialismo, literatura que contiene obras tan influyentes como las escritas por Anna Seghers y Bertolt Brecht. Las preguntas que estos autores buscaban en su escritura no solo eran fundamentales para entender el discurso público de aquellos años en Alemania, sino que también hacían énfasis en las dinámicas sociales, éticas y de derechos humanos y justicia. La aproximación de estos autores pudo haber resonado con inquietud en una sociedad asolada por una guerra civil y la violencia salvaje, motivo por el cual ellos mismos plantearon críticas sociales bastante contemporáneas.

Y, sin embargo, Volkening no encontró los puntos convergentes entre la cultura de origen y la cultura de destino en la capacidad de la literatura para comentar eventos históricos específicos ni en el papel de la literatura como una forma de activismo político y social. Por el contrario, él se enfocó en la capacidad de la literatura de servir como un portador de conocimiento sobre la vida y la convivencia, en la literatura como un campo de juegos experimental y como un medio de aprender sobre los diferentes designios de la vida, sus sistemas de valores y maneras de pensar. Muchos escritores a los que él admiraba eran de la época romántica y, más en general, de años previos a la Primera Guerra Mundial. Volkening usó a esos escritores para crear una imagen de la cultura alemana en la que la ética y la estética convergían y que pudiera usarse para superar un presente histórico que, saturado de violencia y atrocidades, aparentemente rechazaba las posibilidades de una identificación positiva.

Notablemente, Volkening creó para su audiencia colombiana un doble de los sujetos originales, doble que —dentro de un nuevo marco de referencia— adquirió un significado adicional y sirvió para configurar una imagen redentora de la identidad nacional y cultural alemana. Reminiscente de las observaciones de Freud en su ensayo “Das Unheimliche” (“Lo siniestro”, 1919),

Desde el primer año de su migración, Volkening trató sobre la literatura y la cultura de su lugar de origen en aforismos, bosquejos y ensayos, y se ocupó en la elaboración de un discurso narrativo sobre la *Heimat* (el hogar), la pertenencia nacional y la identidad cultural.

los actos de duplicación de Volkening estaban provocados por la experiencia traumática del exilio personal e incorporaban los eventos históricos catastróficos de la Segunda Guerra Mundial y la Shoah. Aún más, dichos actos tenían lugar en un periodo muy volátil, dentro de La Violencia en Colombia —y también luego de ella—. Volkening vinculó a la literatura alemana un discurso narrativo que era transformativo e inherentemente extraterritorial. Su escritura extraterritorial, así como su condición de exiliado, estaban íntimamente relacionadas con un espacio al que él se refería como *intermediary realm* (reino intermedio) entre Europa y América del Sur, un espacio que “pertenece a ambos [‘el Viejo Mundo de donde vine y el llamado Nuevo Mundo a donde fui’] sin ser idéntico con ninguno de los dos” (Volkening, 1980. “De mis cuadernos II”, *Eco* 36 (221): 465). Según Volkening, ese espacio surgió de la tensión causada por haber dejado Europa sin haber cerrado una etapa previa y por vivir en el exilio “sin haber echado raíces” (como solía decir). Eso lo volvió un *Grenzgänger* cultural permanente (alguien que cruza fronteras) que se involucró con su cultura como extranjero y como nativo. Volkening creía que esta condición era la causa de su permanente “papel de mediator de su actividad literaria”. En su diario, él asimila este espacio ideal a un “sexto continente”, pero le añade una salvedad reveladora: “En la terminología de mi ‘sico-geografía’ particular, esa cosa inmaterial, cosida con hilos de ensueño y telarañas podría llamarse el ‘sexto continente’, si no tuviera tanto de archipiélago, hasta de condición anfíbia en la que por partes iguales participan ambos hemisferios —y el mar, amigos, el mar!” (467-468).

El énfasis en el estado anfibio resalta el poder transformador de la influencia de las culturas europeas y suramericanas en la obra de Volkening, y la dinamización y la inestabilidad del conocimiento que resulta de esa mezcla. La base estable sobre la que residía el pensamiento occidental desde Aristóteles hasta Kant comenzó a

tambalearse con Nietzsche, cuyas frecuentes metáforas del mar reflejan el poder subversivo de su filosofía. Volkening, un ávido lector de Nietzsche, evoca estas referencias y subraya su gran importancia en cuanto a su proclama concluyente. La inestabilidad del conocimiento es la condición básica de vivir en el exilio. Ella resulta del encuentro de dos culturas, del enfrentamiento con una segunda perspectiva, y genera escepticismo frente al significado de las acciones de uno mismo. El pasaje anterior puede leerse como una manifestación subyacente de la conciencia que tenía Volkening de que escribir sobre su cultura —como el trazado de los contornos de una isla— es casi nada, solo una imagen instantánea de su sujeto, definida desde cierto ángulo (tiempo y lugar), un lente de investigación (en el caso de Volkening, su visión humanística del mundo) y una motivación específica. Hay una conciencia del poder manipulativo de las representaciones culturales, el cual se vuelve un conjunto artificialmente construido de alambiques.

El “sexto continente” de Volkening da lugar a un espacio de acción intercultural para negociar el significado y la identidad, que solo se hacen visibles en el momento de su enunciación. Su “sexto continente” es el híbrido y el espacio que hibrida, donde Volkening creó las representaciones de la literatura alemana que le transfirieron una imagen al público colombiano que le hacía justicia a la homogénea cultura literaria alemana (notablemente, excluyendo los temas controversiales y candentes de su tiempo, o haciendo mínimas referencias a estos). Juan Gustavo Cobo Borda valoró a Volkening por haber hecho a escritores como Hugo von Hofmannstahl o Kleist virtualmente colombianos; gracias a las traducciones de Volkening, Cobo Borda sostiene que ahora esos escritores parece que fueran nuestros. Jorge Rufinelli escribe en 1978 sobre los dos volúmenes de la colección de ensayos de Volkening que permitieron disfrutar un universo que de otra manera habría sido inaccesible a la mayor parte de los lectores colombianos. Volkening logró esto

concentrándose en algunas de las características de la literatura mencionadas arriba y escribiendo en contra de lo que consideró el pecado capital de cualquier acto de representación cultural: la reducción del sujeto a un fenómeno que podría ser usado para fines nacionalistas. Por ejemplo, celebró al poeta Friedrich Hölderlin como uno de los pilares de la identidad cultural alemana (hasta el punto de diseñar una edición especial de *Eco* dedicada a Hölderlin en 1970); sin embargo, escribe que Hölderlin es lo que Nietzsche llama un “acontecimiento europeo” —“sin dejar de ser alemán”—. Volkening procede a acusar los intentos históricos de convertir a Hölderlin en “un fenómeno nacional, por no decir provinciano, de las dimensiones de un archigermano poeta de buhardilla” —algo de lo que explícitamente acusa a las políticas culturales nacionalsocialistas y a la recepción de Heidegger por parte de Hölderlin—. Volkening desvincula los escritores alemanes como Hölderlin de una tipificación nacional y le da un giro recursivo al concepto de pertenencia nacional al usar a los mismos escritores, sorprendentemente, para retratar lo que él entendía como una genuina identidad cultural alemana. Volkening los usa en su forma híbrida —como figuras europeas, e incluso como figuras transnacionales que trascienden los confines del Viejo Mundo— para retratar la cultura literaria alemana como cosmopolita e inclusiva, a la cual avalúa en su condición híbrida que invita a un compromiso intelectual más profundo y a contemplar los conceptos de la vida y los modelos de interacción pública y privada.

De una forma subversiva, Volkening redime la cultura alemana de las sombras aterradoras de la Segunda Guerra Mundial y de la Shoah al regresar a los valores humanistas y a los principios de la Ilustración. Sus ensayos exploran la nueva formación de la cultura alemana después de 1945 basados en la convergencia entre ética y estética; el compromiso crítico con la literatura era para Volkening una forma de vivir y pensar éticamente. Volkening suple una noción positiva de la cultura alemana, que después de su

historia reciente de voluntaria complicidad de lo nacional (*völkische*) y de los fines nacionalsocialistas pudo haber sido considerada, de otra manera, inexpiable. No es un espejo perfecto del paisaje literario de su tiempo, de los discursos que eran el centro de los acalorados debates públicos y académicos; por el contrario, el trabajo de Volkening disputa y expande los términos y territorios de lo que se entiende por “alemán” como denominador cultural. Sin lugar a dudas lo podríamos acusar de evadir las confrontaciones intelectuales y políticas que su tiempo requerían, e instigar y asistir en su lugar a una noción conservadora de la cultura.

Sin embargo, en conclusión: la relativa y autorreflexiva rearticulación de Volkening a su cultura de origen también desestabilizó esencialmente la noción de una cultura nacional alemana y presentó una respuesta indirecta a preguntas aparentemente rechazadas, al dar un giro al autárquico reino del arte. De la misma manera, la escritura de Volkening llama la atención sobre la artificialidad de representaciones culturales y denota no solo los deseos del traductor, como la necesidad de reconstruir un hogar en el exilio, o atenerse a valores y principios constitutivos de la identidad, sino además la intrínseca maleabilidad e hibridez de las culturas. Volkening y *Eco* muestran, como representantes de la cultura de la posguerra alemana, una mezcla peculiar de progresismo y de una problemática actitud en lo referente a una abstinencia política y un conservadurismo cultural. Un conservadurismo que se esforzaba por forjar una continuación de la cultura literaria alemana del siglo XIX y de los valores humanistas para retratar una “mejor” Alemania (como era habitual en comunidades en exilio) y proveer por medio de una cultura literaria una brújula moral para el presente y el futuro. ■

Kathrin Seidl-Gómez (Alemania)

Directora del programa de Lengua Alemana de la Universidad de Brandeis y profesora asistente de alemán. Su tesis de doctorado *The Creativity of Displacement* se centra en la labor de Volkening como ensayista y traductor cultural.

Entre líneas VOLKENING

FRANCIA ELENA
GOENAGA OLIVARES

En sus *Diarios*, Ernesto Volkening (Amberes, 1908-Bogotá, 1983) registra su lucha contra el tedio, que lo asedia continuamente hasta el momento en que la niebla de la carrera séptima con calle trece lo envuelve y le devuelve la seguridad de lo ya conocido, su Amberes natal. Es una identidad proustiana, involuntaria, la que lo hará quedarse en Bogotá hasta su muerte.

Es el año de 1934, el mismo año de la muerte del padre, como lo registra en su diario; y como Juan Preciado en *Pedro Páramo*, Ernesto debe morir en estas tierras para encontrarlo. La búsqueda del padre es el mito que lo anima a atravesar el océano, como lo dice Óscar Torres (2012). Desde que llega se rodea de los intelectuales activos en ese momento en Colombia: personajes como Hernando Valencia Goelkel, Hernando Téllez, Álvaro Mutis y Nicolás Gómez Dávila, entre otros, hacen parte de ese selecto grupo.

En el año de 1973 conoce a Gómez Dávila y, como muestra de inmediata empatía y simpatía, “don Colacho” le regala siete tomos mecanoscritos de *Escolios a un texto implícito*, que posteriormente serán publicados por Colcultura en el año 1977, en dos tomos. Es exactamente el miércoles 23 de mayo de 1973 cuando recibe los ejemplares de Gómez Dávila, y que Ernesto llama

“modestamente titulados [...] porque ya sé que el ‘texto implícito’ representa la vida misma del autor, su quintaesencia, el fruto de varios decenios de intensa actividad espiritual”. Queda claramente expuesto el tipo de formación de Volkening, inscrita en la aventura espiritual que define la cultura de Occidente alemana, de lo que da cuenta la revista *Eco*, dirigida por él en los años 1971 y 1972: la vida es lo dado como experiencia y como logos, “quintaesencia”, fruto de la fatiga de la labor continua del lector, traductor, escritor; en síntesis, como él mismo lo dirá en esta carta: “Si algún don de la naturaleza acaso descuelle entre mis modestas facultades, es el olfato para lo bueno y exquisito en *artibus et litteris*”.

De ese olfato queremos hablar hoy aquí: apartado el ruido de toda moda, de las noticias que llegan y van, si aún logramos oír nuestro instinto, ese mismo que lleva al hombre a buscar lo infinito, como dirá Charles Baudelaire, aclarando de una vez por todas que en el instinto intervienen no solamente órganos de la percepción sino también de la inteligencia, del espíritu, como dirán los alemanes, el encuentro cortés de estos dos hombres avivó un interés legítimo y compartido en temas y obras que conforman el acervo de Occidente. Basta leer los cinco cuadernos rayados de editorial Norma, en donde Volkening registra sus comentarios, sus glosas a los escolios de Nicolás Gómez Dávila, para asistir no solamente a una biblioteca compartida (los poetas del primer romanticismo alemán, por ejemplo), sino lo que es fundamental en el entendimiento con el otro, nuestras aversiones (como dirá bien Gómez Dávila en sus escolios). Las huellas de las emociones más puras están registradas línea tras línea en estos cuadernos, una de alegría por ejemplo: “me tragaría este papelito para no olvidarlo”, o el aviso de una ausencia prolongada por falta de ánimo para escribir. Veamos cuatro ejemplos, en donde se dan cita la ironía, el humor, el español coloquial y la referencia erudita:

– No hay cadáver ilustre que un cretino, en algún momento, no desdeñe.

= (margen derecho, donde aparecen los comentarios de Ernesto Volkening) Recretino nó: el vergajo!

– [...] Lo que más seguramente amenaza al mundo no es la violencia de muchedumbres famélicas, sino el hartazgo de masas tediosas.

= Enrique Heine: hay dos clases de ratas, las hambrientas y las hartas.

– ¿Quién es más que el miserable lugar de una epifanía?

= Sublime alusión a lo que en nosotros nos trasciende. Pero, ¿qué sucede? Alérgase un dios en nuestro cadáver viviente, y vuelve a abandonarlo. Y nosotros sin darnos cuenta!

– ¿Morará mi corazón eternamente bajo la sombra de la viña, cerca de la tosca mesa, frente al esplendor del mar?

= Esta pregunta que es de las que no tienen respuesta encierra más poesía que centenares de poemas que he leído: la poesía originaria del más noble de todos los males incurables del alma: la nostalgia. Y la nostalgia, ¿qué es sino un estar lúcidamente, dolorosamente consciente de que el tiempo perdido no se recupera. Nunca volverá a tenderse el corazón bajo la sombra de la viña, sentarse a la tosca mesa, husmear la brisa salubre de antaño.

Descubro en los ‘Escolios’ a veces un arma secreta: subterránea correspondencia entre los aforismos separados por docenas de páginas.

La alusión a la “subterránea correspondencia” es una muy buena interpretación porque, aunque la totalidad referida por el fragmento no corresponde a la unidad del símbolo, sí hay un fondo continuo, caótico y oscuro, propio de la alegoría, como dice Gordon Teskey (1994) a propósito de Baudelaire. Cada escolio es un caso del todo, que se erige ante el lector como “un arma secreta”.

Admirado y querido don Nicolás:

Perdóneme la familiaridad del sacabuzamiento que no se debe, por cierto, a falta de respeto ni a pasados arranques de camaradería, sino sencillamente al haberme sentido muy cerca de usted mientras lo acompañaba tan largo trecho a través de los siete tomos de sus *Escolios*.

Ahora, cuando ya toca a su fin el hermoso viaje que me fue permitido hacer en su compañía, me pregunto, ¿qué pueda decirle para traducir en términos sencillos, justos y adecuados mi íntima concepción de haber leído un opus magnum, una obra de la cual no sé qué admirar más: la entereza moral, la noble intransigencia, la profundidad del inmenso riquiza de las ideas o la dificultad latente en el modo de expresarlas.

Estando todavía en esta duda, leo el escolio final de factura romana, tuviera al "si fractus illabatur orbis, impavidum ferient ruinae", y encuentro que reflejan estas palabras mucho mejor que mis balbuceos lo que pienso del fruto de sus desvelos y solitudes. Bien sé que usted no está muy seguro de mi verdadero concepto y sigue preguntándose si sus aforismos realmente se distinguen por las cualidades que les atribuyo.

Solo puedo repetirle que cuanto he dicho y digo es fiel trasunto de mi pensamiento, como por sí sola ha de indicárselo la franqueza - razona en impetuosidad, lo sé y lo lamento expressis verbis - con que en raras ocasiones he llevado la contraria. Permitame, empero, hacer al respecto una última observación que quizás suene no poco presuntuosa, mas al fin y al cabo, "nur die dumpe sind bescheiden" (Goethe):

Si algún don de la naturaleza acaso disciende entre mis modestas facultades, es el olfato para lo bueno y exquisito in artibus et litteris. En este instante que raras veces me abandona debo apoyarme cuando se asegure que un libro de tal trascendencia no se volverá a escribir en este siglo, ni agüende ni allende el océano.

Finalmente de que se me olvide lo principal: ¡Gracias por haber salido tan gallardamente por nuestros fueros!

Su admirador y leal amigo.

Ernesto Volkening

Bogotá, 22 de octubre de 1973,

así en que termino la lectura de los siete tomos de *Escolios a un texto implícito*.

En el año de 1973 conoce a Gómez Dávila y, como muestra de inmediata empatía y simpatía, "don Colacho" le regala siete tomos mecanoscritos de *Escolios a un texto implícito* que posteriormente serán publicados por Colcultura en el año 1977, en dos tomos.

Al final de la carta, aclara: “En este instinto que raras veces me abandona debo apoyarme cuando le aseguro que un libro de tal trascendencia no se volverá a escribir en este siglo, ni aquende ni allende el océano”; y para que la pasión del lector no quede en segundo plano, dirá: “Y antes de que se me olvide lo principal: ¡gracias por haber salido tan gallardamente por nuestros fueros!, su admirador y leal amigo, Ernesto Volkening. Bogotá, 22 de octubre de 1973, día en que terminé la lectura de los siete tomos de *Escolios a un texto implícito*”.

Cinco meses pasó Volkening en compañía de los siete tomos de Nicolás Gómez Dávila. En la carta final (que anexamos) se disculpa con su interlocutor por tanta familiaridad, justificada por la travesía del viaje que exige toda lectura. Hay tanta intimidad en este acto cotidiano. Este gesto habla de la personalidad de Ernesto Volkening, cuya relación con el escoliasta bogotano siempre estuvo marcada por un excesivo respeto. También indica la manera cómo leemos, pues nadie lee igual a otro, la larga iconografía de lectoras y lectores así lo demuestra (pienso, por ejemplo, en el lector infrecuente de Georges Steiner) y, para subrayarlo, cito el comienzo de su carta:

Admirado y querido don Nicolás:

Perdóneme la familiaridad del encabezamiento que no se debe, por cierto, a falta de respeto ni a palurdos arranques de camaradería, sino sencillamente al haberme sentido muy cerca de usted mientras lo acompañaba tan largo trecho a través de los siete tomos de sus Escolios.

Ahora, cuando ya toca su fin el hermoso viaje que me fue permitido hacer en su compañía, me pregunto, qué pueda decirle para traducir en términos sinceros, justos y adecuados mi íntima convicción de haber leído un *opus magnum*, una obra de la cual no sé qué admirar más: la entrega moral, la noble intransigencia, la profundidad e inmensa riqueza de las ideas o la diafanidad latina en el modo de expresarlas.



Este gesto habla de la personalidad de Ernesto Volkening, cuya relación con el escoliasta bogotano siempre estuvo marcada por un excesivo respeto.

La gradación propuesta es exacta para valorar la obra de Gómez Dávila: el ámbito moral, la aristocracia del espíritu, la profundidad de la idea y el rico plano de la expresión. Enumeraciones que corresponderán más adelante al “Reaccionario auténtico” (1995). Y aunque la duda de la calidad de los escolios asalta a su autor, el lector generoso que es Ernesto Volkening le asegurará un futuro en el mundo de las artes. ■

Francia Elena Goenaga Olivares (Colombia)
Profesora del Departamento de Literatura de la Universidad de los Andes, especialmente de las cátedras de poesía, además de los seminarios en la Maestría de literatura sobre los moralistas franceses del siglo XVII y Nicolás Gómez Dávila.

Bibliografía

- Gómez Dávila, Nicolás (1995). “El reaccionario auténtico”. Medellín: *Revista Universidad de Antioquia*, 240 (abril-junio), pp. 16-19.
- Teskey, Gordon (1994). “Irony, Allegory, and Metaphysical Decay”. *PMLA*, 109 (13) (mayo), pp. 397-408.
- Torres, Óscar (2012). “Ernesto Volkening y la revista *Eco*: algunas consideraciones trasatlánticas”. En: *Poéticas de la traducción*. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes, pp. 139-158.
- Volkening, Ernesto. Mss 3243, 5 cuadernos.

Los límites y las posibilidades

DE UN HABITANTE DEL REINO INTERMEDIO

JUAN CAMILO BRIGARD

El 26 de julio de 1934, cuando Europa comenzaba a desintegrarse, Ernesto Volkening se embarcó en su ciudad natal, Amberes, hacia Colombia en busca de su padre, a quien ese mismo día enterraban en el Cementerio Alemán de Bogotá.¹ En esa misma tumba descansaría —cincuenta y un años después— el crítico y traductor literario al lado de su papá.

Esta búsqueda de la paternidad —concepto que en sus diarios y su novela significa ausencia, vacío, falta— será la primera de varias, que marcan la rima de místico desprecio y dramática ironía que encabalga en su obra. La misma que, como personaje, lo hace interesante, ya que el trágico hallazgo de sus búsquedas define su condición como *habitante del reino intermedio* euroamericano en sus diarios: “no era ni un sumergirse en el nuevo medio [Colombia], ni un consciente y decidido volver la espalda al pasado [Europa], sino, precisamente lo que se define como el reino intermedio”. En otra entrada describe la experiencia como estar en un espacio que crecía “conmigo, dentro y fuera de mí, paulatinamente se me intercalaba entre el Viejo Mundo de donde vine y el llamado Nuevo Mundo a donde fui, y pertenece a ambos sin ser idéntico con ninguno de los dos”. Luego se refiere a ella con una metáfora más gráfica, la de una geografía psíquica, tejida por hilos de ensueño y telarañas que podrían constituir otro continente, si no fuera por su “condición anfílica en la que por partes iguales participan ambos hemisferios —y el mar, amigos, el mar!”.

Otra forma de llamar la misma experiencia fue por medio de su identificación con el dios romano Jano: el dios del tiempo, de los pasadizos, de la puerta que lleva al principio y al final, de quien enlaza el pasado y el futuro en el presente. En principio, antes de darle título a cada uno de los tomos de sus ensayos —*Destellos criollos* y *Atardecer europeo*— pensó en llamarlos “Los dos rostros de Jano”, pues Volkening tenía un rostro europeo que a la vez tenía otra cara latinoamericana, y si por un lado era capaz tanto de introducir, traducir y hacer comprensible la cultura europea en Colombia, por el otro podía tener la perspectiva crítica del extranjero que no pertenece a un contexto determinado y le presta atención a lo que la mayoría —por estar sumergida en la cotidianidad de sus costumbres— pasa por alto (como llamar profetas en su tierra a García Márquez y Gómez Dávila antes de serlo en otras partes, recordar a Osorio Lizarazo cuando estaba olvidado, o señalar el valor de la obra de Elisa Mújica).

Un fenómeno similar le sucedía para bien y para mal con su lengua materna, que de la misma manera se encontraba en un reino intermedio. Por ejemplo, el editor alemán Peter Schultze-Kraft, de la editorial Kiepenheuer & Witsch, al recibir la traducción de Volkening del primer capítulo de *Cien años de soledad*, prefirió confiársela a otro traductor, ya que encontró su alemán —después de más de treinta años de vivir en Colombia—, en palabras de Ricardo Rodríguez Morales, “anticuado, un tanto rancio y hasta estafalario”. El malestar no se sentía solo de ese lado: un crítico, Juan Guillermo Gómez, varios años después de su muerte, no con poca condescendencia, sino con enfática crueldad, calificó su español de “ostentosamente moroso, como cargado de una afectación de palabras y expresiones que habían caído en total desuso (y siguen siendo desusuales [sic], pese a ese rescate artificioso de voces como ‘entuerto’, ‘sierpre’, ‘de pura cepa’, ‘jaez’ u orteguianas como ‘archicaracterístico’”. Su amigo

Álvaro Mutis fue más generoso, como lo podemos ver en el paralelo que hizo entre su español y el inglés de Conrad: “[Conrad Volkening] se movió en un [inglés español] peculiar y terriblemente suyo [...] en una especie de doloroso y febril terreno neutral”. De sus particularidades lingüísticas, así como de su estilo, tenía la flexibilidad de burlarse de sí mismo, y, en sus mejores momentos, de distanciarse de sí y de sus propias mañas. Un buen ejemplo lo pone en boca del pez filósofo de su ensayo “Sobre la paja” (1972), quien se excusa irónicamente de uno de sus vicios favoritos: “perdonen ustedes el frecuente empleo del inglés, el francés y el latín [acá se le olvidó mencionar el alemán] atribuible a nuestro inveterado esnobismo de peces”.

Los caminos de Lodovico, su única novela, es otra muestra de la experiencia del reino intermedio. La historia narra en su mayor parte lo que su título refiere y el nombre del personaje principal —la latinización del nombre germano Ludwig, históricamente el “afamado en la guerra”— ironiza su etimología, ya que Lodovico, quien va a buscar lo que queda después de la Segunda Guerra Mundial de su “ciudad paterna” (habla de *Vaterstadt* en alemán) Amberes, después de 34 años, se encuentra por el contrario con la infame destrucción del puente histórico que era la ciudad con su memoria de la niñez. Lodovico vive suficiente tiempo lejos de su país para volverse extranjero en el mismo, pero a la vez no corta con sus raíces, para no sentirse enajenado en su nuevo hogar, Bogotá, a la que califica lucidamente de “urbe inconclusa, caótica, monstruosa, Babel del altiplano”. El regreso a su ciudad de infancia lo menciona en sus cuadernos como “aquel malogrado encuentro”, al que llama “fuente de tristeza sin fin” y “pozo del tiempo perdido e irrecuperable”. La correspondencia entre Lodovico y Volkening es clara; tanto su uso del lenguaje, como las fechas que se mencionan en el libro (todas a finales de junio de 1968), corresponden con el diario.

Los paseos de Lodovico son significativos por la manera en que se parecen y a la vez se distancian de la busca del tiempo perdido proustiano —si bien hay un par de pasajes en los que logra una evocación proustiana y Lodovico/Volkening se describe(n) a sí mismo(s) (en el CV que Mutis adjuntó a su mezquino prólogo de la novela) como “apasionado” por la “*recherche du temps perdu*”—. Por otro lado, es evidente que la narración es la de un lector proustiano —un lector de Proust, tan seducido por el inventor de la memoria involuntaria— que busca voluntariamente el tiempo perdido. Lodovico está en la búsqueda del reencuentro con su niñez, con todo lo retenido por él durante años, para tratar de hacerlo aparecer de repente por azar. En otras palabras, para escapar del fluir del tiempo y encontrar la correspondencia que sirva de puente para cruzar el abismo que zanja la experiencia de la temporalidad. En palabras de Lodovico, su búsqueda es la de “aquel punto arquimédico en que se establezca una suerte de equilibrio perfecto, similar al intervalo entre dos tiempos, al brevísimo instante de libertad suprema, preñada de insospechadas posibilidades”.

El resultado es todo lo contrario: tanto el diario como la novela —los dos se traslapan— califican la búsqueda de la infancia agriamente: es una búsqueda de “patética fealdad y poesía sospechosa”. La lectura cruzada entre Proust y Volkening es significativa en la medida en que se puede ver lo que apropia Volkening de Proust —la noción de la búsqueda del tiempo perdido, encaminarse a ella, y la angustia generada por la corrosión del tiempo—. Pero, sobre todo, lo que lo diferencia, todo lo que está en la obra de Proust y brilla por su ausencia en la de Volkening: primero, el contrapunteo de la voz doble del narrador adulto y el niño; segundo, la reconstrucción de cincuenta años de vida tanto del narrador como de su familia, amigos y relaciones sociales. Menciono solo dos diferencias —de una lista que podría seguir— porque a gran escala marcan



Carné de estudiante de Ernesto Volkening, Universidad de Frankfurt (1928). Imagen del archivo de la Universidad de Frankfurt. Publicada en Seidl Gómez, Kathrin. *The Creativity of Displacement: Ernesto Volkening, an Essayist and Cultural Translator in Colombia, 1934-1983*.

la desemejanza significativa entre las dos obras. La primera, que está condicionada por la segunda, porque con muchas dificultades el lector es capaz de comprender el dolor del desgarramiento temporal que vive el héroe de la novela —pues no es tangible intersubjetivamente—. Y la segunda diferencia, porque contrasta fuertemente con los pocos y en su inmensa mayoría incidentales personajes de la novela de Volkening —como excepción en la novela sólo está “V.”², el amigo que contradice y charla reiteradamente con Lodovico a lo largo de la misma, y la ya citada figura paterna—.

En el caso preciso de *Los caminos de Lodovico*, propongo leerla como uno de los caminos perdidos de un habitante del reino intermedio. Pues para nosotros —lectores del siglo XXI, de la modernidad líquida, de la globalización, de una Bogotá que todavía es, en las agudas palabras de Lodovico, un “refugio de apátridas en su propia patria”— el presente parece cada vez más *un reino intermedio*. Así como quien en una lectura de Proust no llega a que el artista encuentra redención —como todo el que no sobrelleva los siete tomos—, y aun así, en sus lecturas, igual que Volkening, se encuentra otra teoría del tiempo como la de Unamuno, que en una nota de su diario, ya

Las búsquedas de Volkening —la del padre, la de Amberes y la infancia—, cruzadas con el estado del reino intermedio, nos dan una particular perspectiva sobre su condición y las dos caras de Jano.

después de la publicación de su novela, logra conjugar de nuevo el pasado, el presente y el futuro: “Toda supuesta restauración del pasado es hacer porvenir y si el pasado es un ensueño, algo mal conocido... mejor que mejor. Como siempre, se marcha al porvenir; el que anda, a él va, aunque marche de espaldas”. O como quien asume las ironías dramáticas —poéticas y mundanas— de Volkening/Lodovico en clave gómezdaviñana: la ironía como transustancialización benévola de la agria impotencia que, reapropiada con inteligencia, al reconocer sus límites, transforma una imposibilidad en característica positiva.

Las búsquedas de Volkening —la del padre, la de Amberes y la infancia—, cruzadas con el estado del reino intermedio, nos dan una particular perspectiva sobre su condición y las dos caras de Jano. Por un lado, sus peligros, límites y finales, captados en su particular apropiación de la búsqueda proustiana: quien, al fijar su mirada y su cuerpo hacia el pasado, contra el fluir del tiempo, obstruye como un dique la corriente de su flujo encausado hacia el presente y el futuro; un flujo que termina por arrasarlo. Una meditación que en lugar de reapropiar las corrientes pasadas para navegar hacia el futuro, se deja arroyar por la mismas. Pero que, por el otro, en su virtud de ser anfibio, de aproximarse a otros temas, fue capaz de navegar sobre, sumergirse en, explorar y traspasar la barrera de un mar entre dos continentes, para luego salir a flote y pararse en tierra firme sobre un vasto archipiélago. Un vasto archipiélago de diversos autores y tradiciones que pocos eran capaces de

reconocer como conjunto, pues pocos como él sabían que, bajo su aparente desconexión, una misma placa tectónica los unía. Su cara de los comienzos muestra la capacidad de atravesar el mar entre islas, para encontrarse con la promesa de un nuevo mundo, una nueva vida e insospechadas posibilidades al otro lado de su continente originario. **U**

Juan Camilo Brigard (Colombia)

Estudió Literatura y Filosofía en la Universidad de los Andes. Co-escribió el guion de la película *Las malas lenguas*. Fue profesor de inglés y literatura en un colegio en Bogotá. Actualmente cursa una Maestría en Literatura Comparada en Alemania.

Notas

¹ Otro motivo que llevó a Volkening a buscar a su padre en Colombia fue que —como lo señaló en su CV— “a fines de 1933 [estaba] ya con un pie en el umbral del campo de concentración y otro allende en la frontera”. La posibilidad de ser perseguido por el gobierno Nazi se le atribuye a la publicación de su tesis doctoral sobre el asilo diplomático. La académica Seidl-Gómez desmitifica factualmente la cronología que Volkening relata en su diario y a la que nosotros nos ceñimos en este ensayo por cuestión de su objeto: los quiebres temporales.

² Seidl-Gómez erróneamente hace un paralelo entre V. y Gertrudis Volkening (la esposa de Ernesto) en los diarios, en los que ella es referenciada como “F.” y no con “V.” como la académica afirma. Sería tal vez más verosímil sugerir que V. es el mismo Volkening, lo que corresponde con el género con que se habla del personaje en la novela.

Experimenta

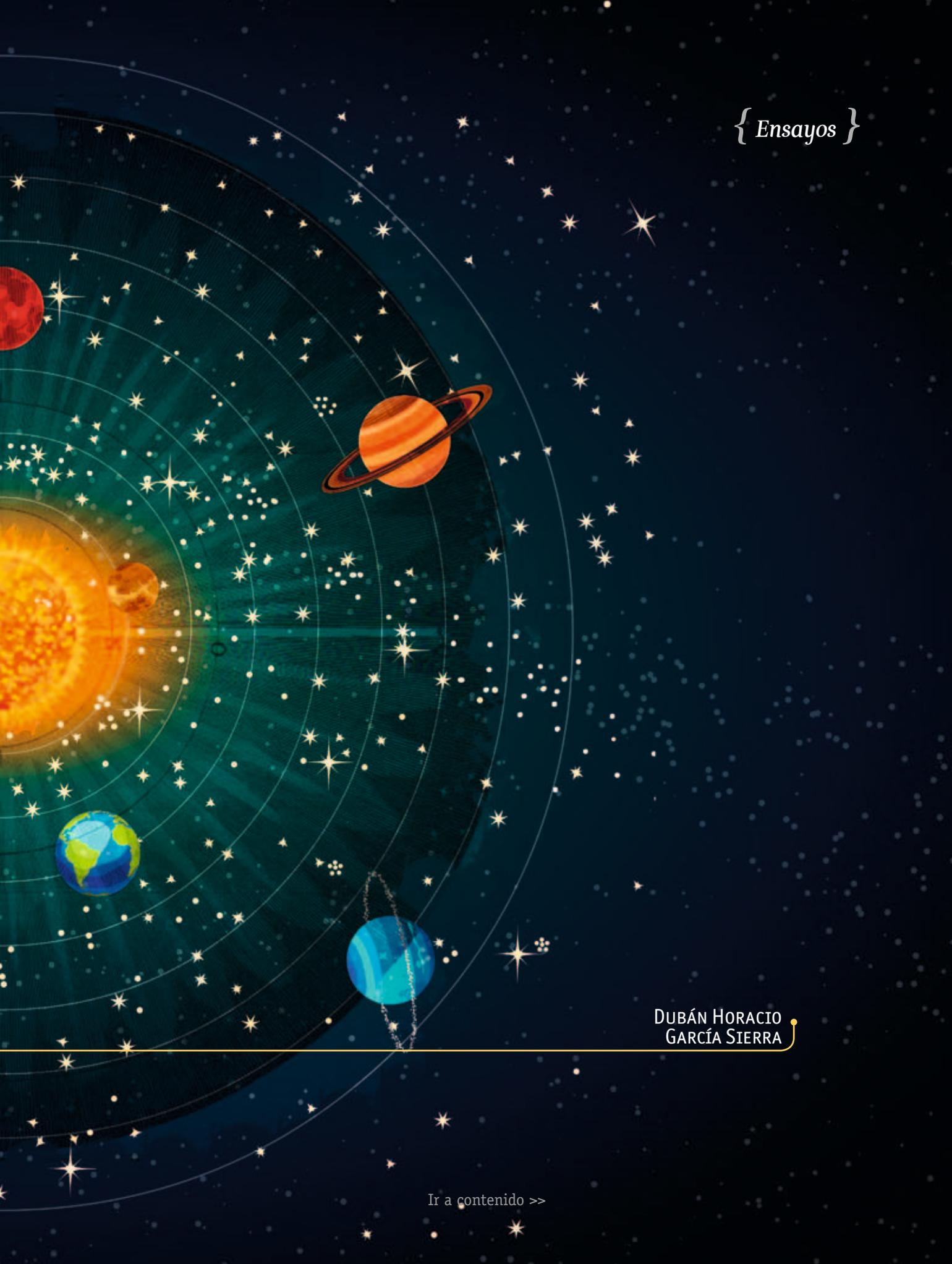
Revista de divulgación científica de la Universidad de Antioquia / Edición 6





VISITANDO LOS PLANETAS

{ Ensayos }



DUBÁN HORACIO
GARCÍA SIERRA

[Ir a contenido >>](#)

El conocimiento científico, y más específicamente el astronómico, es siempre cambiante, evolutivo; el método científico es un proceso dinámico y retroalimentado de adquisición de conocimiento, en el cual la experimentación aporta siempre nuevos datos con los cuales los conceptos y teorías previamente elaborados son redefinidos y perfeccionados.

Buscando los orígenes del conocimiento astronómico, debemos considerar que fenómenos celestes que hoy en día nos resultan tan naturales, como el aparente movimiento circular de los astros en el cielo, principalmente el Sol y la Luna, y los maravillosos eclipses de Luna y de Sol, debieron haber intrigado y estimulado el espíritu cognitivo de los humanos de antiguas civilizaciones como la mesopotámica, sumeria, babilonia, egipcia, china, india, griega, etc. Varias de estas civilizaciones dejaron evidencias de sus observaciones astronómicas en el formato de escritura cuneiforme (escritura en tablillas de arcilla); los eclipses lunares ya podían ser predichos con buena exactitud hace unos 3.000 años (Wilson, 2005: 5-7).

Pero fueron los filósofos de la civilización de la Grecia Clásica quienes dejaron la mayor evidencia documental de sus conocimientos en astronomía. Aparte del Sol y la Luna, los griegos contemplaron con especial atención cinco astros que les eran apreciables a simple vista y que tenían un movimiento muy característico en el firmamento nocturno, a los cuales denominaron *planetas*, vocablo que en griego significaba “errante” o “vagabundo” (Hawking, 2005: 5-13). Dichos planetas recibieron nombres de dioses mitológicos romanos: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

Aunque la teoría de un universo geocéntrico fue concebida en diferentes tiempos y civilizaciones, y por diferentes personajes, el gran filósofo griego Aristóteles (384-322 a.C.), partiendo de una idea original de Eudoxo de Cnido (390-337 a.C.), fue quien más la argumentó, defendió y divulgó con su texto *De Caelo* o *Sobre el cielo*. En la cosmovisión o teoría aristotélica del universo geocéntrico, que igualmente puede catalogarse como antropocéntrica, la Tierra, y asimismo el hombre, en tanto que ella es su residencia, se halla en reposo en el centro del universo; mientras que el Sol, la Luna, los referidos cinco planetas y todos los demás cuerpos celestes giran en torno a ella siguiendo órbitas circulares.

Sin embargo, la teoría de un universo geocéntrico no fue exclusividad de aquellas antiguas civilizaciones, dado que varios hombres de distintas épocas y lugares, entre quienes merecen ser mencionados Filolalo de Tarento (470-380 a.C.), Aristarco de Samos (310-230 a.C.), y el astrónomo babilonio Seleuco de Seleucia (siglo II a.C.), llegaron a plantear o defender concepciones de un universo heliocéntrico, esto es, con el Sol en el centro del mundo. Pero estas teorías no lograron imponerse, fundamentalmente debido a oposiciones tanto teológicas como filosóficas del momento.

La teoría aristotélica del universo fue retomada casi quinientos años después, mejorada y convertida en un modelo empírico geométrico del universo por el



Modelo geocéntrico del sistema solar de Ptolomeo

astrónomo, geógrafo y matemático greco-egipcio Claudio Ptolomeo (100 d.C.-170 d.C.). En este modelo, la Tierra estaba en reposo, ubicada en el centro del universo y rodeada por ocho esferas concéntricas y dotadas de movimiento rotatorio en torno a ella. Cada una de las esferas contenía y transportaba por el cielo a cada uno de los cuerpos celestes: el Sol, la Luna y los cinco planetas; la última, la más externa a todas, transportaba con su movimiento a las demás estrellas del firmamento. La cosmovisión aristotélica buscaba comprender y explicar el movimiento observado de los cuerpos celestes. Claudio Ptolomeo trató de ir más lejos, y basándose en datos observacionales y en conceptos de otros filósofos, elaboró su modelo geocéntrico con el que adicionalmente pretendía predecir dichos movimientos; y aunque su modelo fuera erróneo, paradójicamente lo hacía con un muy buen nivel de precisión para la época.

El peso filosófico aportado por Aristóteles, y el hecho de que fuera este modelo el adoptado, impuesto y defendido históricamente por la Iglesia católica, fundamentalmente debido a que concordaba con las sagradas escrituras en el sentido de que tanto el hombre como la Tierra ocupaban el centro de la divina creación, contribuyeron a que el modelo aristotélico-ptolemaico de un universo geocéntrico continuara vigente durante un largo periodo de tiempo, específicamente hasta el siglo XVI: incluso hacia 1502, cuando Cristóbal Colón realiza su último viaje descubridor al continente americano, la inmensa mayoría de gentes creían que la Tierra era el centro del universo.

La desacreditación efectiva y el abandono total de la concepción aristotélica-ptolemaica del universo geocéntrico, después de estar vigente por prácticamente dos milenios, se empezó a gestar durante el siglo XVI, en el periodo final del Renacimiento, con la entrada en escena del astrónomo Copérnico.

De origen polaco, el científico Nicolás Copérnico (1473-1543) realiza sus primeros estudios en la Universidad de Cracovia y posteriormente en Italia, en las

Universidades de Bolonia y Padua; adelanta estudios de matemática, filosofía, medicina, astronomía y derecho canónico. Su aporte fundamental a la astronomía moderna fue haber retomado, mejorado y puesto de nuevo en circulación en Europa las antiguas teorías griegas del universo heliocéntrico; su famoso libro *De Revolutionibus Orbium Coelestium* (*Sobre las revoluciones de las esferas celestes*), en el que establece su sistema de movimientos circulares planetarios alrededor del Sol, fue publicado el mismo año de su muerte en 1543, y con él se hace acreedor del título de padre de la astronomía moderna. A falta de evidencias, los historiadores piensan que Copérnico fue reacio a publicar más tempranamente su libro debido en esencia a dos temores: ser juzgado como hereje por la Iglesia y ser duramente criticado por los científicos de turno (Philip's Astronomy Encyclopedia, 2002; North, 2005). De sus varias hipótesis merece ser destacada la siguiente: "Orbitando alrededor del Sol se encuentran, en respectivo orden, Mercurio, Venus, la Tierra y la Luna, Marte, Júpiter y Saturno". (Aún no se conocían los planetas Urano y Neptuno, ni el planeta enano Plutón; estos deberían esperar hasta la invención del telescopio).

A diferencia de Copérnico, Tycho Brahe (1546-1601) fue un astrónomo esencialmente empírico, dedicado a la observación del cielo. Nacido en Dinamarca, y de buena fortuna, diseñó y mandó construir sus propios instrumentos pretelescopios de observación y medición astronómica; con el patrocinio del rey Federico II construyó el mejor observatorio astronómico de la época: *Uraniborg*. Allí pasó gran parte de su vida realizando mediciones y sistematizando gran cantidad de datos sobre el movimiento de las estrellas y demás cuerpos celestes. Pero no fue un teórico genial.

Afortunadamente, Brahe se consigue un buen asistente: Johannes Kepler (1571-1630). De origen alemán, Kepler estudia inicialmente en seminarios y más tarde en la universidad de Tubinga, donde estudia física, matemáticas, teología y astronomía,

y tiene sus primeros contactos con la teoría heliocéntrica copernicana. Es contratado en 1600 por Tycho Brahe para ser su asistente, pero el destino juega a favor de Kepler, dado que al año siguiente Brahe muere, con lo cual Kepler logra quedarse con el puesto de Matemático Imperial de Rodolfo II en Praga, y administrar el manantial de datos astronómicos obtenidos por Brahe. Con estos últimos y su agudeza en física y matemática, Kepler establece entre 1609 y 1618 sus bien conocidas *Tres Leyes Fundamentales del Movimiento Planetario*, modificando y convalidando la teoría heliocéntrica de Copérnico. Kepler cambia las órbitas circulares planetarias de Copérnico por órbitas elípticas con el Sol en uno de sus focos; para 1621, Kepler publica su más famoso libro: *Epitome Astronomiae Copernicanae* (Hawking, 2007).

En el año 2006, la Unión Astronómica Internacional realiza una redefinición del término *planeta* y crea una nueva categoría de cuerpo celeste: *planeta enano*, dentro de la cual se introduce al referido Plutón.

En 1610, la teoría aristotélica-ptolemaica recibe la más fuerte refutación por parte del astrónomo Galileo Galilei. Normalmente, se cita al fabricante alemán de lentes oftalmológicas Hans Lippershey (1570-1619) como la primera persona en solicitar en 1608 la patente para un artefacto capaz de hacer ver los objetos muy lejanos como si en realidad estuvieran muy próximos al observador; la noticia sobre la novedad se difunde rápidamente por Europa hasta llegar a los oídos, y las manos, más indicadas. Nacido en Pisa, Italia,

Galileo Galilei (1564-1642) estudia inicialmente en un monasterio y en 1581 se matricula en medicina en la Universidad de Pisa, pero decide abandonar esta universidad para dedicarse a estudiar matemáticas y astronomía por su propia cuenta, declarándose prontamente un auténtico antiaristotélico; en 1589 logra obtener un puesto de profesor de matemáticas y astronomía en la Universidad de Pisa, así como en la Universidad de Padua en 1592. Galileo se entera del llamativo invento de Lippershey y se apresura a rediseñarlo, construye sus propias lentes y lo convierte en un auténtico instrumento de observación astronómica: un telescopio diez veces más potente que el diseño original. Cuando lo dirige hacia el cielo en 1610, realiza múltiples descubrimientos que cuestionan seriamente la antigua teoría cosmológica: las manchas solares, las montañas en la Luna, las fases de Venus, etc.; pero su descubrimiento más trascendental es el de las cuatro lunas orbitando el planeta Júpiter, dado que esto permite concluir que no todos los objetos celestes giran en torno a la Tierra; obligatoriamente, la Tierra no es el exclusivo centro del universo, como sostenía Aristóteles (North, 2005).

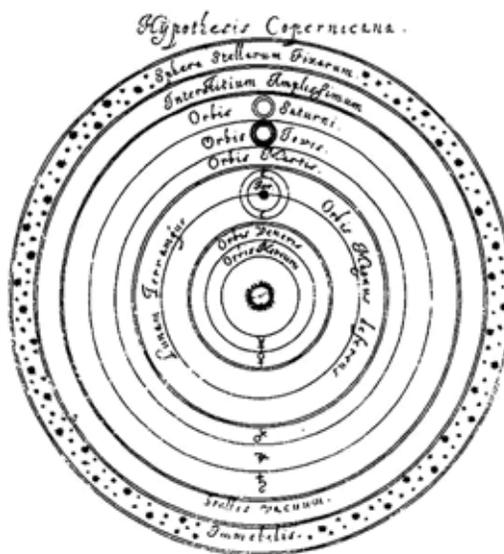
Galileo publica los estudios y conclusiones sobre dichos descubrimientos en su obra *Siderus Nuncius* en el mismo año de 1610. El astrónomo criticó los principios cosmológicos aristotélicos y defendió los suyos propios con tanta vehemencia, que hizo enemigos en las esferas eclesiásticas, fue juzgado como hereje en 1632 por contradecir los dogmas teológicos cosmológicos del momento, y sentenciado a cadena perpetua —pena que posteriormente le fue cambiada por arresto domiciliario—.

Hasta aquí se ha utilizado el término *modelo heliocéntrico del universo* porque así fue como lo entendieron y lo desarrollaron históricamente los astrónomos de turno; pero en la actualidad debe aclararse que en realidad con esta expresión se hace referencia a un *modelo del sistema solar*. Con los aportes de Copérnico, Brahe, Kepler y Galileo quedaba bien establecida una teoría

heliocéntrica que permitía no solamente describir, sino también predecir el movimiento de los planetas en torno al Sol, pero que no permitía responder a las preguntas como: ¿Por qué los planetas se mueven exclusivamente en órbitas elípticas alrededor del Sol? ¿Por qué nunca abandonan, o se salen, de dicha órbita? Las respuestas a estos interrogantes estaban reservadas para el más grande de los físicos clásicos.

Isaac Newton (1642-1727) nace en Woolsthorpe, Lincolnshire, Inglaterra; ingresa en 1661 al Trinity College de la Universidad de Cambridge y se gradúa en 1665, año en el cual la universidad es cerrada a causa de la peste bubónica. Newton se retira a Woolsthorpe para continuar por su cuenta los estudios sobre matemáticas, mecánica, óptica y gravitación; posteriormente regresa a Cambridge, donde logra ser profesor lucasiano de matemáticas en 1669. Se consagra como el mayor genio de la física clásica en 1687 con su obra *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*, o *Principios Matemáticos de la Filosofía Natural*, en la cual expone sus *tres leyes del movimiento de los cuerpos*, así como la *ley de la gravitación universal*, siendo esta última la que nos explica el porqué de la órbita elíptica de los planetas en torno al Sol: es la fuerza de gravedad del Sol la que sostiene a los planetas en su respectiva órbita (North, 2005; Hawking, 2007). Con Newton queda claramente establecido el marco teórico, físico y matemático para un sistema solar heliocéntrico, dentro del ámbito de la física clásica, no relativista.

Nuevos descubrimientos astronómicos de la talla de los de Galileo debieron esperar hasta una nueva generación de consagrados astrónomos en el siglo XVIII. William Herschel descubre el planeta Urano en 1781; para 1846 es descubierto el planeta Neptuno por el dúo Johann Galle y Heinrich D'arrest; finalmente, el planeta más externo de nuestro sistema solar, Plutón, fue descubierto en 1930 por el astrónomo Clyde Tombaugh. En el año 2006, la Unión Astronómica Internacional



Modelo heliocéntrico del sistema solar de Nicolás Copérnico

realiza una redefinición del término *planeta* y crea una nueva categoría de cuerpo celeste: *planeta enano*, dentro de la cual se introduce al referido Plutón.

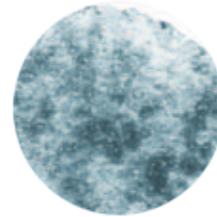
Por *carrera espacial* se entiende el periodo de tiempo entre 1957 y 1975, y que se enmarca dentro de otro mayor conocido como Guerra Fría, que a su vez tiene sus orígenes en el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Dicha carrera espacial se caracteriza por una fuerte competitividad tecnológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética, con miras a obtener la primacía en la exploración espacial y la presencia humana en el espacio. Los primeros grandes éxitos los obtiene la Unión Soviética en 1957 con el Sputnik 1, el primer satélite artificial de la Tierra, y luego en 1959 con una serie de sondas espaciales no tripuladas denominadas Luna: primer vehículo en escapar de la gravedad terrestre e ingresar en órbita solar, primer impacto de un vehículo espacial sobre la superficie lunar, primera comunicación de telemetría desde y hacia fuera de la Tierra, primer sobrevuelo lunar con éxito y primeras fotografías de la cara oculta de la Luna. Pero el éxito que más fama le dio a la Unión Soviética fue colocar al primer hombre en el espacio en abril de 1961: el cosmonauta

Yuri Gagarin orbita la Tierra a una altitud de 315 km y en aproximadamente 108 minutos en la cápsula espacial Vostok 1, para luego aterrizar a salvo; y, finalmente, el primer alunizaje no tripulado en 1966, con la sonda Luna 9, la cual transmite a la Tierra imágenes de la superficie lunar.

En términos sencillos, una *sonda espacial* es un artefacto con sistemas de energía, propulsión, instrumentación y comunicación propios, que luego de ser lanzado al espacio exterior con el auxilio de un cohete, es capaz de volar de manera teledirigida desde un centro de operaciones en la Tierra hasta alcanzar su objetivo final en el espacio. Por otra parte, un *satélite artificial* es un artefacto insertado intencionalmente y por tiempo indefinido en la órbita de algún cuerpo celeste.

Los primeros éxitos de Estados Unidos se inician en 1958 con su primer satélite artificial terrestre, el Explorer 1; en 1961 colocan al astronauta Alan Shepard en el espacio, en vuelo suborbital terrestre en la cápsula Mercury Redstone 3; en 1962, por primera vez una sonda espacial sobrevuela otro planeta: la sonda Mariner 2 pasa a 34.800 km de Venus y escanea su superficie; seguidamente, en 1964 el planeta Marte es sobrevolado por primera vez por la sonda Mariner 4, tomando imágenes de primer plano del mismo. Para 1967, los norteamericanos realizan con la sonda Surveyor 5 su primer alunizaje no tripulado, con transmisión de imágenes y análisis del terreno; y al año siguiente efectúan la primera misión orbital tripulada a la Luna con la misión Apolo 8. Pero el mayor éxito de toda la historia de la exploración espacial lo obtuvo Estados Unidos el 20 de julio de 1969 con la misión Apolo 11, el primer alunizaje tripulado y los primeros hombres en caminar sobre la Luna: Neil Armstrong, secundado por Edwin E. Aldrin. Hasta el año 1971 los norteamericanos realizan seis alunizajes tripulados exitosos, para un total de doce hombres que han “tenido los pies”, no solo en la Tierra, sino además en la Luna (NASA, Solar System Exploration Page).

La carrera espacial se entiende por terminada en 1975, cuando las relaciones entre las dos potencias se relajan y se efectúa la primera misión conjunta entre la Agencia Espacial Americana, NASA, y la Agencia Espacial Soviética: una nave americana Apolo y una soviética Soyuz se acoplan en el espacio y sus ocupantes realizan labores conjuntas. Pero, por inercia y entusiasmo, las misiones espaciales y la exploración espacial continúan.



El pequeño planeta Mercurio, con apenas 4.879 km de diámetro, es el más interno de todos; orbita a una distancia promedio del Sol de 58 millones de km, tiene una temperatura promedio en su superficie de 430 °C en el día, en la parte de frente al Sol, y de 173 °C bajo cero en la parte oculta al Sol; no tiene aire o atmósfera, ni agua en su superficie. Ha sido objeto de pocas misiones espaciales; en 1974, la sonda estadounidense Mariner 10 realiza el primer sobrevuelo del planeta a una distancia aproximada de 700 km. Mucho más reciente es la misión Messenger (Mercury Surface, Space Environment, Geochemistry and Ranging) de la NASA, que fue lanzada en 2008 para convertirse en el primer satélite artificial de Mercurio con el propósito de estudiar las características del planeta desde su órbita. Más específicamente, los objetivos científicos de la misión eran caracterizar la composición química de la superficie, la historia geológica, el tamaño y el estado del núcleo, y la naturaleza de la exosfera y la magnetosfera de Mercurio.

Mayor atención ha recibido el planeta Venus, que orbita al Sol a una distancia promedio de 108 millones de km, y tiene un tamaño muy similar al de la Tierra: 12.104 km de diámetro. Venus es un contraste: muy

en la mañana, o ya anocheciendo, es apreciable a simple vista, siendo de los cuerpos más brillantes en el cielo, tanto que ha recibido el calificativo de lucero vespertino. Pero estar allí sería bien diferente a estar en la Tierra, pues con una atmósfera compuesta sobre todo por dióxido de carbono, CO_2 , supremamente densa (unas 90 veces más pesada que en la Tierra), y muy caliente, con unos 480°C , cualquier organismo terrestre se aplastaría o fritaría allí en un segundo. En realidad, Venus es lo más parecido a un infierno, es el ejemplo más dramático de un planeta recalentado por su propio efecto invernadero. Por eso es importante estudiarlo. Ambas potencias han enviado sondas allí, pero los fracasos también han sido múltiples. La más famosa es la misión soviética Venera 9, de octubre de 1975, por haber conseguido colocar su primer orbitador o satélite artificial en Venus, así como por el primer aterrizaje controlado, no tripulado, en otro planeta, y por transmitir a la Tierra los primeros datos e imágenes desde la superficie de otro planeta. Estados Unidos, por su parte, debió esperar hasta 1978 para colocar exitosamente el orbitador Pioneer Venus, que estudia la atmósfera y efectúa un mapeo de la superficie mediante un radar; y hasta 1989 para que el segundo orbitador, la sonda Magallanes, lograra un mapeo del 98% de la superficie del planeta.



La Agencia Espacial Europea hace presencia desde 2006 colocando a la Venus Express como su primer orbitador, el cual funcionó hasta diciembre de 2014 y efectuó observaciones detalladas y de largo plazo de la atmósfera venusiana. Por su parte, en mayo de 2010 la Agencia Japonesa de Exploración Espacial (JAXA) inició una misión a Venus, denominada Akatsuki,

también conocida como Venus Climate Orbiter. Estaba diseñada para realizar diversos experimentos tendientes a determinar el posible vulcanismo actual en la superficie del planeta, así como la presencia y frecuencia de rayos y otros fenómenos eléctricos en la atmósfera de Venus; además, pretendía complementar los datos obtenidos por la Venus Express y realizar un mapeado de la superficie usando una cámara infrarroja. Estuvo en funcionamiento hasta mayo de 2016.



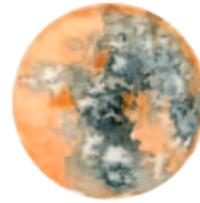
La Tierra es el tercer planeta desde el Sol, orbitándolo a una distancia promedio de 150 millones de km; tiene un diámetro de 12.756 km, y junto con el planeta Marte comparte el privilegio de estar ubicado en una región del sistema solar que los astrónomos conocen como *zona habitable*, cuya principal característica es que allí se dan las condiciones indispensables para la existencia de vida tal como la conocemos en la Tierra. En la actualidad hay una gran variedad de satélites artificiales de diferentes países orbitando nuestro planeta, siendo los tipos principales los de telecomunicaciones, sistemas de posicionamiento global o GPS, de investigaciones y mediciones meteorológicas, y de mapeo por radar. El telescopio espacial Hubble orbita la Tierra desde 1990 a una altura promedio de 600 km. La Estación Espacial Internacional es un proyecto llevado a cabo por quince naciones, que empezó a construirse en 1998; funciona en una órbita a una altura promedio de 410 km, y desde el año 2000 es habitada permanentemente por tres astronautas que, por lo general, son relevados cada seis meses.

Marte es el planeta que históricamente más ha cautivado a la humanidad, inspirando variadas obras y películas de ciencia ficción. Muchos científicos y astrónomos

esperan encontrar signos de vida en Marte, sobre todo después de haberse comprobado la presencia de agua allí. Con un diámetro de 6.790 km, es básicamente la mitad del tamaño de la Tierra; orbita al Sol a una distancia promedio de 228 millones de km; tiene una atmósfera supremamente tenue, compuesta en un 95% de CO₂ y solo trazas de oxígeno y vapor de agua, y una temperatura aproximada de 20 °C en el día, pero de unos 20 °C bajo cero en la noche. Tiene dos pequeños satélites naturales o lunas: Phobos y Deimos. Desde 1960, Marte es objetivo de múltiples misiones espaciales, pero solo en 1971 se logró tener las primeras sondas espaciales en orbitar otro planeta: la estadounidense Mariner 9, el 14 de noviembre, y la soviética Mars 2, el 27 del mismo mes; para agosto de 1975, Estados Unidos consigue el primer amartizaje exitoso con la sonda Viking 1 Lander, que obtiene las primeras fotografías nítidas de la superficie del planeta. En diciembre de 1996, la NASA realiza un nuevo amartizaje con la misión Mars Pathfinder, pero esta vez incluía el primer vehículo todoterreno, o *rover*, en rodar por la superficie de Marte: el Sojourner.

Salvo los orbitadores Mars 2 y Mars 3 de 1971, los rusos no han tenido éxito en sus misiones a Marte; por su parte, Europa lanzó en junio de 2003 la misión Mars Express como su primer orbitador exitoso, el cual adicionalmente llevaba el vehículo todoterreno Beagle 2, de fabricación inglesa, pero fracasó en su amartizaje. De modo que la NASA es la que continúa al frente de la exploración de este planeta. La Mars Odyssey del año 2001 y la Mars Reconnaissance Orbiter de 2005 son dos orbitadores diseñados para estudiar la meteorología y la geología marciana; pero las misiones más exitosas son la Mars Exploration Rover-A o “Spirit” y la Mars Exploration Rover-B u “Opportunity”, lanzadas en 2003 y que consisten en sendos vehículos todoterreno de exploración geológica y mineralógica. El Spirit funcionó hasta 2010, mientras que el Opportunity continúa enviando datos a la Tierra. Finalmente, se

tiene al todoterreno Curiosity, lanzado en 2011, y que actualmente estudia la geología, el clima y las condiciones de habitabilidad pasada y presente en este planeta.



Con toda la información obtenida de las anteriores misiones, se sabe que actualmente Marte tiene una buena cantidad de agua, fundamentalmente en forma de hielo en los casquetes polares y en forma de permafrost en el subsuelo; incluso hay indicios de un sutil y complejo ciclo de agua en dicho planeta. La misión Phoenix Mars Lander de la NASA efectuó una observación sin precedentes al detectar nieve en la atmósfera de Marte en septiembre de 2008; dicha presencia de agua es la que impulsa y sostiene las investigaciones tendientes a encontrar indicios de vida pasada o actual, sobre todo en forma de microorganismos. De lo que no hay evidencias aún es sobre agua líquida permanente en forma de ríos o mares.

De las características geológicas de Marte, cabe mencionar al Olympus Mons, que con sus 25 km de altura, casi tres veces más que el terrícola Everest, es el volcán más grande del sistema solar; al Valles Marineris, que es un inmenso cañón de unos 4.000 km de largo, profundidades de hasta 7 km y anchuras de 24 km; mientras que La cara de Marte es una formación geológica que, vista desde el espacio, tiene la apariencia de un rostro humano, y que fue la fuente de inspiración para la película de ciencia ficción *Misión a Marte* de 1986.

Mercurio, Venus, la Tierra y Marte son los planetas interiores del sistema solar, también denominados *planetas rocosos*, dado que están formados mayoritariamente por materiales rocosos y metálicos; en realidad, el volumen de agua en los mares y ríos que tiene la Tierra es muy pequeño comparado con el volumen total del planeta.



Más allá de los planetas rocosos se tienen cuatro planetas exteriores: Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, también conocidos como *gigantes gaseosos* debido a su gran tamaño y porque gran parte de su volumen se encuentra en forma gaseosa, por estar compuestos esencialmente por hidrógeno y helio, así como por pequeñas cantidades de amoníaco, metano, nitrógeno, etc., elementos químicos que son gaseosos en condiciones normales en la Tierra. Estos planetas son gigantes, verdaderamente “astronómicos”, y contienen tanta cantidad de materia que la presión y la gravedad allí son enormes, lo cual hace que buena parte de los gases se solidifique en forma de hielo y forme, junto con las rocas silíceas, el núcleo central del planeta; hacia más afuera se encuentra gradualmente una capa líquida, y finalmente se tiene la región externa gaseosa. Tienen sistemas de anillos planetarios y una buena cantidad de lunas.

Con un diámetro ecuatorial de 142.900 km, Júpiter es el mayor planeta de nuestro sistema solar: su masa equivale a casi 2,5 veces la suma de las masas de todos los demás planetas, lo que lo hace el rey de los planetas. Tiene un volumen 1.320 veces superior al de la Tierra y orbita al Sol a una distancia promedio de 780 millones de km; al estar tan distante, no le llega suficiente energía solar, por lo cual es demasiado frío, con una temperatura promedio en la zona más externa de 150 °C bajo cero.

Júpiter ha sido visitado por sondas espaciales desde la década de los setenta. Los primeros sobrevuelos al planeta los efectuaron sondas estadounidenses: la Pioneer 10 en diciembre de 1973, que tomó y envió a la Tierra las primeras fotografías y otras mediciones del planeta y sus lunas, y la Pioneer 11, que lo haría un año después. Posteriormente

fueron lanzadas las Voyager 1 y 2 en 1977. La Voyager 1 sobrevoló a Júpiter en marzo de 1979, tomando igualmente fotografías del planeta, de sus lunas y de su sistema de anillos planetarios, y haciendo mediciones sobre la meteorología y su campo magnético o magnetosfera. En 1989 se lanzó la misión Galileo, que incluye un orbitador y una sonda atmosférica del mismo nombre, y que llegó a Júpiter en 1995. La Sonda Atmosférica Galileo es la primera en penetrar la extraña y pesada atmósfera del planeta; descendió durante casi una hora hasta unos 200 km de profundidad y transmitió importantes datos de composición química y actividad meteorológica, antes de ser destruida por las extremas condiciones de presión y temperatura. La misión Cassini Huygens, con dirección hacia el planeta Saturno, realizó un sobrevuelo de Júpiter en diciembre del año 2000, tomando datos de meteorología y del campo magnético, así como gran cantidad de fotos del planeta, sus lunas y sus anillos.

Con Newton queda claramente establecido el marco teórico, físico y matemático para un sistema solar heliocéntrico, dentro del ámbito de la física clásica, no relativista.

Júpiter está compuesto en su mayor parte por los dos elementos químicos que también forman al Sol, pero en proporciones diferentes: tiene aproximadamente un 84% en volumen de hidrógeno y un 14% de helio, y muy pequeñas cantidades de amoníaco, alcohol, vapor de agua, sulfuro de hidrógeno, fosfina y metano (NASA, Solar System Exploration Page).

En realidad, las lunas son muy abundantes en nuestro sistema solar: si a la Tierra

solamente le correspondió una y a Marte dos, Júpiter en cambio tiene 67, de las cuales las más grandes y estudiadas son precisamente aquellas cuatro que descubrió Galileo en 1610 y que por tal motivo se denominan *Galileanas*: Ío, Ganímedes, Calisto y Europa; Ganímedes es la mayor luna del sistema solar, inclusive más voluminosa que el planeta Mercurio, aunque no más pesada.

En la atmósfera de Júpiter no se manifiesta un límite claro con respecto al interior líquido; la meteorología del planeta es complicada, pero se sabe que presenta tormentas, relámpagos, huracanes y ciclones. El fenómeno meteorológico más sobresaliente es la *gran mancha roja*, que puede describirse como un enorme huracán, remolino o torbellino ovalado de nubes, ubicado al sur del ecuador de Júpiter; tiene una longitud de hasta el doble del diámetro de la Tierra, es de coloración rojiza y presenta vientos periféricos que tienen una velocidad próxima a los 400 km/h. Júpiter cuenta además con un tenue sistema de anillos planetarios, compuesto fundamentalmente por polvo muy fino y repartido en cuatro zonas bien diferenciadas en torno al planeta.



Pero si Júpiter es, por su tamaño, el rey de los planetas, Saturno, por su belleza, es la joya de nuestro sistema solar. Es algo más pequeño que Júpiter, pues tiene un diámetro de 120.500 km, y se encuentra a casi el doble de distancia del Sol: 1.427 millones de km; pero lo que lo hace tan atractivo y ensoñador es su magnífico sistema de anillos planetarios, muy fácilmente visible desde la Tierra con pequeños telescopios de aficionados.

La sonda espacial Pioneer 11 sobrevoló a Saturno en septiembre de 1979 y tomó las primeras fotografías a corta distancia del planeta, sus lunas y sus anillos. La sonda

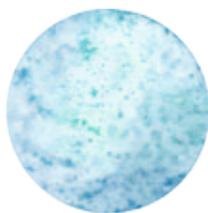
Voyager 1 sobrevoló este planeta en noviembre de 1980, mientras que la Voyager 2 lo hizo en agosto de 1981, pasando a una distancia de 101.300 km del planeta. Pero la misión espacial más determinante enviada a Saturno es la Cassini-Huygens, que consiste en una empresa conjunta entre la NASA, la Agencia Espacial Europea (ESA) y la Agencia Espacial Italiana (ASI). El lanzamiento se realizó en octubre de 1997 y consta de dos elementos: la sonda espacial orbitadora Cassini y la sonda atmosférica Huygens. Los objetivos fundamentales de la misión son estudiar la atmósfera y el campo magnético del planeta, realizar un análisis detallado de su sistema de anillos, y estudiar sus lunas, sobre todo la más grande: Titán, objetivo específico de la sonda Huygens.

Saturno está compuesto fundamentalmente por 96% de hidrógeno y 3% de helio, y pequeñas cantidades de metano, amoníaco, vapor de agua y alcohol; tiene una temperatura promedio de 180 °C bajo cero; su estructura interna y su climatología son muy similares a las de Júpiter, con huracanes y tormentas igualmente “astronómicas”. Saturno cuenta con unas 62 lunas, entre las cuales las más grandes y conocidas son Tethis, Dione, Iapetus, Rhea y Titán, que es la mayor de todas. La sonda atmosférica Huygens penetró en la atmósfera de Titán en enero de 2005 y descendió en paracaídas sobre su superficie, para desplegar un laboratorio científico robótico dedicado a realizar diversos análisis tanto de su atmósfera como de la superficie y transmitir dicha información a la nave Cassini, que a su vez la reenvía a la Tierra.

Lo más representativo de Saturno es su sistema de anillos planetarios, que está constituido fundamentalmente por infinidad de partículas con tamaño comprendido entre polvo muy fino y trozos de hielo de agua y rocas de algunos metros de longitud; presenta una estructura de hasta siete zonas, o anillos, bien diferenciados. El más interior de todos, o anillo D, empieza a formarse a una distancia de unos 6.700 km del planeta, mientras que el más exterior,

o anillo E, se extiende hasta una distancia de 480.000 km, lo cual implica una región muy grande en el espacio; esto, combinado con las buenas propiedades de reflexión de la luz de dichos cuerpos, hace que el sistema de anillos sea fácilmente visible desde la Tierra incluso con telescopios de aficionados, aunque el calibre, o espesor, de los anillos solo sea de unos 10 km.

Hasta aquí hemos considerado aquellos planetas que las gentes de las antiguas civilizaciones pudieron contemplar a simple vista. Hubo que esperar hasta que el telescopio astronómico estuviera bien desarrollado para descubrir o tener conocimiento sobre los restantes: en marzo de 1781, Urano, el séptimo planeta, fue descubierto por el astrónomo alemán William Herschel.



Más pequeño que Júpiter y Saturno, Urano tiene un diámetro aproximado de 51.100 km. Sigue siendo un gigante planeta gaseoso, pero mucho más frío, helado; su temperatura promedio es de unos 220 °C bajo cero, lo que se debe a su lejanía del Sol, pues lo orbita a una distancia promedio de 2.880 millones de km. Urano tiene básicamente la misma estructura interna y composición química que Júpiter y Saturno, pero en proporciones diferentes; también posee un tenue sistema de anillos planetarios y un buen número de lunas: 27 en total, de las cuales las cinco principales son Titania, Oberón, Ariel, Miranda y Umbriel. Urano tiene una exclusividad por la que se le puede denominar el *planeta acostado*: todos los planetas poseen un eje de rotación en torno al cual giran, siendo este giro el que determina la dualidad día/noche, según el lado que esté de frente al Sol; dicho eje tiene normalmente un ángulo de inclinación con respecto al plano de la órbita en torno al Sol y que es

Mercurio, Venus, la Tierra y Marte son los planetas interiores del sistema solar, también denominados *planetas rocosos*, dado que están formados mayoritariamente por materiales rocosos y metálicos.

responsable de la existencia de las estaciones climáticas. Pues bien, lo que sucede con Urano es que el ángulo de inclinación de su eje tiene un valor tal que, comparado con los demás planetas, rota “acostado”, como si fuera un barril.

La existencia del octavo planeta, Neptuno, fue predicha de forma independiente, científica y teóricamente por los matemáticos John Couch Adams y Urbain Le Verrier, quienes trataban de explicar las perturbaciones observadas en la órbita de Urano. Siguiendo las indicaciones de Le Verrier, fue descubierto en septiembre de 1846 por el astrónomo alemán Johann Galle y su estudiante Heinrich D’arrest.

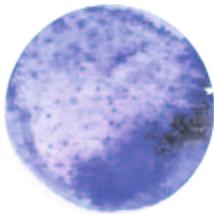
Neptuno, otro gigante gaseoso, tiene un tamaño ligeramente menor al de Urano, pues su diámetro es aproximadamente de 49.500 km; es el último de los planetas, el más externo, y orbita al Sol a una distancia promedio de 4.500 millones de km. Su estructura interna y su composición química son muy similares a las de Urano; muestra un color azulado debido a la presencia de metano. Tiene igualmente un sistema de anillos planetarios y unos 14 satélites naturales o lunas conocidas hasta ahora, entre las que se tienen: Naiad, Thalassa, Despina, Galatea, Larissa, Proteus, Nereid y Tritón, la más grande y brillante.

Urano y Neptuno han sido visitados y estudiados fundamentalmente por la nave o sonda espacial Voyager 2, la cual, lanzada en 1977, sobrevoló primero los planetas Júpiter y Saturno, para realizar su

aproximación más cercana a Urano en enero de 1986, a unos 81.500 km de las nubes más exteriores, pasando posteriormente a visitar a Neptuno en agosto de 1989.

En Urano, estudió la estructura y la composición química de su atmósfera, descubrió 10 nuevos satélites y también estudió el clima único del planeta, provocado por su inclinación del eje de $97,77^\circ$. Hizo la primera investigación detallada de sus cinco lunas más grandes, así como de los nueve anillos conocidos del sistema.

Al llegar Voyager 2 a Neptuno, el 25 de agosto de 1989, ciento cuarenta y tres años después de su descubrimiento, poco sabíamos acerca de este planeta. Siendo el más exterior de los cuatro planetas gigantes, está treinta veces más alejado del Sol que la Tierra, y tarda 165 años en darle una vuelta al astro rey. Se sospechaba que podría tener anillos, y se le conocían dos lunas, entre ellas Tritón: uno de los satélites más interesantes del sistema solar por moverse en órbita retrógrada (en dirección contraria a la rotación del planeta) y por manifestar actividad geológica como el criovulcanismo (volcanes de hielo y agua). Los datos recabados en unas cuantas horas por el Voyager 2 nos dieron más información que cerca de un siglo y medio de observaciones astronómicas desde la Tierra.



Para sorpresa de los astrónomos, la Voyager 2 reveló en Neptuno una gran mancha oscura, similar a la mancha roja de Júpiter, tratándose de un gigantesco huracán con vientos de 2.000 km por hora, los más veloces y violentos de nuestro sistema solar.

Desde finales del siglo XIX, los astrónomos teóricos postularon la existencia de otro planeta que, además de Neptuno, ayudaría a explicar las perturbaciones observadas en la órbita de Urano. Los

esfuerzos para la búsqueda se concentraron en el Observatorio Lowell, fundado por Percival Lowell en 1894 en Flagstaff, Arizona; pero los resultados efectivos se hicieron esperar hasta el 18 de febrero de 1930, fecha en la que el astrónomo Clyde William Tombaugh, trabajando en dicho observatorio, logró obtener las pruebas definitivas sobre la existencia del planeta y de su ubicación en el espacio; ya para mayo de 1930 se le tenía nombre: Plutón.



Desde un principio, Plutón fue considerado como el noveno y más distante planeta de nuestro sistema solar, hasta el año 2006, cuando la Unión Astronómica Internacional realizó una redefinición del término *planeta* y creó una nueva categoría de cuerpo celeste: *planeta enano*, o *plutoide*, dentro de la cual queda incluido.

Ochenta y cinco años después de su descubrimiento, Plutón recibe por primera vez la visita de una sonda espacial. Habiendo sido lanzada por la NASA el 19 de febrero de 2006, y tras nueve largos años de viaje, la nave New Horizons realiza el primer sobrevuelo exitoso a unos 12.450 km de la superficie de Plutón, el 14 de julio de 2015 (NASA, Solar System Exploration Page), evento que ha sido fuente de inspiración para el presente artículo. Los objetivos fundamentales de la misión eran el estudio de la geología, la morfología, la composición superficial y la caracterización de la atmósfera del planeta enano Plutón y de sus lunas.

Con sus 2.370 km de diámetro, Plutón es más pequeño que nuestra Luna —con su diámetro de 3.474 km—, y tiene solamente el 0,22% de la masa de la Tierra. Se encuentra orbitando en torno al Sol a una distancia promedio de 5.906 millones de km. Debido a esta gran distancia, es

En realidad, las lunas son muy abundantes en nuestro sistema solar: si a la Tierra solamente le correspondió una y a Marte dos, Júpiter en cambio tiene 67, de las cuales las más grandes y estudiadas son precisamente aquellas cuatro que descubrió Galileo en 1610 y que por tal motivo se denominan *Galileanas*: Ío, Ganímedes, Calisto y Europa.

supremamente frío: cuando está más cercano al Sol puede alcanzar temperaturas de hasta 223 °C bajo cero. Su estructura interna consiste de un núcleo rocoso de aproximadamente el 70% del volumen del planeta, rodeado por un manto de hielos de nitrógeno y agua combinados con escarchas de metano y monóxido de carbono. La superficie se encuentra marcada por cráteres de diversos grados, y muestra variaciones en color y brillo. Las observaciones de la superficie de Plutón por la nave espacial New Horizons revelaron una variedad de características del terreno, incluyendo montañas que alcanzan hasta 3.500 metros de altura (Solarviews, s.f.; Space, 2015).

Las observaciones de New Horizons muestran que Plutón tiene una tenue atmósfera compuesta mayoritariamente por gases de nitrógeno, así como de metano y monóxido de carbono, elementos que están en equilibrio con los hielos de la superficie, y que se extiende hasta 1.600 km por encima del piso del planeta. De acuerdo con las mediciones, la presión superficial es, aproximadamente, 100.000 veces menor que la presión atmosférica de la Tierra.

Plutón tiene una luna bastante grande, con casi la mitad del tamaño del planeta: Caronte, que fue descubierta en 1978, tiene un diámetro de 1.200 km y se encuentra muy próxima a él con solo 19.640 km de separación, lo que a veces lleva a los científicos a referirse a Plutón y Caronte como un sistema binario de planetas enanos. Sus

otras cuatro lunas menores son Nix, Hidra, Cerbero y Estigia.

Hemos hecho, pues, un rápido recorrido virtual por los planetas de nuestro sistema solar, conociéndolos según la información proporcionada por las diferentes sondas espaciales que los han visitado durante el transcurso de los últimos cincuenta años. ■

Dubán Horacio García Sierra (Colombia)
Ingeniero Químico, Universidad Nacional, Medellín.
Estudiante de Historia, Universidad de Antioquia.
Astrónomo aficionado.

Referencias

- Hawking, Stephen (2005). *Brevísima historia del tiempo*. Barcelona: Crítica.
- (2007). *A hombros de gigantes*. Barcelona: Crítica.
- NASA Solar System Exploration Page [en línea], disponible en: <http://solarsystem.nasa.gov/missions/newhorizons>.
- North, John D. (2005). *Historia fontana de la astronomía y la cosmología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Philip's Astronomy Encyclopedia (2002). Londres: Philip's [en línea], disponible en: www.philips-maps.co.uk.
- Solarviews (s.f.) [en línea], disponible en: <http://solarviews.com/eng/index.htm>
- Space (2015) [en línea], disponible en: <http://www.space.com/43-pluto-the-ninth-planet-that-was-a-dwarf.html>.
- Wilson, Robert (2005). *Astronomy through the Ages*. Londres: Taylor & Francis.

CARL GUSTAV JUNG

y las entidades colectivas



LUIS FERNANDO MACÍAS

La noción de entidad colectiva solo hasta ahora empieza a revelarse. Creeríamos que alguien define estos conceptos y que, a partir de allí, ellos empiezan a obrar, pero no es así. El devenir es en su esencia, independiente de si es visto o no. Descubrir lo que sucede es labor de la conciencia: traer de las sombras. Alguien se encuentra de pronto con fenómenos que venían ahí y trata de elaborar las nociones que los nombran. Aquellos emergen en las palabras como formas que de pronto son iluminadas. Tal vez nos ocurre que vivimos en la oscuridad de la caverna y una pequeña luz va alumbrando ante nuestros ojos el sendero.

Entidad colectiva es una noción que se desprende de la concepción junguiana de *arquetipo*. Etimológicamente, arquetipo significa impronta originaria. Imagen primordial. Joseph Campbell escribió:

Si se examinan sin prejuicio las tradiciones religiosas de la humanidad, no tardan en encontrarse ciertos motivos míticos comunes a todas ellas, si bien se entienden y desarrollan de diferente manera en las distintas tradiciones: me refiero, por ejemplo, a la idea de la vida tras la muerte, o a la existencia de espíritus, que pueden ser protectores o malévolos. El médico, viajero y destacado antropólogo del siglo XIX Adolf Bastian (1826-1905), para quien fue creada la cátedra de antropología de la Universidad de Berlín, llamó a esos temas y motivos recurrentes “ideas elementales”, *Elementargedanken*; e “ideas folklóricas” o “étnicas”, *Völkergedanken*, a las distintas maneras en que aparecen representados, interpretados y formando parte constitutiva de las artes y costumbres, mitologías y teologías de todos los pueblos del planeta” (Campbell, 2013: 13).

El doctor Jung escribió:

La vida se me ha aparecido siempre como una planta que vive de su rizoma. Su vida propia no es perceptible, se esconde en el rizoma. Lo que es visible sobre la tierra dura solo un verano. Luego se marchita. Es un fenómeno efímero. Si se medita el infinito devenir y perecer de la vida y de las culturas se recibe la impresión de la nada absoluta; pero yo no he perdido nunca el sentimiento de algo que vive y permanece bajo el eterno cambio. Lo que se ve es la flor, y esta perece. El rizoma permanece (Jung, 1996).

Podemos decir también que los arquetipos son elementos anímicos arcaicos que pueden inculcarse en el alma individual sin que procedan de la tradición. Con el término “anímico” se está designando algo que se produce en el paso de la nada al ser. Aquí el ánimo es el soplo que infunde vida. Para Jung los arquetipos son los contenidos de lo inconsciente colectivo que se manifiestan en el individuo. Valores universales que se realizan en cada uno.

En *Simbología del espíritu* dice: “La manifestación psíquica del espíritu demuestra que tiene una naturaleza arquetípica, es decir, que el fenómeno, que denominamos espíritu, se funda en la existencia de una imagen original, autónoma, que, en forma preconsciente, existe en

la disposición de la psique humana, de manera universal (Jung, 2012: 19).

Para Jung, lo inconsciente personal está constituido principalmente por contenidos olvidados o reprimidos, y lo inconsciente colectivo, fundamentalmente, por arquetipos. En su proceso de comprensión, tomó inicialmente la noción de *imagen primigenia* de su maestro J. Burckhardt. Con ella se refería a mitologemas que se plasman a través de la historia en innumerables formas, dan cuenta del modo de comprender y de estar en el mundo y perviven en el hombre, en sus sueños, visiones, fantasías.

El término “arquetipo” fue tomado de la tradición platónica, pero reelaborado como fundamento psicológico, indispensable para Jung, apropiado para describir los contenidos de la psique. Lo introdujo a partir de 1919 y lo presenta como disposiciones que organizan el material captado conscientemente. Cabe precisar que no son representaciones heredadas, sino posibilidades heredadas de representaciones. Sus discípulos entienden los arquetipos como improntas o huellas en el alma, que como posibilidades son universales, pero como realidades ocurren en el individuo. Son innumerables, pero a Jung le alcanzó el tiempo sobre todo para estudiar “la persona”, “la sombra”, “el *anima-animus*” y “el sí mismo”, que abarca la totalidad del ser: consciente e inconsciente, y se constituye en el centro de la personalidad, meta del proceso de individuación. Conviene también entender que se trata de un proceso dinámico, un devenir. Entre nosotros fue explicado sencillamente por Fernando González como “Ser siendo, entendiendo”.

Conviene agregar la siguiente precisión, tomada de *El hombre y sus símbolos*:

[...] son al mismo tiempo imágenes y emociones. Se puede hablar de un arquetipo solo cuando estos dos aspectos son simultáneos. Cuando meramente se tiene la imagen, entonces es solo una imagen oral de escasa importancia; pero, al estar cargada de emoción, la imagen gana numinosidad o energía psíquica, se hace dinámica y de ella han de salir consecuencias de alguna clase. Me doy cuenta de que es difícil captar este concepto, porque estoy tratando de emplear palabras

Los arquetipos son universales, esto es, se manifiestan en la constitución del ser de cada uno, de todos. Cada uno configura su persona, su sombra, su sí-mismo..., en tanto que las entidades colectivas encarnan en ciertos individuos, no en todos. Y lo hacen de un modo selectivo, como una corriente secreta de sentido que rige la existencia humana.

para describir algo cuya verdadera naturaleza lo hace incapaz de definición exacta; pero, puesto que hay mucha gente que se empeña en considerar los arquetipos como si fueran parte de un sistema mecánico que se puede aprender de memoria, es esencial insistir en que no son meros nombres ni aun conceptos filosóficos, son trozos de la vida misma, imágenes que están íntegramente unidas al individuo vivo por el puente de las emociones. Por eso resulta imposible dar una interpretación arbitraria o universal de ningún arquetipo. Hay que aplicarlo en la forma indicada por el conjunto vida-situación del individuo determinado a quien se refiere (Jung, 1976).

La idea de los arquetipos, como muchas de las nociones de Jung, nace de un sueño:

Estaba en un lugar que me recordaba los Alys camps junto a Arles. Allí se encuentra una avenida de sarcófagos que se remontan hasta la época de los merovingios. En el sueño salía yo de la ciudad y veía ante mí una avenida parecida, con una larga hilera de tumbas. Se trataba de pedestales cubiertos de losas, sobre los cuales estaban los muertos de cuerpo presente. Yacían vistiendo antiguos sepulcrales los caballeros en sus armaduras, pero con la diferencia de que los muertos de mi sueño no estaban esculpidos en piedra, sino momificados de un modo extraño. Me detuve ante la primera tumba y observé al muerto. Era un hombre de los años treinta del siglo XIX. Con interés contemplé sus vestiduras. De repente se movió y volvió a la vida. Separó sus manos y supe que ello sucedía solo porque yo lo estaba mirando. Con una sensación desagradable proseguí mi camino y llegué ante

otro muerto que pertenecía al siglo XVIII. Sucedió lo mismo: cuando lo miré, volvió a la vida y movió las manos. Así fui recorriendo toda la hilera hasta que llegué, por así decirlo, al siglo XII, a un cruzado en cota de mallas, que también yacía con las manos juntas. Su semblante parecía tallado en madera. Lo contemplé largamente, convencido de que estaba realmente muerto. Pero de pronto vi que un dedo de la mano izquierda comenzaba lentamente a moverse.

El sueño me preocupó durante mucho tiempo. Naturalmente había aceptado anteriormente la idea de Freud de que en el inconsciente se hallan reliquias de antiguas experiencias. Sueños como este y la auténtica vivencia del inconsciente me llevaron a la opinión de que estos restos no son, sin embargo, formas muertas, sino que forman parte de la psiquis viva. Mis posteriores investigaciones confirmaron esta hipótesis y en el transcurso de los años surgió de ella la teoría de los arquetipos (Jung, 1996).

Hasta aquí podríamos conformarnos con la noción de arquetipo que se desprende de lo expresado desde diversas procedencias. Para lo que sigue, es decir, para la configuración de una idea de entidad colectiva, conviene tener presente la última nota de Jung sobre la condición de que pertenecen a la psiquis viva, pues estamos frente a un fenómeno dinámico de naturaleza cambiante.

Existen también como fenómeno psíquico las entidades colectivas. No son arquetipos propiamente dichos, pero participan de esta naturaleza. Expresado de un modo sencillo, las entidades colectivas son de naturaleza arquetípica. Con esto estamos entendiendo que pertenecen al

repertorio del inconsciente colectivo y se manifiestan en individuos. Como el rizoma, subyacen y brotan de pronto, siguiendo leyes de carácter superior que todavía no podemos comprender, pero que, seguramente, algún día alcanzará la conciencia. Los arquetipos son universales, esto es, se manifiestan en la constitución del ser de cada uno, de todos. Cada uno configura su persona, su sombra, su sí-mismo..., en tanto que las entidades colectivas encarnan en ciertos individuos, no en todos. Y lo hacen de un modo selectivo, como una corriente secreta de sentido que rige la existencia humana.

De ciertas nociones de Jung fácilmente se desprende, por ejemplo, que en el sueño de un niño una deidad olvidada puede despertarse. Los dioses no mueren, solo se olvidan, se confinan en los remotos parajes del inconsciente colectivo, pero pueden revivir en cualquier momento y obrar en las vidas de los hombres y de los pueblos. Así, los dioses que un día fueron patronos ordenadores de la vida de ciertas comunidades, de pronto encarnan en individuos que, sin explicación aparente, se vuelven portadores de sus características y valores. Esta es una de las manifestaciones del fenómeno de las entidades colectivas. Gaspar es una muestra de ello: cada año una figura labrada en diversos materiales recorre los caminos del pesebre, es uno de los reyes magos que, según la leyenda, ofreció dádivas al divino niño de Belén; pero este no es el único Gaspar: existe también el Gaspar de la Nuit de Aloysius Bertrand; el Gaspar de la suite para piano de Rabel, basado en el de Bertrand, y el Gaspar de la noche de León de Greiff, autor de un libro de prosas. Comunes a todos ellos son los valores de la noche, del ser errante, de la relación con el misterio: el término viene del árabe Gizbar, que significa guardián del tesoro. Resumiendo, podríamos decir que existe una entidad, Gaspar, que se manifiesta en diversos individuos, nacidos en épocas diferentes y, en ellos, entraña ciertos valores.

Semejante a la entidad de Gaspar, podríamos vislumbrar la entidad de Hermes. El propósito de esta nota es aludir al hecho de que Carl Gustav Jung, de un modo que sería grato comprender, fue manifestación de Hermes, el alado mensajero de los dioses griegos.

Cuenta el anciano doctor Jung en su libro de memorias que a muy temprana edad tuvo el siguiente sueño:

Tenía entonces tres o cuatro años. La casa parroquial se erguía solitaria cerca del castillo de Laufen. Detrás de la finca de Mesmer se extendía un amplio prado. En sueños penetré en este prado. Allí descubrí de pronto, en el suelo, un oscuro hoyo tapiado, rectangular; nunca lo había visto antes. Por curiosidad me acerqué y miré en su interior. Vi una escalera de piedra que conducía a las profundidades; titubeante y asustado, descendí. Abajo había una puerta con arcada románica, cerrada por una cortina verde. La cortina era alta y pesada, como de tejido de malla o de brocado, y me llamó la atención su muy lujoso aspecto. Curioso por saber lo que se ocultaba detrás de ella, la aparté a un lado y vi una habitación rectangular de unos diez metros de largo, débilmente iluminada. El techo, abovedado, era de piedra, y también el suelo estaba enlosado. En el centro había una alfombra roja que iba desde la entrada hasta un estrado bajo. Sobre este había un dorado sitial. No estoy seguro, pero quizás había encima un almohadón rojo. El sillón era suntuoso, ¡como en los cuentos, un auténtico trono real! Más arriba había algo, era una gigantesca figura que casi llegaba al techo. En un principio creí que se trataba de un tronco de árbol. El diámetro medía cincuenta o sesenta centímetros y la altura era de cuatro o cinco metros. La figura era de rasgos extraños: de piel y carne, llena de vida, y como remate, tenía una especie de cabeza, de forma cónica, sin rostro y sin cabellos; en la cúspide había un solo ojo que miraba hacia arriba.

El aire de la habitación, pese a que no había luz ni ventanas, era diáfano, y allí, en lo alto, reinaba bastante claridad. La figura no se movía; no obstante, yo tenía la sensación de que a cada instante podía descender de su tronco en forma de gusano y venir hacia mí, arrastrándose. Quedé como paralizado por el miedo. En un momento tan apurado oí la voz de mi madre, como si viniera de fuera y de lo alto, que gritaba: "Sí, mírale. ¡Es el ogro!". Sentí un miedo enorme y me desperté bañado en sudor (Jung, 1996)

Acaso ahora podamos afirmar que en Carl Gustav Jung se manifestó entonces la entidad colectiva de Hermes, el mensajero de los dioses, el antiguo Tot de los egipcios, portador de los misterios de la sanación y del secreto.

Quien vivió el sueño fue el niño Carl Gustav; quien lo relata, es el anciano doctor Jung, ochenta y un años después. El relato se acompaña de su propia interpretación y del reconocimiento de que la figura del sueño era un enorme falo ritual. Confiesa el doctor Jung que, aunque siempre recordó este sueño, solo se atrevió a hablarle de él a alguien, precisamente su esposa, Emma Rauschenbach, cuando ya tenía más de sesenta años, pero que no obstante siempre lo tuvo presente y este sueño obró en su existencia, no solo desde el recuerdo, sino desde las formaciones de lo inconsciente.

Si se observa con cuidado, lo más significativo es el hecho de que se trata del sueño de un niño; a este sueño del falo ritual se hace obligatorio relacionarlo con Príapo, el hijo de Hermes. Es cierto que innumerables culturas antiguas profesaban ritos de adoración al falo erecto, como símbolo de la fertilidad y como celebración de la continuidad de la vida. ¿Por qué un niño de tres años, sin ninguna experiencia previa que lo justifique, sueña con un falo ritual?

Para avanzar en el sentido de hallar respuesta a esta pregunta, consideremos la siguiente definición de “dragón alado”, ese ser mitológico que puebla la imaginación de los hombres desde tiempos muy remotos, ese otro símbolo:

Ruland (*Lex. Alch.* s.v. *draco*), confirma que el dragón alado es una variante de Mercurio, siendo que este último no es sino el mismo Hermes alado que se manifiesta en la materia. Según la simbología alquímica, Hermes alado, tributario del dragón alado y posterior a este, encarna el principio creador del mundo. En el *Codex Marcianus* (fol. 188 v.), procedente de Venecia, confeccionado entre los siglos x u xi, el dragón alado aparece como ouroboros, es decir, el que se devora su propia cola, y al pie de aquella imagen se consigna la leyenda *εν το παν, hen το παν* (“todo es uno” o lo uno, el todo). Este ícono expresa y resume paradigmáticamente la significación global del *opus alchemicum* en tanto la obra química consiste en aquella operación que hace surgir una cosa para regresar nuevamente a lo uno, en el sentido de un circuito que retorna sobre sí mismo. De ahí que el opus sea llamado, en ocasiones, *circularis, rota* (rueda). Según los bestiarios medievales, el dragón habita la región de la India y Etiopía, y le teme al árbol del *peridexion*, de cuya sombra se mantiene a una prudencial distancia, pues puede causarle graves heridas (Hoffmann, 2006: 8-10).

Consideremos esta definición al lado del relato del sueño del falo ritual y de la siguiente coincidencia:

Cuando Jung, entre fines de 1915 y comienzos de 1916, escribe *Septem sermones ad mortuos* por Basílides de Alejandría —que expresan la situación mental del período de silencio en que lo sumergió su alejamiento de Freud, una enseñanza, además, de naturaleza esotérica, que autorizó a que se publicara solo después de su muerte—, no solo se presentaba como un autor que escribía sobre los gnósticos, sino que asimismo era vehículo de experiencias y de revelaciones gnósticas. En estos casos el símbolo que espontáneamente se le impuso para ilustrar su transformación personal mediante un dibujo fue la representación de la divinidad demiúrgica Abraxas, dios contradictorio del bien y del mal, que anuncia la posibilidad del renacimiento del joven luminoso Fanes desde el Huevo del Mundo alado que

se abre. Sin mencionarlo, Herman Hesse utilizará y difundirá la figura de Abraxas en su *Demian*, escrito en Berna entre 1916 y 1917, en una época en que había sido asistido en Lucerna por el doctor J. B. Lang, alumno de Jung (Jung, 2005: xii).

Acaso ahora podamos afirmar que en Carl Gustav Jung se manifestó entonces la entidad colectiva de Hermes, el mensajero de los dioses, el antiguo Tot de los egipcios, portador de los misterios de la sanación y del secreto (“Toda mi juventud puede compendiarse bajo el concepto del secreto. A causa de ello me refugié en una soledad casi insoportable y hoy veo aquello como una gran obra, y también como tal el que yo resistiera a la tentación de hablar de ella con alguien. Se configuró ya entonces mi relación con el mundo tal como hoy es: también hoy estoy solo porque sé cosas y debo señalar que los demás no las saben y que, en su mayoría, tampoco quieren en absoluto saberlas”. Jung, 1996). Este hecho sencillo explica por qué en el campo de sus preocupaciones Jung realizó un estudio minucioso de la alquimia y, en general, de los símbolos, hasta trazar un puente entre la antigüedad remota, su presente y el futuro lejano, cuyo sentido remite a la comprensión de la existencia como un proceso por medio del cual el hombre proviene de una reunión de opuestos complementarios y vive para conjuntar esos opuestos en sí mismo, parábola que denominó proceso de individuación, mecanismo por el cual el hombre vive para ser lo que es. Sí mismo, la totalidad de lo consciente y lo inconsciente que somos.

Y este hecho, el de la revivificación de Hermes, explica también por qué de la obra de Jung se desprenden innumerables sistemas curativos y de sanación que abarcan desde procedimientos sencillos, como la costumbre hoy generalizada de dibujar mándalas, hasta formas complejas o arcaicas de la sanación, como los rituales mágicos.

Diríamos que el principio de sanación es inherente a la existencia, lo mismo que el principio de la enfermedad al que se opone, y que despertarlo desde las profundidades de lo inconsciente requiere de un procedimiento de orden mítico

en el que un dios universal obra en el individuo para devolverlo al cauce de la realización de su existencia.

Cualquiera pensaría que el dragón tallado en el mango de plata de su bastón no era más que un simple adorno. Un dragón que, alrededor del bastón, persigue la flor que lleva, en el centro de la cual se esconde una preciosa joya. La persigue sin alcanzarla nunca porque la lleva en su propia cola. Esta vez entre la joya y la flor que la contiene brilló la luz de un significado, el de las entidades colectivas. ■

Luis Fernando Macías (Colombia)

Profesor de la Universidad de Antioquia, narrador y ensayista. Fue director de la *Revista Universidad de Antioquia* entre 1997 y 1998, y director de la Editorial de la misma universidad. Actualmente dirige la Colección Palabras Rodantes de Comfama y el Metro. Entre sus publicaciones, se encuentran: *Ganzúia* (1989), *La línea del tiempo* (1997), *Cantar del retorno* (2003), *Glosario de referencias léxicas y culturales en la obra de León de Greiff* (2007), *El jardín del origen* (2009) y *El libro de las paradojas* (2014).

Referencias

- Campbell, Joseph (2013). *Las extensiones interiores del espacio exterior*. Barcelona: Atalanta.
- Hoffmann, Jürgen (2006). *Jung, diccionario de alquimia y hermetica*. Julio Ferrarás (trad.). Buenos Aires: Quadrata.
- Jung, Carl Gustav (1976). *El hombre y sus símbolos*. Barcelona: Luis de Caralt Editor.
- (1996). *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Aniela Jaffé (ed.). Barcelona: Seix Barral.
- (2005). *Psicología y alquimia*. Obra completa. Volumen 12. Francisco García Bazán y Bernardo Nante (introd.). Madrid: Trotta.
- (2012). *Simbología del espíritu. Estudios sobre fenomenología psíquica*. México: Fondo de Cultura Económica.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
PROGRAMACIÓN CULTURAL PERMANENTE

PROGRAMATE PARA NOVIEMBRE Y DICIEMBRE
TODOS LOS EVENTOS SON DE ENTRADA LIBRE



Distribución de boletería en:

Ciudad Universitaria, Universidad de Antioquia
Punto de información Bloque 16,
Hall del Teatro Universitario

Distribución de boletería para público externo en:

Punto de Información Edificio de Extensión
(Calle 70 No. 52-72)

Inscripción en línea en:

Reune.udea.edu.co,
sección Programación cultural

INFORMES: 2198178

comunicacionesextensioncultural@udea.edu.co



síguenos:
@UdeAcultura



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

EL BULDÓCER Y EL JAGUAR

BRIGITTE BAPTISTE

ILUSTRACIÓN SARA HERRERA



En las versiones más clásicas, sencillas y vigentes de la ecología como disciplina, se habla de ella como la ciencia que busca entender tanto las relaciones entre los seres vivos, como de ellos con su entorno físico. Eso quiere decir que se reconoce un nivel de interacción entre jaguares y personas y entre estas dos especies y su hábitat, definido por la presencia de agua, minerales, relieve o cualquier cosa que lo modifique. Una licuadora o un bulldócer, siendo extensiones o prótesis de lo humano, juegan en la ecología por partida doble: son artilugios bioculturales a la vez que elementos del mundo inanimado. Curioso, cuando menos, que en la ecología se haya enfatizado el estudio de las funciones biológicas de las especies no humanas, dejando de lado a licuadoras y bulldóceres, cuando las funciones culturales que los controlan parecen ser mucho más críticas.

Las personas sabemos hoy que conocer los efectos de su existencia y sus actividades en el mundo es determinante para su continuidad, por acción u omisión. También que, dado que solo hay un planeta ocupado por nosotros y que estamos inextricablemente conectados con él (no podemos hacer comparaciones estadísticas entre “Tierras”), solo en condiciones muy extrañas, parciales y excepcionales es factible construir una explicación objetiva del mismo. A diferencia de las ciencias exactas, cuando la ecología presume que existe un mundo natural y autónomo por fuera de las interpretaciones culturales, genera una esquizofrenia tal que obliga a la ruptura disciplinar y a muchas comunidades científicas a refugiarse en otros paradigmas, limitando los avances de la integración del conocimiento y el abordaje adecuado de la complejidad tal cual se nos presenta (Bowler¹). Parte de la crisis ambiental proviene de esa incapacidad de entender el mundo humanizado, y parte de los agrios debates acerca del papel de la

política y los modelos de desarrollo de las sociedades también es reflejo de estas limitaciones: si la naturaleza existe allá afuera como objeto puro y los humanos la “contaminamos” constantemente, ¿cómo no privilegiar una ética no intervencionista, y partir de un pecado original, cómo no defender esa naturaleza de nuestra maldad? Y al contrario, si los ecosistemas están llenos de gente interviniendo en todos sus procesos y redefiniendo permanentemente su estado, ¿cómo no privilegiar una ética de intervención, cómo no protegerla y acrecentarla con nuestras capacidades?

Las personas sabemos hoy que conocer los efectos de su existencia y sus actividades en el mundo es determinante para su continuidad, por acción u omisión.

Navegamos entre el Tao ambiental y las ingenierías de los ecosistemas, las cuales nos plantean un profundo problema de agencia, representado, por citar un solo ejemplo, por los debates de la llamada “ecología profunda”² y la “gestión de los ecosistemas”: ¿Quiénes de nosotros y con qué fundamento o criterios podemos definir nuestro rol como seres biológicos capaces de modificar radicalmente el mundo del que hacemos parte, el mismo que nos engendró y vio evolucionar? Por supuesto, el trasfondo es ético y, por ende, político.

Volvamos a la ecología, una palabra siempre amable y sencilla, que desde su nacimiento generó una agenda de investigación biológica y química importantísima, pero que inmediatamente obligó a algunos a llamar la atención acerca del grave error

que representaba ignorar la especie más abundante y de mayor impacto en el planeta. Tal vez la defensa reduccionista y colonial de Herbert Spencer en el siglo XIX acerca de la “supervivencia (social) del más fuerte” sembró una semilla de prevención en la academia, pero los trabajos de Stephen Forbes, Alexander von Humboldt, los hermanos Eugene y Howard Odum, y el catalán Ramón Margaleff, junto con los de los grandes geógrafos (Karl Ritter, Paul Vidal de la Blanche, Carl Sauer, David Harvey) y otros científicos sociales (Frank Boas, Marvin Harris, William Baleé, Edward Evans-Pritchard, Christine Padoch), demostraron que hacer ciencias ambientales basados solo en la comprensión de fenómenos químicos, climáticos, edáficos, hidrológicos o biológicos es completamente inadecuado como fundamento de ciencias verdaderamente integrativas, ecosistémicas en el sentido pleno de la palabra. La prueba, cuando en los años setenta se reconoció la crisis ambiental global y se crearon las agencias públicas para su gestión mediante los estudios de impacto ambiental, fue que no había personal para interpretar los resultados que aportaban las disciplinas, y las explicaciones de la crisis resultaron simplistas e incapaces de promover transformaciones culturales (aquellas que están en nuestras manos) a la altura de las necesidades. El caos normativo y la desarticulación institucional dan fe de ello en todo el mundo. En América Latina fueron Oswaldo Sunkel y Nicolo Giglio en los años setenta quienes abordaron de frente el problema de la sostenibilidad, mientras que en Colombia el diagnóstico epistemológico corrió a cargo de Francisco González y muchos otros, quienes identificarían en los trabajos de Augusto Ángel Maya el núcleo de la responsabilidad histórica de lo humano y su ámbito de operación, tal como historiadores y sociólogos habían venido sugiriendo hacía décadas (Donald Worster, William Cronon, Alfred Crosby) y, de manera excepcional, científicos integradores en Colombia como Orlando Fals Borda y Ernesto Guhl.

El problema de la licuadora y el bulldócer persiste, y se ha agudizado en las últimas décadas: la preservación del jaguar en nuestro territorio depende mucho más de las políticas que guían el uso de la tecnología y la institucionalidad, que de la comprensión de la biología del animal. Persiste

en el imaginario la creencia errónea de la biología como disciplina vinculada por excelencia con los temas ecológicos, y mal haría en decir que no tiene esa capacidad, pero no más que ninguna otra: incluso los organismos internacionales contruidos para abordar la problemática ambiental global hacen llamados extensos a científicos sociales a comprometerse y aportar soluciones en áreas tradicionalmente entregadas a las disciplinas “naturales”, aparentemente condenadas a ser cronistas del desastre por la tendencia reduccionista con la que pretenden abordar la problemática social.

Esta situación nos obliga a revisar el significado del quehacer de la ecología como disciplina integradora o, al menos, articuladora de lo social y lo biológico, mal llamado natural, ya que el impulso que la agenda biológica recibió de la ecología, como ciencia más relacionada con la teoría evolutiva (Darwin, Pianka) y la biogeografía (Alfred Russel Wallace), fue tan marcado en el siglo XX que el papel de las personas (nunca demasiado loable, es cierto) pasó a un segundo plano. También, hay que reconocerlo, porque toda actividad que implica sociedades plantea problemas metodológicos importantes, a menudo asociados con la unidireccionalidad de los procesos culturales (historia): lo que hacemos las personas en el mundo sucede muy rápido y está bastante gobernado por el azar y la incertidumbre (pese a quienes consideran la existencia persistente de conspiraciones internacionales), haciendo que la respuesta del planeta a la incidencia de miles de millones de seres humanos sea inédita (Carrizoza Umaña).

Si volvemos a considerar la naturaleza ecosistémica del bulldócer, extender la cualidad mineral de la máquina a una parte de los ciclos biogeoquímicos o tróficos no es tan evidente. Pero lo cierto es que se trata de una invención cultural hecha de metal y otros materiales inertes, que funciona dentro de unos parámetros institucionales (formales o no), dentro de los cuales el metal se oxida y las bacterias lo absorben: todo hace parte de la economía del ecosistema, incluso las ideas. Es imposible abstraer la realidad de la forma en que la pensamos, y la pensamos porque tenemos un cuerpo que habita el mundo, por ello cada pueblo construye sus propias representaciones de la vida, su transcurrir y su papel como sociedad en el planeta. El carácter subjetivo de la



Sara Herrera. Proyecto *Aquí* (2013) Foto Julián Roldán

El problema de la licuadora y el bulldócer persiste, y se ha agudizado en las últimas décadas: la preservación del jaguar en nuestro territorio depende mucho más de las políticas que guían el uso de la tecnología y de la institucionalidad, que de la comprensión de la biología del animal.

ecología es inexorable, como en la física cuántica, y solo una perspectiva sistémica logra proponer una perspectiva cognitiva satisfactoria (Gregory Bateson, Crawford Holling). En Latinoamérica esta perspectiva es por supuesto más acuciante, en cuanto los modos de vida de los países menos industrializados aún tienen márgenes importantes de plantear modelos alternativos de bienestar humano basados en una relación menos destructiva de sus bases biológicas (Víctor Toledo, Enrique Leff, Augusto Ángel Maya).

El enfoque sistémico de las ciencias contemporáneas puede dar razón de la complejidad, en tanto se abordan las relaciones y los procesos entre los componentes del ecosistema y se construye una narrativa adecuada para ello, sea matemática

o literaria: las historias que contienen la interpretación del mundo de lo vivo del pueblo cofán, en la Amazonia, son tan satisfactorias, ecosistémicamente hablando, como los modelos computacionales más complejos, y no se requiere de ningún esfuerzo colonial para que uno valide al otro; sus autonomías epistémicas están garantizadas por la suficiencia de su consistencia adaptativa. Lo interesante es cómo en ese esfuerzo de representar relaciones surge un reto para la integración de decenas de variables o criterios que se conjugan para definir la existencia temporal, transitoria, de un arreglo ecosistémico: un paisaje, un “dominio de estabilidad”. Esta idea, de un mundo simultáneo de paz y de tormentas, proveniente del arte renacentista y alimentada por el romanticismo,

ganó fuerza como modelo del funcionamiento a gran escala típico de los procesos biológicos y culturales que interactúan en un territorio, y por eso Goethe, Schiller y Humboldt fueron personajes históricos en la generación de la ecología y, más tarde, de la perspectiva ecológica del paisaje, geográfica en su esencia. Cuando la intoxicación atmosférica de CO₂ causada por la humanidad se hace innegable, regresa el llamado a entender los fenómenos sociales y las revoluciones que la habitan: la mano que se extiende en forma de buldócer también fue máquina de guerra, y el conflicto entre humanos es parte de la tormenta.

•
Toda naturaleza actual es, por tanto, una construcción perceptiva e interpretativa previa, necesariamente cultural, bien sea que hagamos parte de una ecoaldea o de una sociedad anónima empresarial.
.....•

En términos evolutivos, las tradicionales fuerzas de la naturaleza prehomínida produjeron hace pocos milenios una especie que modificó a fondo el planeta, tanto de manera espontánea como experimental: cada cultura construida en los 200.000 años que duró la colonización de todos los ecosistemas hasta entonces silvestres se convirtió en una historia que cierto grupo o comunidad humana adelantó con vigencia espacial y temporal, sujeta a las leyes de la selección, es decir, de los procesos de autoorganización sistémica que residen tras la complejidad. Por ello la noción de “naturaleza” sin humanos es prácticamente imposible de precisar, requiere ser simulada, y aun así no puede sustraerse de los efectos ya causados. Toda naturaleza actual es, por tanto, una construcción perceptiva e interpretativa previa, necesariamente cultural, bien sea que hagamos parte de una ecoaldea o de una sociedad anónima empresarial. Cambia, por supuesto, la carga de conciencia y el ejercicio político: por ello toda ecología contemporánea es eso, una “ecología política” (Joan Martínez Alier) y una “economía ecológica” (Robert Constanza), en cuanto los componentes

y procesos de los sistemas vivientes constituyen la fuente del bienestar humano, a veces hasta el extremo histórico de considerarles “recursos” administrables, lo que en general ha conducido al colapso, al pensar en el mundo como un sistema de oferta/demanda lineal: peces, maderas, plantas medicinales y genes son indudable fuente de bienestar, pero su encadenamiento con el resto del mundo impide manejarlos con criterio minero, como se ha hecho, es decir, con sostenibilidad a medias (Ramón Tamames). La ecología es economía y por eso entiende la dinámica de las bolsas y la variación de precios dentro de umbrales que, por más abstractos que parezcan, mantienen una relación física con la abundancia y las cualidades de lo viviente. Y este mismo carácter simbólico que atribuye valores monetarios, normalmente muy incompletos para las funciones biológicas que sostienen la salud del planeta y sus sociedades, también hace de los ecosistemas un espacio onírico con efectos en la realidad empírica: la ecología de los pueblos yageceros (sionas, kamsaes, kofanes y otros del neotrópico) está constituida por la conectividad de las dimensiones soñadas y el comportamiento autónomo de las manifestaciones materiales de la vida, como las plantas o los animales, (Phillip Descola, Darell Posey) así como las culturas juveniles definen nuevos valores y posibilidades para la vida dentro y desde las ciudades (Thomas Elmquist).

Al final, es a través del lenguaje que definimos o aprehendemos ese sistema de relaciones, es decir, el ecosistema. El jaguar y el buldócer comparten este estatuto ontológico desde la perspectiva relacional de quien puede dar razón última de su existencia: el conductor del buldócer, que nada sabe del jaguar antes de que devore su mente. Tal vez parezca curioso que de una definición clásica de una disciplina haya llegado a la propuesta de la ecología como un ámbito lingüístico, pero cuando se debate el lugar del humano en el mundo y su responsabilidad ante los demás seres, este se recrea y se vuelve a constituir, como dicen los abuelos en el mambeadero, o los mamos kogui: nada puede existir sin haberse pensado, sin haberse hablado (Reichel Domatoff, María Clara van der Hammen).

¿Qué le queda entonces a la ecología como objeto de trabajo, los discursos ambientalistas o

el abismo aterrador de posibilidades de la posmodernidad? Tal vez un poco de todo, dadas las modificaciones radicales del planeta que estamos causando; sin embargo, la realidad material no desaparecerá, simplemente se hará más compleja, ganando capas y capas de nuevas entidades y nuevos significados (Michel Foucault, Gilles Deleuze, Félix Guattari). El universo cyborg de los poshumanistas y de algunas ecofeministas (Donna Haraway, Judith Butler) predice que el ecosistema ahora será simulado mediante la realidad virtual, que dominará las comunicaciones globales en pocos años, y por las capacidades nanobiotecnológicas y cibernéticas de redefinición del funcionamiento de los seres vivos a escala molecular. La ciudad de las máquinas, en *Matrix* (Hermanas Wachowski), no es menos ecosistémica por no tener átomos de carbono organizados en forma de perro y metabolizando nitritos en las esquinas.

Para algunas personas, estos planteamientos se recogen en las llamadas “ciencias ambientales”, pero es preferible seguir considerándolos el fundamento de la ecología, que en resumidas cuentas, y en una visión muy personal, es la disciplina que analiza y sintetiza, en muchas lenguas, los procesos de organización y reorganización permanente de los seres vivos, cada uno con su inteligencia y sensibilidad (agencia), hoy en día inexorable e irreversiblemente afectados por las decisiones y actividades humanas. Dada esa condición, es posible reconocerla como una disciplina posmoderna, híbrida, que incluye como objeto de estudio la interpretación de los fenómenos complejos típicos de la organización de los sistemas vivientes planetarios, algunos reducibles a modelos cuantitativos, otros no, y que deben servir de fundamento a los experimentos de sostenibilidad de la especie humana, éticamente responsable del resto de la evolución.

La paradoja del hombre jaguar como conductor del bulldócer... 

.....
Brigitte Baptiste (Colombia)

Bióloga. Magíster en Conservación y desarrollo tropical y Doctora en Economía ecológica y manejo de recursos naturales. Directora del Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt.

Referencias

- Bateson, Gregory (1972). *Steps to an Ecology of Mind: Collected Essays in Anthropology, Psychiatry, Evolution, and Epistemology*. Chicago, Illinois: University of Chicago Press.
- Bowler, PJ (1997). *Historia fontana de las ciencias ambientales*. Fondo de Cultura Española.
- Butler Judith (1990). *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*, Nueva York: Routledge
- Carrizoza Umaña, Julio (2014). *Colombia compleja*. Bogotá: Jardín Botánico de Bogotá.
- Constanza, Robert (1991). *Ecological economics: The science and management of sustainability*. Nueva York: Columbia University.
- Darwin, Charles (1859) (1921 trad.) *El origen de las especies*. Madrid: Espasa Calpe.
- Deleuze, Gilles & Guattari, Félix (1980). *Mille Plateaux*. París: Les Éditions de Minuit.
- Descola, Philip (2013). *Beyond Nature and Culture*. Janet Lloyd (trad.). Chicago: University of Chicago Press.
- Elmqvist, Thomas; Fragkias, Michail; Goodness, Julie et al. (2013). *Urbanization, Biodiversity and Ecosystem Services: Challenges and Opportunities: A global assessment*. Springer.
- Foucault, Michel (2009). *Nacimiento de la biopolítica*. París: Akal.
- Guattari, Félix (1989). *Les trois écologies*. París: Galilée.
- Haraway, Donna (1989). *Primate Visions: Gender, Race, and Nature in the World of Modern Science*. New York: Routledge.
- Martínez Alier, Joan (2002). *The environmentalism of poor*. England: Edward Elgar ed.
- Naess, Arne y S. Kumar (1992). *Deep Ecology*. Phil Shepherd Production.
- Tamames, Ramón (1979). *Ecología y desarrollo: la polémica sobre los límites al crecimiento*. Madrid: Alianza.
- Van der Hammen, María Clara (2003). *The Indigenous Resguardos of Colombia: their contribution to conservation and sustainable forest use*. IUCN, Amsterdam/Guiana Shield Initiative.
- Wallace, Alfred Russel (1876) *The Geographical Distribution of Animals*. Harper and Brothers.

Notas

¹ Los nombres utilizados en este artículo son apenas invitaciones a cada una de las líneas de pensamiento que, de manera muy personal, contribuyen a mi formación como ecóloga. Sugiero sólo un texto por autor, el que mejor conozco, y debo aceptar que tengo un fuerte sesgo hacia la academia anglosajona y europea, directa o indirectamente asociadas con el pensamiento occidental, el cual indudablemente tiene grandes limitaciones para entender la complejidad de las relaciones sociedad, naturaleza. Hasta hace muy poco tiempo autores de Europa oriental, Asia u Oceanía no estaban al alcance. Mucho menos una visión adecuadamente sistematizada de las tradiciones del pensamiento prehispánico o afrodescendiente, que no por ser orales o estar codificadas en complejos rituales poseen menos valor. El conocimiento humano es extenso, pero nuestros métodos para compaginarlo, aún parroquiales o coloniales.

² Arne Naess y su propuesta de la “ecología profunda”, y muchas de las “leyes de origen” de los pueblos indígenas, han propuesto un umbral ético-político extremadamente restrictivo al ejercicio de la transformación del mundo, al contrario de lo que opinan HT Odum y otros, para quienes el umbral es móvil y debe interpretarse según los efectos que esas transformaciones nos vayan indicando.

Poemas de

mis rotos siglos

*mi siglo, mi bestia, ¿quién podría mirarte a los ojos?
... más tu espina dorsal estará rota, siglo mío hermoso e infame*

Osip Mandelstam

sé que en este siglo
ya no vale la pena morir
entre tantas cosas muertas
hermosísimas

sé que los juramentos
son en vano
y las imágenes santas
un techo para este cielo

sé que nos abrazamos
para apagar el cuerpo
ante la eternidad de una guerra

la culpa no viene sola
la buscamos pobre
y la hacemos rica

sé que no hemos sido todavía
que el mejor fracaso
no es el que dejamos

Señor,
para ser tu hija
me faltan mil años de risa
pero no dejes
que me deje sola.

Natalia Litvinova

lengua esteparia

desagotaré el límite de lo exacto
sufiré el naufragio más quieto
tragándome en mi intemperie.
mi pie partió y fue feliz.
mi puente se partió y fue feliz.
mi cuerpo se quebró
nacé de mí,
de mi quebrado brote
en fatigas y barcos,
en oráculos que se doran
junto al dios de un ojo,
el que oye
penetrar mi lengua esteparia.

día santo

los que me abrazan
son seres de mi laberinto
besan mi boca
escupen tinta china.
el ritual se repite
todos los santos días.

tus ojos se han vuelto mi cenicero

días y noches te he escrito, la primera frase era:
no existe Rusia, París no existe,
besarte es besar una pared en blanco.

miro este cuerpo tan mío, cuántos lo han amado,
inviernos prematuros festejan en su vientre.

al margen de esta hoja se escribe mi vida,
se intenta verso claro que fracasa.

leo el testamento de Kafka como única carta
de amor.
pronto en París caerá la nieve, en Rusia también,
otra nieve.

los que me han amado intentarán volver a mí
por la fuerza.

querido, tus ojos se han vuelto mi cenicero.
el testamento de Kafka es lo único que me queda
mientras regresan tranquilos los que me quieren santa y desnuda.

exilio

no pertenezco a continente alguno,
podría ser: ausencia en cualquier pecho
ausencia en cualquier ojo
lengua de los desaparecidos;
o pájaro armándose alas

la piel no se renueva, recuerda.
es corteza de un árbol tatuado con una
navaja
o el caparazón de un grillo que se raspó
contra la amapola.

soy un sol blanco que rueda por el desierto,
y los hombres me miran cubriéndose la cara.

lloramos para interrumpir
el desierto de los ojos
así como indagamos la vida
para descansar de la muerte.
los recuerdos que oculto
terminarán aullando.

*

¿madre, te acuerdas de los niños
que lanzaban piedras a nuestra casa?
¿por qué no les dijiste que sus sueños
caerían con más violencia?

me tocas y soy vino que fermenta,
un caballo que galopa feroz.
eres el pájaro hambriento, y yo la uva.
pero el amor es el ave más grande,
me arrebató
y me lleva en su pico, a dónde.

cartas de dolor y de amor, son la misma cosa.
cartas en blanco, cartas de muerte,
cartas pájaros migratorios
que observo cuando vuelven
y pongo una vela por cada pluma
que toca el suelo con lentitud funeraria. ■

Natalia Litvinova (Gómel, Bielorrusia, 1986).

Poeta y traductora de poetas rusos. Publicará en Babilonia una edición para Colombia de su primer poemario, *Esteparia*. El libro, en edición revisada y aumentada, contiene poemas inéditos e ilustraciones de la artista Catalina Contreras Urrea. Esta es una selección de algunos poemas (los últimos cinco de esta selección, inéditos hasta hoy), en exclusiva y como primicia para la *Revista Universidad de Antioquia*.

EL VIAJE DE STEINBECK Y SU PERRO CHARLEY

We find after years of struggle that we do not take a trip:
a trip takes us
John Steinbeck, *Travels with Charley in Search of America*

JULIA ESCOBAR
VILLEGAS

John Steinbeck partió de Nueva York una mañana de otoño de 1960, justo después del *Labor Day*, cuando la vida cotidiana estadounidense se despedía del verano y volvía a la normalidad: los jóvenes a las escuelas, los adultos al trabajo. A su lado sonreía Charley, su perro, un gran *French poodle* azul oscuro.

Realmente, el viaje había iniciado antes. Un viaje siempre empieza desde que irrumpe esa cierta ansiedad de partir. Steinbeck la describió como un prurito innato e incurable que, cuando asalta, hay que mitigarlo marchándose.

Rondaba los sesenta años y era un escritor famoso: había ganado el premio Pulitzer veinte años atrás, y tan solo dos años después recibiría el premio Nobel. De modo que justificó su viaje en la necesidad de conocer más a fondo su país para sentir y descubrir sus múltiples realidades, temas de su escritura.

Sin embargo, aquel viaje también era su manera de reaccionar contra la recomendación médica de aceptar la llegada de la senectud. Rehusándose a aligerar la intensidad

habitual de su vida solo para extenderla un poco más, asumió el viaje como un antídoto contra el veneno de ser declarado oficialmente un hombre frágil.

Quería, además, despojarse de su identidad y volver a ser anónimo, libre de relacionarse con gente sencilla y de ser tratado como tal. Emprendió el camino en una caravana diseñada a su gusto con las comodidades básicas. La había llamado *Rocinante* y estaba abastecida de herramientas, víveres, licores, libros, papeles, tinta e incluso rifles, por si tenía que camuflarse en cazador.

Al salir de la ciudad, Steinbeck aparcó su vehículo y extendió sus mapas para estudiar la ruta.

La inmensidad de Estados Unidos apareció ante sus ojos y lo desconcertó. Comprendió de súbito, en toda su dimensión, el ambicioso proyecto que afrontaba y comparó la angustia de realizarlo con la que experimentaba al empezar a escribir una novela: una sensación de imposibilidad, de fracaso anticipado.

Como los proyectos literarios, un viaje no puede controlarse más que

paso a paso, así como se avanza página tras página, gradualmente. Los mapas, por tanto, encierran una tiranía, pues no se identifican con la realidad. Al contrario de los viajeros que solo miran la guía y no el camino, Steinbeck optó por arrojar al viaje. Los descubrimientos más valiosos del viajero emergen cuando este permite que el viaje lo transforme.

En su casa rodante fue cruzando los estados, bordeando todo el país, observando los paisajes y su transformación paulatina. Asistió a los sermones de las iglesias los domingos y a eventos sociales y políticos, desayunó en cafés de carretera, acampó en los bosques, junto a ríos y lagos, y de vez en cuando se hospedó en algún hotel para asearse y descansar.

Le interesaba escuchar a la gente tanto en las ciudades como en los pueblos. Conversaba con camareras en restaurantes, con los vendedores en los negocios, con los camioneros, quienes le recordaban en muchos aspectos a los marinos. Invitó a los solitarios de los campos a un trago en su acogedor hogar móvil. Pensó en lo mucho que influyen la geografía y el clima en el carácter de las personas, y contempló bajo ese lente atmosférico sus propios estados de ánimo: a veces gente gris robaba toda su energía, impidiéndole disfrutar el paisaje; otros personajes le iluminaban el camino.

Steinbeck sintió fascinación por el lenguaje a todo lo largo de su país. Lector ávido de signos y avisos, percibió cómo cada estado intentaba decir algo bello de sí mismo, y comparó el lenguaje de las indicaciones de la ruta y de los anuncios: algunos más enfáticos y prácticos, otros más extensos y poéticos. También buscó las alternancias de acentos, de vocablos y de cadencias en los diálogos con las personas e intentó reproducirlos, creando una imagen literaria de diversos tipos de *small talk*.

Lo que más cautivó a sus interlocutores fue *Rocinante*. Acogidos por la calidez del diminuto hogar y por la hospitalidad de Steinbeck, este pudo advertir en ellos un anhelo de viaje,

de partir quizás no *hacia* algún lugar, sino *lejos* de algo. La casa rodante encendía ese deseo en sus ojos. A pesar de la parquedad de algunas personas, Steinbeck veía en aquel destello la señal de lo más humano en cada una de ellas: algún recuerdo o sueño oculto.

La relación entre escritura y viaje es estrecha, o bien, la escritura es el viaje. Steinbeck seleccionó, examinó y narró cuidadosamente sus impresiones, queriendo determinar lo que había aprendido sobre su país: el progreso y su parecido con la destrucción, la tendencia enfermiza a acumular basura, el miedo o el tedio general a expresar una posición política, la obsesión masculina con la caza, la enorme diferencia entre la comida casera y la artificial, el crecimiento desmedido de las ciudades y la desolación de los pueblos, el ambiente hostil del sur, provocado por el fuerte racismo, cuyas crudas imágenes lo acongojaron hasta producirle náuseas.

Rondaba los sesenta años y era un escritor famoso: había ganado el premio Pulitzer veinte años atrás, y tan solo dos años después recibiría el premio Nobel. De modo que justificó su viaje en la necesidad de conocer más a fondo su país para sentir y descubrir sus múltiples realidades, temas de su escritura.

Sin embargo, al escribirlas, se percató de que esas innumerables y distintas realidades de su país podían ser percibidas de manera completamente diferente por otros ojos y durante otra estación o circunstancias. La realidad externa se escapa: un viaje siempre es interior. Cuando un hombre conduce durante horas por largas carreteras, realmente va dentro de sí mismo, en el flujo enrevesado de

sus pensamientos. Steinbeck había salido en busca de temas, y el tema hallado fue el viaje propiamente: el suyo, pero también el de su compañero.

Entrañable es el personaje que creó de Charley, forjado su carácter sin humanizarlo, y maravillosa la descripción del vínculo entre ambos, su capacidad de comunicarse efectivamente. Diplomático y cortés innato, Charley descubrió sin embargo su ferocidad más temeraria e instintiva al conocer a los osos en uno de los parques naturales del oeste.

También él estaba interpretando el mundo, pero a través de su nariz, y también dejaba escritas sus notas, aunque en árboles y arbustos. Los horizontes y mensajes del hombre y del perro, observó Steinbeck, eran igualmente limitados y efímeros.

Si bien Charley no tenía la agudeza intelectual de un humano, tampoco participaba de sus problemas inherentes, como el racismo. En cambio, a Steinbeck le parecía que el perro podía demostrar cierto asombro, cierto desprecio ante la locura humana que intuía.

Cuando *Rocinante* atravesó California, Steinbeck tuvo la oportunidad de visitar su pueblo natal, llamado Salinas. Recorrió sus calles, saludó a algunos viejos amigos, pero muy pronto decidió marcharse. El viaje le había dado una revelación sobre sí mismo. Su retorno había sido el de un fantasma: ya él no era como lo recordaban y, a su vez, él no podía reconocer lo que veía. Su presencia actual importunaba el recuerdo de los otros, y así la de ellos para él.

Subió a una montaña desde donde podía divisar el valle hacia el sur, oeste y norte, y antes de despedirse y emprender el camino de regreso al este le contó a Charley todos sus mejores recuerdos, que para él seguirían sucediendo en un lejano pasado permanente en su memoria. ■

Julia Escobar Villegas (Colombia).

Nacida en Medellín en 1988. Graduada en Filosofía en la Universidad de Antioquia. Profesora de español y estudiante de maestría en Literatura Española y Latinoamericana en la Universidad de Cincinnati, Estados Unidos.

Bibliografía

Steinbeck, J. (2002). *Travels with Charley in Search of America*. New York: Penguin Books.



delaurbe

Periodismo universitario para la ciudad

Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia

<http://delaurbe.udea.edu.co/>
@Delaurbe

Calle 67 No. 53-108. Bloque 12 - 122
Teléfono: 2195912
Medellín - Colombia

EL ÁMBITO DE LAS EMOCIONES EN LA REGIÓN ANDINA

H.C.F. MANSILLA

Hay que evitar los extremos: una máxima que suena bien y dice poco. Nunca me gustó el experimento por el experimento mismo, es decir cuando este se convierte en un fin propiamente dicho. No hay duda de la necesidad de los experimentos en el arte y las ciencias, pero con la meta de alcanzar o conocer algo que vale la pena. Pero cuando el arte se transforma en algo muy artificial y artificioso, en pura extravagancia, en el intento forzado de mostrar lo exclusivo, lo oculto y lo abstruso, entonces la propensión a lo anticlásico se convierte en un juego inofensivo, repetitivo y tedioso. El motivo anticlásico, como lo denominó Gustav René Hocke (1967: 301-302), es, sin duda alguna, importante: nos muestra la relación problemática que tenemos con nuestro propio yo, con nuestros valores familiares y tradiciones. Este motivo, por lo tanto, nos hace avanzar en el conocimiento del mundo y de nosotros mismos. Para nuestro propio desarrollo es indispensable reconocer que el mundo es un laberinto, que la fantasía poética es tan enriquecedora como la mística religiosa auténtica y que el raciocinio más elevado puede convivir con las emociones más extremas.

El culto desmesurado del experimento y de las ocurrencias deja, sin embargo, sus huellas en la dimensión de las intuiciones y emociones políticas. Se manifiesta no sólo mediante el rechazo del racionalismo occidental, sino también en el enaltecimiento de procedimientos violentos como la vía adecuada del saber y actuar correctos. Fausto Reinaga, el pensador más importante del indianismo boliviano, afirmó que el “odio volcánico que hierve en el alma de mi raza” (1976: 24) sería al mismo tiempo el camino privilegiado del conocimiento intelectual-político, la genuina y profunda esperanza para la redención de los pueblos indígenas y la base para producir el hombre total, que pudiese superar la Europa decadente, criminal y corrupta. Este mito de la violencia purificadora y constructora encubre, empero, una función muy prosaica y convencional: la captura del poder político con fines pragmáticos y profanos.

Para diluir el peso negativo de la manipulación autoritaria de las intuiciones y los sentimientos tendríamos que combinar un enfoque anticlásico con los mejores productos de la tradición racionalista occidental. Por ello y como contrapeso hay que

mencionar a Desiderio Erasmo de Rotterdam (1469-1536), el clásico por antonomasia. El ser humano es el animal que se estorba a sí mismo y que a menudo desprecia su propia naturaleza. Erasmo aseveró que caritas y scientia están siempre en situación de mutua dependencia: un amor que no muestra comprensión es tan peligroso como un afán de libertad caótico e irrestricto. La libertad debe hallarse en una constelación de humanidad practicada; el amor llega a ser comprensivo y hasta clarividente si está acompañado por una adecuada formación humanista. Erasmo fue el campeón de la libertad de la consciencia: a través de la razón. Insistió en que debemos liberarnos del “sueño de los teólogos” (Gail, 1974: 73; Zweig: 1968). Él nos enseñó el valor del cosmopolitismo y universalismo de corte pragmático así como la relevancia suprema del pluralismo y la tolerancia. Él es uno de los primeros que expresamente deseó ser ciudadano del mundo, o más precisamente de la res publica literarum; quiso pertenecer a todas las comunidades nacionales, sin ser súbdito de ninguna de ellas en particular. Sus muchas vacilaciones se deben a la consciencia clarividente de las ambigüedades de todo lo existente, a la facilidad de equivocarse al afirmar algo categóricamente y a la imposibilidad de conocer el fundamento y el núcleo de muchas cosas. Las emociones socialmente relevantes deben ser analizadas combinando principios racionales universalistas (como los propugnados por Erasmo) con valores particularistas, que corresponden a la dignidad de los fenómenos individuales.

Me he detenido en estos fragmentos teóricos porque supongo que estos señalan un gran tema de la cultura política latinoamericana y especialmente andina: una relación conflictiva entre la esfera racional del análisis y el campo emocional de las decisiones existenciales. Los intelectuales del área andina tienden a menudo a aplicar los instrumentos del análisis racional con suma perspicacia sobre sus adversarios y los regímenes que detestan. Con respecto a sí mismos y a los modelos políticos que admiran estos pensadores parecen que suspenden premeditadamente toda intención crítica. En una palabra: abrazan causas,

movimientos y partidos partiendo de actos electivos existenciales que están dictados o, por lo menos, fuertemente influidos por intuiciones y sentimientos. En lo que se refiere a los enemigos ideológicos o a los sistemas que combaten, no hay duda de que utilizan los métodos racional-analíticos con gran pertinencia. En cambio cuando se adhieren a una corriente ideológica, adoptan casi siempre, como escribió Octavio Paz, la actitud acrítica de los misioneros fieles a una iglesia, quienes fácilmente se transforman en inquisidores dogmáticos. Este tipo de intelectual, dice Paz, no acaricia dudas ni alimenta escrúpulos: “demuestra, adoctrina, refuta, convence, condena. Llama a los otros camaradas pero jamás habla con ellos: habla con su idea. Tampoco habla con el otro que todos llevamos dentro” (1984: 25-26). La mayoría de los intelectuales se pliega casi exclusivamente a tendencias que están en boga, como el marxismo tercermundista durante la segunda mitad del siglo xx. Acto seguido abrazan con el mismo ímpetu el postmodernismo relativista. Rara vez ofrecen resistencia a estos movimientos doctrinarios que poseen la fuerza normativa de las grandes modas seculares. El marxismo de estos intelectuales, por ejemplo, se convirtió rápidamente en una pasión, una fe y una esperanza —es decir: en impulsos teológicos— y dejó atrás la distancia crítica e irónica que es indispensable en todo proceso cognoscitivo serio. La falta de una instancia autocrítica empuja a estos intelectuales a identificaciones fáciles con lo que ellos suponen que es lo positivo y lo ejemplar, lo que a menudo está personificado por el líder del propio movimiento político o el caudillo que apoyan para la conquista del poder. Estas identificaciones fáciles denotan un grave inconveniente: dejan de lado los sentimientos de culpa, responsabilidad y previsión, que han sido la base de un desarrollo cultural maduro a lo largo de milenios, y los conduce a sobreevaluar lo propio —la ideología a la que se adscriben habitualmente, los valores axiológicos que vienen de atrás, las convenciones y las rutinas de su entorno— en detrimento de lo ajeno.

Para comprender esta problemática no es superfluo un vistazo a la literatura universal. Al

igual que en algunas sociedades latinoamericanas y especialmente andinas, los personajes de F. M. Dostoievski no tienen una moralidad de la mesura y la prudencia (*phronesis*), acompañada por una reflexión acerca de la proporcionalidad de los medios. Están poseídos por un ansia de la intensidad. No buscan cuidadosamente normas de vigencia razonable, sino anhelan la experiencia simultánea de lo bueno y lo malo. El trasfondo histórico y socio-político no es una atmósfera reflexiva, calculadora y, al mismo tiempo, tolerante, sino la convicción colectiva de estar ante un destino y vivir una tragedia. Es un estado de ánimo que desea la intensificación y hasta la exasperación, no el diálogo o la negociación. La violencia es sagrada, el amor surge vinculado al odio, la felicidad al sufrimiento.

Isaiah Berlin constató una relación de amor y odio simultáneos de los intelectuales rusos con respecto al modelo civilizatorio de Europa Occidental (1980: 342-343). Algo muy similar puede detectarse en América Latina. Berlin afirmó que desde comienzos del siglo XIX funcionarios y pensadores rusos han admirado los logros occidentales en muchos rubros (casi todos cercanos a la llamada razón instrumental), pero han exhibido hostilidad, desconfianza y desprecio hacia la cultura occidental en muchos terrenos, como la organización familiar, el funcionamiento de la opinión pública y la estructura de la moderna democracia pluralista. Esta última fue y aún es considerada por sus detractores como un orden social débil y sin sustancia, antiheroico, mediocre y corrupto, similar al ámbito de los comerciantes y administradores, donde escasean los designios eminentes y los propósitos sublimes.

Berlin nos recuerda que desde las primeras décadas del siglo XIX los intelectuales rusos empezaron a comprender “la profundidad y la riqueza espiritual de los eslavos” en comparación con el “decadente y putrefacto Occidente, corrompido por [...] el más sórdido materialismo” (1980: 314). El tratamiento de la civilización occidental por los románticos y los nostálgicos, pero también por pensadores socialistas, populistas e indianistas en América Latina es sorprendentemente similar. A comienzos del

siglo XXI, los intelectuales adscritos al populismo andino se consagran ahora, olvidando las lecciones de Marx, a revitalizar el poder de la intuición, la sabiduría profunda de los ancianos y la verdad auténtica que reside en las emociones y las corazonadas y otros factores esencialistas similares, que presuntamente han resistido incólumes el paso del tiempo y los avatares de la conquista española. Frente a la razón instrumental, a la cual se le atribuye ahora un origen exclusivamente “occidental” y unas consecuencias estrictamente negativas, en el área andina se intenta revalorizar la memoria afectiva de las comunidades indígenas, especialmente la dimensión contenida en las vivencias silenciadas de las mujeres y en su sapiencia ancestral, para así edificar un orden social más humano y ecológicamente más duradero (Cfr. Guerrero, 2010; Zapata, 2007; de la Torre, 1999). Los agravios de vieja data son evocados con emoción y hasta con nostalgia, utilizando una metodología —las intuiciones y las corazonadas como una vía legítima de acceso al conocimiento filosófico y sociológico— que con los años se ha transformado en un instrumento muy popular en el seno de los estudios postmodernistas y relativistas. La voluntad en pro de la acción revolucionaria, basada en un impulso emotivo, es decir: noble, profundo, auténtico, desinteresado, emerge entonces como la precondition necesaria para el conocimiento auténtico.

Aún hoy en gran parte de América Latina el ámbito de las emociones que emerge en la vida socio-política y cultural está construido en torno a un anti-occidentalismo conservador (Buruma y Margalit, 2004), paradójicamente de origen católico, integrista y anticosmopolita, de inclinaciones ruralistas, partidario de revitalizar las costumbres y los credos ancestrales, actitud que ahora adquiere una dirección anti-imperialista y, simultáneamente, un tinte paternalista, favorable al autoritarismo caudillista de las tradiciones populistas. Este anti-occidentalismo posee una inclinación anti-imperialista muy vigorosa y popular, pero pasa rápidamente por alto la formación de jerarquías piramidales privilegiadas, la existencia de estructuras sociales

y mentales de índole antidemocrática y la carencia del Estado de derecho en su propio seno. Para el caso ruso de los intelectuales del siglo XIX, especialmente para los eslavófilos que detestaban la civilización europea —sin conocerla adecuadamente—, Isaiah Berlin señaló que el anti-occidentalismo estaba edificado sobre un fondo de ignorancia y arrogancia y sobre un “feroz anti-intelectualismo” (1980: 546)¹. Algo de esto está todavía hoy muy vivo en el área andina. **U**

H. C. F. Mansilla (Bolivia)

Doctor en filosofía, Magíster en ciencias políticas, escritor y profesor. Ha publicado, entre otros, las novelas *Consejero de reyes* (1993), *Opandamoiral* (1992) y *La utopía de la perfección* (1984).

Referencias

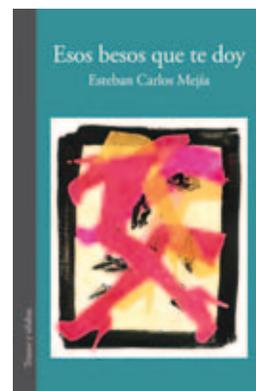
- Berlin, Isaiah (1980). *Pensadores rusos*. México: FCE.
 Buruma, Ian y Avishai Margalit (2004). *Occidentalism. The West in the Eyes of Its Enemies*. New York: Penguin Press.
 De la Torre, Luz María (1999). *Un universo femenino en el mundo andino*. Quito: Fundación Hanns Seidel.
 Gail, Anton J. (1974). *Erasmus von Rotterdam* (Erasmus de Rotterdam). Reinbek: Rowohlt.
 Guerrero, Patricio (2010). *Corazonar: una antropología comprometida con la vida. Mirada desde Abya-Yala para la descolonización del poder, saber y del ser*. Quito: Abya-Yala.
 Hocke, Gustav René (1967). *Manierismus in der Literatur. Sprach-Alchimie und esoterische Kombinationskunst* (Manierismo en la literatura. Alquimia lingüística y arte combinatorio esotérico). Reinbek: Rowohlt.
 Paz, Octavio (1984). *Dostoievski: el diablo y el ideólogo*, en: Octavio Paz, *Hombres en su siglo y otros ensayos*. Barcelona: Seix Barral.
 Reinaga, Fausto (1967). *La “intelligentsia” del cholaje boliviano*. La Paz: Ediciones Partido Indio de Bolivia.
 Zapata Claudia, comp. (2007). *Intelectuales indígenas piensan América Latina*. Quito: UASB / Abya-Yala.
 Zweig, Stefan (1968). *Triumph und Tragik des Erasmus von Rotterdam* (Triunfo y tragedia de Erasmo de Rotterdam). Frankfurt: Fischer.

Nota

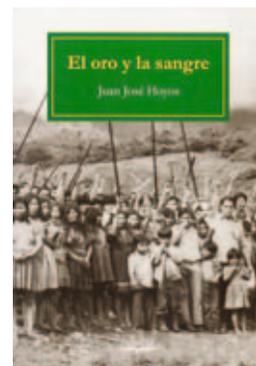
¹ Sobre todo este contexto, cf. la brillante hipótesis de Berlin sobre la debilidad de la tradición liberal rusa (1980: pp. 480-552). En esta constelación cultural pudieron crecer los fanáticos de Dostoievski.

{ Novedades }

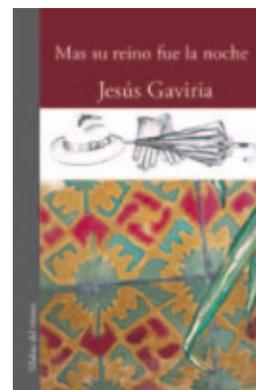
Esos besos que te doy
 Esteban Carlos Mejía
 Colección
 Trazos y sílabas
 Sílaba
 Medellín-Colombia
 2016
 408 p.



El oro y la sangre
 Juan José Hoyos
 Sílaba
 Medellín-Colombia
 2016
 226 p.



Mas su reino fue la noche
 Jesús Gaviria Gutiérrez
 Colección Sílabas
 del viento
 Sílaba
 Medellín-Colombia
 2016
 174 p.



BORGEN: ENTRE EL IDEALISMO Y EL PRAGMATISMO POLÍTICO

LUIS FERNANDO
AFANADOR

Hay muchas series sobre política. Y hay muchas series con políticos malvados, algunas hasta un grado superlativo. Por eso *Borgen*, la serie de la televisión pública danesa, que en Colombia tuvimos oportunidad de ver a través del canal Sundance, resulta una propuesta diferente y estimulante. *Borgen* —la forma coloquial como los daneses llaman al Palacio de Christianburg, sede de los tres poderes y oficina del primer ministro— está centrada en Birgitte Nyborg, líder del partido Moderado, partido de centro y minoritario que llega al poder gracias a un hecho que no es secundario: no aceptó métodos sucios para derrocar al primer ministro. Birgitte Nyborg tiene ideales y principios pero además es una política pragmática y ambiciosa.

En cada capítulo, el contrapunto del tema público y el privado crea un clímax suficiente para cautivar al espectador sin necesidad de manipulaciones ni violencia.

Y Dinamarca, por supuesto, no es ningún país ideal. Allá, como en cualquier otro, hay extremistas de derecha y de izquierda, grandes empresas que hacen lobby, intereses oscuros, medios de comunicación en busca de *rating* y amarillistas, traiciones y deslealtades, y

también conflictos y dramas personales: la bien llevada alternancia y dialéctica entre lo público y lo privado —“*Borgen* es mi segunda casa”— es el signo distintivo de esta serie.

Borgen dura apenas tres temporadas de diez capítulos —otra diferencia con las series actuales, cuya duración promedio son siete temporadas y noventa capítulos—. Y, a cambio del acostumbrado melodrama y suspenso, propone otra cosa: intensidad. En cada capítulo, el contrapunto del tema público y el privado crea un clímax suficiente para cautivar al espectador sin necesidad de manipulaciones ni violencia. Eso sí, al igual que otras grandes series, su creador sabe que la ventaja de tener a disposición muchas más horas que una película permite construir los personajes a fondo, en varias dimensiones, con mucha complejidad, con matices y contradicciones, lo cual los enriquece.

El primer arco narrativo está dado por la llegada de los Moderados al palacio de *Borgen*. Kasper Juul, el hábil asesor de medios de Birgitte, se entera de una información que compromete al primer ministro, Lars Hesselboe, del partido liberal. Como Birgitte se niega a usarla, termina siendo utilizada en un debate

televisivo por Michael Laugesen, líder de la oposición y cabeza del partido de los Trabajadores. Su oportunista utilización se le convierte en un boomerang: cae el primer ministro, pero él pierde el apoyo de sus copartidarios y es expulsado del partido, enfrascado por su culpa en disputas internas. Así, los Moderados, pese a tener menos escaños que los Trabajadores, quedan al frente de la coalición y con Birgitte Nyborg como primera ministra, la primera mujer en Dinamarca en llegar a ese cargo. Una coalición frágil, amenazada cada vez que el partido de los Trabajadores aumenta sus pretensiones al subir su favorabilidad en las encuestas. Al primero que tendrá que sacrificar Birgitte será al veterano Bent Sejrø, ministro de finanzas y su fiel asesor y entrañable amigo.

No solo hay que lidiar con la inestable política local. Dinamarca, pese a ser un pequeño país de cinco millones y medio de habitantes, tiene vocación de liderazgo mundial. Ayuda a los países pobres, interviene en África en procesos de paz, hace parte de la coalición contra los talibanes. El desgaste político hace su aparición y la apretada agenda de Birgitte le quita tiempo destinado a su esposo y a sus dos hijos. Philip sacrificó su carrera cuando ella se dedicó a la política. Y a la hora de ser recompensado, ella se ha convertido en primera ministra y le pide, además, que renuncie por incompatibilidad a un importante cargo en una empresa. La crisis del matrimonio se avecina y para mantener la imagen de familia unida se sirven de TV1, el principal canal de televisión. Ahí hace su aparición Katrine Fønsmark, una periodista talentosa que tiene conflictos con Torben Friis, el jefe de noticias del canal, porque ella no hace concesiones. Cuando Katrine descubre el montaje, orquestado nada menos que por Kasper Juul —con la anuencia de Torben—, su expareja y asesor de Birgitte, renuncia y se va a trabajar como reportera al diario *Ekspress*, cuyo editor es un antiguo directivo del partido del Trabajo, que utiliza el amarillismo y el chantaje para urdir sus venganzas políticas. Efectivamente, “algo huele mal en Dinamarca”, como decía Hamlet. Era preferible TV1, y de hecho Katrine regresa allí —su calidad periodística es valorada por el ambiguo Torben—, aunque el panorama ha

empeorado: hay un nuevo jefe de programación, por encima de Torben, que lo tiraniza con el *rating*. En el mundo contemporáneo, la política es esclava de los medios y los medios lo son del *rating*. Es algo innegable, una realidad ineludible. Pero los personajes de la serie, de alguna manera, en mayor o menor medida, se rebelan contra eso. No hay fatalidad, ni fundamentalismo, ni esencias puras en el mundo de Borgen.

El brillante y exitoso Kasper Juul, el escudero de la primera ministra ante la jauría de los medios y la oposición, tiene unas zonas sombrías en su pasado, que saldrán a relucir cuando un miembro del partido liberal —en Dinamarca, de derecha, aunque todos los nombres son ficticios— presenta un proyecto de ley que rebaja la edad de responsabilidad penal de los 14 a los 12 años, al que se oponen los Moderados. Después de un debate en el parlamento, en un pasillo, Kasper agrade verbalmente al ponente del proyecto y a través de *flashbacks* lo vamos entendiendo: Kasper fue abusado sexualmente por su padre —y amigos de su padre— con la complicidad de su temerosa madre, hasta que un día decidió defenderse: lo atacó con un cuchillo y lo hirió. Fue absuelto porque entonces tenía 13 años.

Mientras tanto Birgitte, que ha presentado un importante proyecto para reformar la salud, que incluye una ley para prohibir que el Estado les dé dinero a las instituciones privadas y así liberar recursos para asumir esa función, vive al tiempo una crisis de su hija, quien ha dejado de usar su droga psiquiátrica. Es llevada a una clínica de rehabilitación privada, y cómo no, con subsidios del Estado. Una contradicción que explota el periódico *Ekspress* a su manera amarillista: tomándole fotos a su hija —lo cual agrava su salud mental—. Ante el escándalo, la directora de la clínica, que ve en peligro el respeto a la intimidad de los otros pacientes, le pide a Birgitte que se lleve a su hija. Ante esa disyuntiva, Birgitte opta por pedir una licencia —su presencia es clave para la recuperación de su hija— y dejar como primer ministro encargado a Thorsen, del partido del Trabajo. En su ausencia, Thorsen se dedica a opacar la figura de Birgitte y a sacar ventaja a su favor. Cuando su hija mejora y ella retoma el cargo, le hacen

En el mundo contemporáneo, la política es esclava de los medios y los medios lo son del *rating*. Es algo innegable, una realidad ineludible. Pero los personajes de la serie, de alguna manera, en mayor o menor medida, se rebelan contra eso.

un debate en el parlamento por la incompatibilidad entre su género y los asuntos de Estado. Sí, en la civilizada Dinamarca, la cuestionan por ser mujer, una mujer en la política. Finalmente, logra que se convoque a nuevas elecciones.

Los anteriores episodios son emblemáticos de la serie en su intención de combinar lo privado con lo público y hacer de la política un tema atractivo. Sobresalen entre otros episodios de calidad. Por cierto, cada uno de ellos parece la respuesta a la frase de un gran pensador de la política que es citada al comienzo: “Algunos cambian de partido para defender sus principios, otros de principios para defender su partido” (Winston Churchill). Este es el epígrafe de un episodio cuyo tema es el dilema de un dirigente político: su partido ha votado por una ley antiinmigración y su esposa es de Kenia.

El segundo arco narrativo está construido desde la oposición. Han pasado dos años y medio, el partido Moderado ha perdido las elecciones y el primer ministro es Hesselboe, del partido liberal. Birgitte, que se dedica a dar charlas por el mundo para una empresa privada, termina retirándose y busca regresar a su partido, dirigido por Jacob Kruse, su rival, quien no la acepta. Ella pide una votación y pierde. Decide entonces fundar un nuevo partido, Los nuevos demócratas. Sabe que los Moderados, en la coalición de gobierno en la que participan, no defendieron ninguno de sus postulados en temas de derechos humanos, inmigración, economía y medio ambiente. Recluta a Katrine como asesora de medios, al político conservador, a su amigo Bent, a otros conocidos y a un brillante economista, antiguo militante de izquierda, al que los enemigos macartizarán por su pasado. ¿Cómo recuperar el poder? Los dilemas éticos de la oposición no son menores. Hay escasez de recursos en las arcas del partido, de una parte, y hay, de la otra, una donación millonaria de la empresa que pide soterradamente una

pequeña contraprestación. Birgitte, luego de ser destrozada en un debate televisivo, ¿debe hacer público que estaba en un tratamiento por un precáncer o lo utiliza como manipulación? Su hija, por presión de Kruse, ha vuelto a ser asediada por la prensa amarilla, ¿debe Birgitte utilizar una información disponible sobre una conducta indebida de Kruse años atrás?

Cuando Los nuevos demócratas se encuentran estancados, a punto de diluirse en la masa indiferenciada de la oposición, Birgitte se la juega por unas ideas propias, que les den identidad. Ser consecuente no riñe con tener una estrategia para ganar porque de eso se trata la política: influir con lo que se considera lo mejor. Un pequeño partido naciente, con apenas trece escaños en el parlamento, gracias al juego político, puede aspirar a tener de nuevo un primer ministro. Y a ella le gusta “tener ese poder” que permite hacer al día siguiente lo que se pensó hoy. Tal es la oferta del partido del Trabajo, con el cual gobernó antes, en una frágil alianza plagada de traiciones e inestabilidad. ¿Es mejor eso que negociar con los liberales mayor estabilidad? ¿Es mejor que ellos, así estén más lejanos ideológicamente, pongan el primer ministro a cambio de algunos puestos claves y el compromiso de implementar las políticas que más les interesa llevar a cabo? ¿Qué escogerá Birgitte, una líder tenaz, a la vez idealista y pragmática? Vale la pena saberlo, vale la pena ver esta serie que nos muestra cómo se sobrevive en la “selva oscura” de la *realpolitik*. ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las Universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.

UNA ODISEA IRLANDESA

ÁLVARO VÉLEZ

Dublinés, la obra del español Alfonso Zapico (Astiberri Ediciones, Bilbao, 2011), es digna de su título: la historia de un irlandés integrante de una familia venida a menos, sobre todo en lo económico; la presencia permanente de la Iglesia Católica en la vida cotidiana del personaje, de su entorno familiar y de sus amigos; el maltrato al interior del hogar, las diferencias entre padres e hijos y entre hermanos; la tentación constante del pub del vecindario, las pintas de cerveza y ahogar las penas entre caldos de alcohol e historias de amigos y, finalmente, la atmósfera fría, gris, de una Dublín en constante enfrentamiento contra los ingleses para lograr el derecho a su autodeterminación.

Todas esas características conforman el marco de *Dublinés*, un libro que contiene también el tema principal: la vida y obra de James Joyce. Se trata entonces de una biografía, pero en este caso dibujada, de uno de los grandes genios de la literatura: desde su infancia en Dublín, su periplo por varias ciudades como Trieste y París, hasta su muerte en Zúrich (en 1941). Alfonso Zapico se ha valido de varias obras para construir su relato biográfico, pero sobre todo de la biografía escrita por Richard Ellmann (quien

también escribió las biografías de otros dos autores irlandeses: Oscar Wilde y W. B. Yeats).

Con la ayuda de esas obras escritas, Zapico ha construido un relato muy completo sobre James Joyce y nos invita a acompañarlo en sus primeros años y sus estudios en Dublín, para luego ser espectadores de su ida a Trieste, junto con su joven esposa Nora, y presenciar el nacimiento de su primogénito. Presenciar también los pasos del joven escritor hasta convertirse en una figura respetada de la literatura universal, ya casi en el ocaso de su vida. Pero antes vamos a reunirnos con él en los pubs, bares, cafés y tabernas de algunas ciudades de Europa, a escucharlo hablar de todo menos, o muy poco, de literatura y a emborracharnos con él y llegar a casa donde lo espera Nora, que cada vez parece más cansada de este irlandés ebrio... Ignoraremos la Primera Guerra Mundial como Joyce lo hizo en su momento, mientras vivía en Trieste, y unos años después nos vamos a preocupar como muchos, incluido James Joyce, con el ascenso del fascismo en Europa, además de los acontecimientos previos y las primeras incursiones bélicas, de los nacional socialistas, en la Segunda Guerra Mundial.



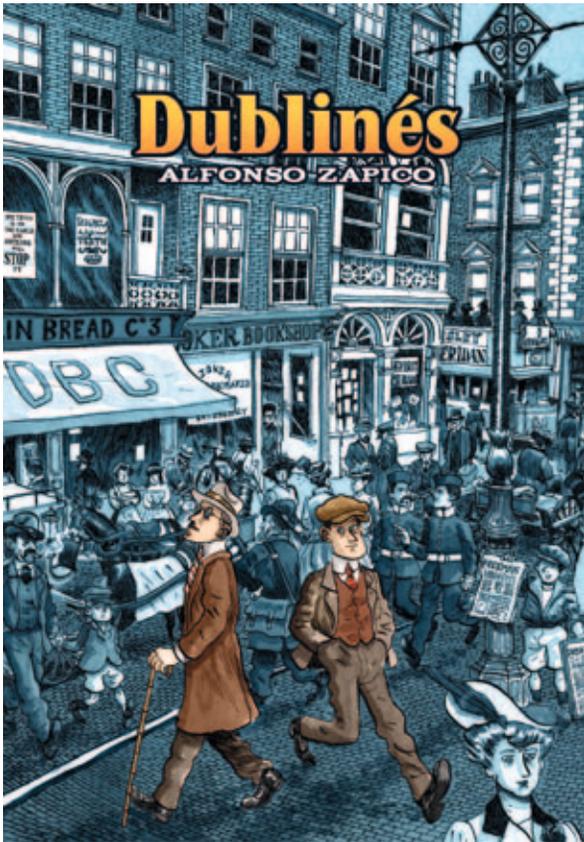
Se trata entonces de una biografía, pero en este caso dibujada, de uno de los grandes genios de la literatura: desde su infancia en Dublín, su periplo por varias ciudades como Trieste y París, hasta su muerte en Zúrich

Vamos a vivir la vida bohemia, pero también literaria, desde el joven Joyce hasta el viejo y sabio irlandés. La relación estrecha, íntima y cordial con su padre, y las distancias con sus hermanos, a excepción de su hermano Stanislaus, quien sostuvo económicamente a Joyce, Nora y los niños durante un buen periodo (dicha relación entre los hermanos recuerda, por momentos, la de otros hermanos casi por esa misma época: Theo y Vincent van Gogh). También presenciaremos la evolución de la obra de Joyce, desde la escritura de reseñas y ensayos en pequeñas revistas, hasta alcanzar el reconocimiento con el *Ulises*, no sin antes sortear una infinidad de obstáculos, casi todos relacionados con la censura impuesta por la supuesta inmoralidad de su obra.

Alfonso Zapico ha recreado, ayudado por el dibujo de la historieta, una obra rica en detalles de las atmósferas, de las arquitecturas de las diferentes ciudades en las que habita la familia Joyce, de los parajes que frecuenta o a los que llega el escritor, de todo el universo de la época y de la Europa en la que él se desenvuelve. Así, con pinceles y aguadas en escalas de

grises, Zapico dibuja toda la gesta del escritor irlandés hasta alcanzar la gloria y el reconocimiento universal.

Pero también esta biografía, como debe ser, nos muestra el profuso mundo literario de la época, uno de los periodos más radiantes en cuanto al arte, la política y la literatura del antiguo continente. Por *Dublinés*, dependiendo del momento y el lugar en que se sitúa la vida de Joyce, van desfilando grandes figuras como Henrik Ibsen, W. B. Yeats, Ezra Pound, H. G. Wells, Bernard Shaw, T. S. Eliot, Virginia Woolf, Paul Valéry, Marcel Proust, Ernest Hemingway, Samuel Beckett, Serguéi Eisenstein, Henri Matisse, André Gide, Le Corbusier e incluso un encuentro fortuito con el gestor de la revolución rusa. El ambiente político de Irlanda no es abandonado por Zapico, con lo cual da a entender el constante interés de Joyce por su patria y, obviamente, la presencia permanente de Irlanda en sus obras: desde las revueltas, los intentos de independencia, la represión inglesa, los grandes personajes políticos y los mártires de la Irlanda que buscan su autodeterminación.



Hay además una serie de anécdotas de la vida del escritor de *Ulises* —muy seguramente tomadas por Zapico de las biografías que leyó de Joyce para documentarse— que, aunque parecen aisladas del relato central de su vida y obra, ayudan a completar las piezas para que el lector tenga una imagen más clara del James Joyce como ser humano, de esos matices que lo hacen un ser terrenal, cercano, de carne y hueso.

Quizá se pueda aducir que *Dublinés* carece un poco de la flexibilidad y dinamismo del lenguaje del cómic, pues el libro completo está construido casi como un relato con ilustraciones más que con viñetas. Es verdad que la obra posee una preponderancia casi absoluta de la voz en off, pero al entender el talante de la obra de Zapico: una biografía, se puede deducir por qué el autor ha optado por darle más protagonismo a un narrador omnipresente que a los bocadillos de los mismos personajes de la narración. Más aún si lo vemos con la perspectiva de otras obras que han hecho algo parecido, como la biografía de Kafka, escrita por David

Zane Mairowitz y dibujada por Robert Crumb, en donde también hay una preponderancia de la voz en off, o incluso en la monumental *Génesis* (del primer libro de la Biblia), dibujada por el mismo Crumb, en donde presenciamos un absolutismo en el narrador omnipresente. Esa característica, aunque un poco rígida, no le resta valor a la obra, pues la narración es fluida, los detallados dibujos son de muy buen pincel y la estructura del guion nos lleva de eventos particulares a circunstancias locales o mundiales, y de ahí a anécdotas divertidas y a provocativos guiños al lector.

A Zapico le ha costado un trabajo enorme construir *Dublinés*, pero el autor también ha contado con importantes ayudas, como la Beca Alhondiga Bilbao, por la que pudo desarrollar el cómic durante un año en La Maison des Auteurs en Angoulême (Francia). Además, Zapico viajó a varios lugares donde vivió James Joyce, para documentarse a la hora de dibujar esa arquitectura y esa atmósfera que tan bien ha recreado en su libro. Finalmente, *Dublinés* es una obra al alcance de todos, una ventana agradable para conocer sobre la vida de Joyce, como dijo el mismo Alfonso Zapico en declaraciones a Radio y Televisión Española:

James Joyce es un personaje fascinante, que tuvo una vida pintoresca y extraordinaria, y mi objetivo no es contar una historia complicada como el *Ulises*, sino recrear su fascinante vida; será una historia que llegará a todo el mundo. **U**

Álvaro Vélez (Colombia)

Historiador y docente de la Universidad de Antioquia. Dibujante y lector asiduo de historietas.

ENMIENDA

Enmienda

A Ides, la abuela

A Ghers, el abuelo

A Iosif, mi papá

Sus silencios conversan en idish con la literatura

ESTHER
FLEISACHER

Erri de Luca, escritor italiano, se ha vuelto presencia en mi biblioteca. En sus novelas cortas descubro una veta variada e intensa. Me gustan especialmente sus libros en los que las voces de niños o jóvenes van llevando la vida; allí priman el transcurrir del tiempo y los detalles que en ocasiones quedan sueltos, esenciales para el peso y la verosimilitud de la historia. No es ninguna de estas novelas la que provoca este escrito, sino *El crimen del soldado* (de Luca, 2015), en la que el narrador es un adulto que empieza el libro en tono autobiográfico y luego da paso a una historia contada en primera persona por una segunda narradora que hace un círculo, para terminar en el principio; entonces entiendo que no es un diario, sino una novela que me concierne al tratarse de un prófugo nazi; una vida perseguida que encierra preguntas y preguntas y la amenaza constante de ser descubierto. Reitera el padre de la narradora, el prófugo: “El crimen del soldado es la derrota”.

Vuelvo al narrador inicial, que crea inquietud y descubre similitudes y guiños con la vida del escritor, como si uno lo cogiera *in fraganti*. Pero son con seguridad autorreferencias puestas a propósito. Este narrador decide tener una relación personal con el idish, lengua que hablaban mi padre y mis abuelos, y afirma: “El idish fue para mí cuestión de amor propio, por ira como respuesta. Un idioma no muere con tal de que una sola persona en el mundo lo mueva entre el paladar y los dientes, lo lea, lo balbucee, lo acompañe con un instrumento de cuerda” (de Luca, 2015: 25-26).

Este mismo narrador, que desaparece en la página 41 de mi edición del libro, nombra a dos escritores que llevan años acompañándome, con quienes he aprendido mucho, sobre todo el amor a la lectura: Isaac Bashevis Singer e Isaak Babel. Acerca de este último afirma: “Lo que dejó escrito me basta para considerarlo el mejor escritor ruso de 1900” (15). Esta aparición inesperada toca mi

memoria y saco de la estantería *Caballería roja* (Babel, 1971), para palpar el libro leído hace años, para hojearlo. Quedo inmersa y vuelvo a leerlo de principio a fin; su escritura me afecta y me conquista de nuevo, produciéndome esa sensación de inabarcable que crea en mí la buena escritura. Babel sabe condensar sentido en una imagen enriqueciendo la acción y el hilo narrativo.

Esta lectura, como las anteriores, me trae a Jotín, que aparece como lugar de paso en dos de sus cuentos (“Berestechko” y “Los ivanes”. Babel, 1971: 129-132 y 167-175); Jotín me lleva al computador, a insistir en una búsqueda iniciada hace muchísimos años, y tengo la gran sorpresa: por primera vez encuentro en el mapa el pueblo donde nació mi padre.

Pienso, entonces, que debo enmendar mi escrito “Jotín”, publicado en 1988. Vuelvo al texto de dos párrafos.

Jotín

De nuevo leo a Babel, contenta de sentir un gusto que perdura, que se renueva. Sus cuentos tiernos, duros e irónicos, cuidadosamente escritos, son una lección de buena escritura. Babel es además un signo, que me trae en dos cuentos el nombre del pueblo donde nació mi padre, Jotín. Siento por primera vez que ese pueblo fronterizo, que nunca he podido encontrar en el mapa, existe. No es un nombre pronunciado sólo en familia.

Babel me trae un destello de realidad, estuvo en Jotín cuando mis abuelos aún vivían allí. Pienso que pudo haber posado su mirada sobre mi abuela, Ides, ignorando que, más de cincuenta años después, la nieta de esa mujer leería en otro idioma sus cuentos. Granos de verdad sobre los hombres me trae Babel y, por primera vez, un punto perdido de mi historia cobra el peso de pertenecer al mundo. Imagino, con ese destello regalado por Babel, un pasado que no tengo a quién preguntar (Fleischer: 1988).

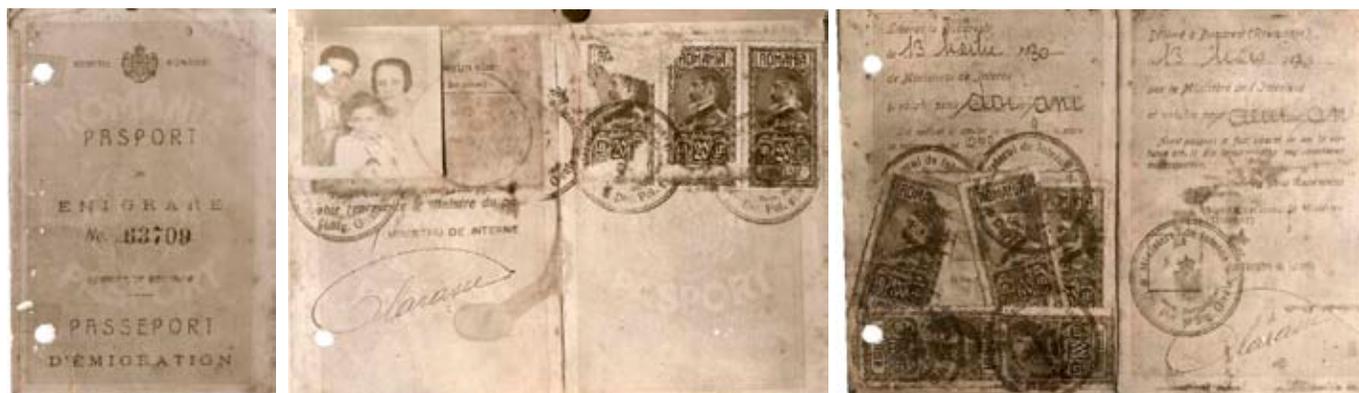
Enmienda, 2016

Por primera vez encuentro en el mapa a Jotín, el lugar donde nació mi padre. En la actualidad pertenece a Ucrania; cuando él salió era Rumania, lo constato en las fotos que conservo de su pasaporte, donde dice Hotín, que es la grafía en rumano.

Trato de seguir el itinerario de Babel y precisar la época en que transitó por la región. El escritor nace en 1884 en Odesa, ciudad en ese momento del Imperio Ruso que pertenece por cortos períodos a la república Soviética de Odesa, a la de Besarabia y a la de Ucrania, pasa luego a integrar la URSS y, desde 1991, al igual que Jotín, hace parte del actual territorio de Ucrania. El escritor, después de su memorable encuentro con Máximo Gorki, pasa siete años “entre el pueblo”, como él mismo lo dice, necesita conocer las cosas a fondo para poder narrarlas. Además de otros trasegares, esto lo lleva a enrolarse en 1917 en el ejército bolchevique que liberaba de terratenientes y comerciantes burgueses las tierras de lo que hoy es Ucrania; Babel pasa por Jotín haciendo parte de esa despiadada hueste.

Inspirado en esas experiencias escribe los relatos de *Caballería roja*: una tropa compuesta en su gran mayoría por militantes cosacos, presencia tan disparatada como la de un intelectual judío. Los principios que regían la vida de estos guerreros pasaban sin pausa del barbarismo a la ternura, al erotismo o a la amistad entrañable, donde los imaginarios que hacían soñar a muchos con la revolución eran traicionados sin conciencia, como se queja sutilmente Jlébnikov en las primeras líneas de la declaración donde se da de baja del Partido Comunista de los bolcheviques en “Historia de un Caballo”: “El partido comunista —decía la declaración—, que ha sido fundado, supongo, para procurar alegría y para establecer una justicia firme e ilimitada, debe tener también en cuenta a los pequeños” (Babel, 1971: 121). Los cosacos, de igual modo, podrían estar luchando en el ejército blanco.

Y aunque no tengo ya a quién preguntar, dado que la línea paterna tuvo el sino de las muertes tempranas por enfermedades del corazón, de Lima, Perú, me llega una memoria



La literatura me permite palpar una realidad que estaba circunscrita a los dichos del ámbito familiar, y crear un trazo allí donde quedó fijada la mirada triste de la abuela, en esa separación de la tierra, los seres queridos y los objetos que acompañaban el día a día, para subirse a un barco que los llevaría a América a aprender el español.

a través de una prima en cuarto grado; mejor dicho, una pariente lejana si lo que conjeturamos es cierto: el apellido, el lugar de procedencia y el cotejo de pasaportes confirman que su abuela y mi abuelo serían hermanos. Esta prima peruana tiene la versión que su abuela le narró: nuestros ascendientes procedentes de Alemania fueron terratenientes en Rusia despojados de sus tierras durante la Revolución Rusa. Sobrepongo indicios y pareciera que en dicho desalojo participó el maltrecho ejército de la caballería roja del que Babel hizo parte, y del cual extrajo el material de sus imperecederos cuentos en los que crueldad, ternura, pasión, desamparo, bondad e ironía pueden ocupar el mismo renglón.

La literatura me permite palpar una realidad que estaba circunscrita a los dichos del ámbito familiar, y crear un trazo allí donde quedó fijada la mirada triste de la abuela, en esa separación de la tierra, los seres queridos y los objetos que acompañaban el día a día, para subirse a un barco que los llevaría a América a aprender el español; también construyo la figura de cuello corto de Babel posando la mirada en una niña judía, Ides, mi abuela, aterrorizada ante una intrusión tan demoledora.

La devastación de la guerra, que narra el escritor, seguramente los empujó en 1930 a dejar

esa vida saqueada por el ejército Rojo y buscar un futuro, quedando a salvo de un infortunio mayor que se tomaría también a Rumania: los tentáculos de la limpieza nazi y sus fábricas de la muerte, a donde años más tarde serían transportados abuelos, hermanos, tíos, primos y amigos de todas las edades que no tuvieron la fuerza para retar al destino.

En este siglo XXI, Babel y mi papá tendrían la misma nacionalidad ucraniana; pero el escritor nace ruso a finales del siglo XIX, y mi papá nace rumano en la segunda década del siglo XX. La literatura, que traza sus propias rutas de parentesco, me permite vincular a mi padre con Erri de Luca, por el idish que nunca aprendí, y con Isaak Babel, por Jotín, que no he visitado. **U**

Esther Fleisacher C. (Colombia)

Narradora, poeta, editora y psicoanalista. Algunas de sus obras son: *Las tres pasas* (1999, cuentos), *Cable a tierra* (libro de poemas, inédito. Ganador en el 2000 en las Becas de Creación del Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura de Medellín), *La flor desfigurada* (2007, cuentos) y *La risa del sol* (2011, novela).

Referencias

- Babel, Isaak (1971). *Caballería roja*, Barcelona: Barral Editores.
De Luca, Erri (2015). *El crimen del soldado*, 2ª ed., Barcelona: Seix Barral.
Fleisacher, Esther (1988). "Jotín". En: *Historias compartidas*, Medellín: Mesa del Silencio.

LIBROS PARA JUZGAR POR LA CUBIERTA

LINA MARÍA
AGUIRRE

Las ferias del libro, por muy reconocidas, estelares o alemanas que sean, no siempre ofrecen al público, tanto lectores como editores, el descubrimiento deseado del gran nuevo escritor o del tema revelación. Así que cuando Peter Mayer, el editor del sello británico Overlook en Estados Unidos (parte del grupo británico Duckworth Publishers) leyó, precisamente en la Feria de Frankfurt de 2005, el manuscrito de *An Incomplete History of The Art of Funerary Violin*, a pesar de tener dudas sobre la precisión histórica de algunos datos, se interesó por el escrito y pensó realmente que podría sacar a la luz la crónica de este arte bastante desconocido del violín funerario, cuyos orígenes se remontaban trescientos años atrás.

Durante tres siglos, violinistas especialistas en acompañar los rituales de los entierros convirtieron su presencia musical en una parte fundamental de los arreglos funerarios en Europa. Crearon un género en sí mismo que surgió, como se explicaba en el manuscrito, a raíz de la Reforma Protestante que, al rechazar la doctrina de intercesión humana en la relación con Dios, dejó un “vacío espiritual” en el cual intervinieron estos violinistas, algunos

tan reconocidos como Bulstrode Whycherly, Pierre Dubuisson y Wilhelm Kleinbach, impregnando las ceremonias del último adiós de miles de personas (sin discriminación de estatus social, atendieron tanto miembros de la realeza como gente del común), con una música que expresaba “tanto la tragedia del espíritu perdido de este mundo para siempre y el ascenso triunfante del alma hacia la eternidad”, según palabras del autor de la investigación, el señor Rohan Kriwaczek, con quien el editor Mayer procedió a solicitar prontamente una reunión personal.

Uno de los atractivos de la historia es que el autor hacía, además del rol de historiador, el de guardián de la tradición en riesgo ya de desaparición. Las sociedades formadas por estos violinistas habían conseguido resistir las feroces Grandes Purgas Funerarias de los años 1830-1840 organizadas por la iglesia católica, que desaprobaba su intervención en los entierros y su creciente popularidad, pero las hostilidades habían continuado hasta obligarles prácticamente a operar de forma clandestina. Grupos extremistas, católicos básicamente, los tenían arrinconados en el olvido para comienzos del siglo XXI.

La reunión se efectuó en Londres la semana después de la feria. Según Mayer, el autor acudió a la cita, “supremamente serio, con su violín”. Respondió las muchas preguntas del editor sobre el pasado y la situación presente de quienes todavía practicaban el arte, aunque dejó otras sin contestar arguyendo que no podía “porque es una sociedad secreta y está extinguiéndose”. Finalmente, Mayer compró el libro por \$1800 dólares y Overlook lo publicó en enero de 2007, con sus 208 páginas que incluían fotografías en blanco y negro, poemas y otros documentos sobre la sociedad, incluso con partituras de algunas melodías propias del ritual en cuestión.

Mientras tanto, en Iowa, Estados Unidos, un especialista encargado de compras en la librería Prairie Lights, Paul Ingram, resolvió contactar a David Schoenbaum, experto en la historia del violín, cuando vio anunciado el nuevo título en el catálogo de Overlook. Ambos empezaron a acumular dudas sobre la veracidad de la historia. Las búsquedas en línea y en bases de datos arrojaban muy pocos resultados, y entre ellos, una página en la red social MySpace, una entrada borrada en Wikipedia y un enlace a un sitio web, pero era el del mismo Kriwaczek, el autor del libro. En este sitio también había información de cómo él, presidente encargado de la Sociedad, había ganado el premio “Toda una vida” por parte de la Federación Internacional de Organizadores de Funerales. En sus notas biográficas, aparecía también su graduación en la Royal Academy of Music de Londres, en 1974, y un canal de contacto para comprar un CD de música y contratar un violinista funerario “genuino”.

Schoenbaum, sin embargo, no estaba en absoluto convencido de esta historia. Menos incluso de los llamados “duelos funerarios” en tiempos napoleónicos que relataba el libro, en los cuales supuestamente se enfrentaban dos violinistas rivales para interpretar de la forma más trágica un fragmento de melodía

que hubiese dejado el difunto en su testamento, y se declaraba como ganador del duelo a quien lograrse provocar más lágrimas entre los asistentes.

El experto remitió el caso al *New York Times*, para el cual escribe algunas críticas musicales. Cuando salió el libro en Londres, fue rápidamente desacreditado. Se supo que Kriwaczek había intentado antes publicar un artículo sobre el tema en *The Strad*, una reconocida revista sobre instrumentos de cuerda, con cuyos editores sostuvo varias comunicaciones, durante las cuales suministró pretendidas pruebas de su historia: fotocopias de artículos de periódicos británicos poco conocidos del siglo XVIII y una carta dirigida a un antiguo violinista funerario en un facsímil que presentaba sospechosas manchas de té. Sin embargo, los editores de *The Strad* habían decidido en el último momento rechazar el artículo y después se supo que el autor había reconocido ante ellos, en un correo electrónico, que todo era invención.

Sí, la historia era falsa. Sin embargo, parecía que el autor había hecho un deliberado intento por ser descubierto. Era poco probable que verdaderos expertos en el tema no se dieran cuenta rápidamente de la farsa y, entre otras cosas, la foto de uno de los supuestos violinistas era sorprendentemente parecida a la del autor. El caso parecía ser más un ejercicio “excéntrico de historia alternativa, una broma posmoderna, una meditación sobre la negación moderna de la muerte en Occidente, un estudio del rol de la clase social en el desarrollo de un ritual social, o una astuta indagación en cuanto a ignorancia histórica”, escribía el crítico Tim Howard en el *Sydney Morning Herald* de Australia, en donde el libro salió a la venta por \$29.95 dólares. El tono seco, a veces sardónico, la excesiva preocupación por los detalles y el lenguaje pseudoacadémico, con toques de humor, hacía del libro también un ingenioso trabajo de ficción. “Un engaño brillante, brillante”, concedía como una posibilidad el editor Mayer

a Julie Bosman del *New York Times* cuando el periódico investigó sobre el caso.

A pesar del fraude descubierto, diez años después esta historia de los violinistas funerarios que no existieron ocupa un lugar de privilegio en el *Weird Book Room*, un portal del sitio web de la asociación internacional de librerías Abebooks, en el cual es posible encontrar títulos con las portadas más implausibles, los manuales más detallados para los pasatiempos más infrecuentes y títulos que suenan como una sospechosa, y no siempre bien lograda, contradicción.

Está, por ejemplo, *Be Bold with Bananas*, un libro de 1970 que, bajo el título de “Ser fuerte con los bananos”, arruina para siempre la idea de un fruto amarillo, tierno y fresco, reemplazándola con la de trozos amontonados y quemados, y pasada la portada, se pone peor. Fotografía tipo comida de plástico adorna textos que sugieren extraños usos de la inocente fruta en la cocina y en otros lugares de la casa.

El genial Benjamin Franklin, inventor, editor y conecedor de los vericuetos de la política y la diplomacia, era también un hombre interesado en otros aspectos más mundanos de la vida. En una ocasión, decidió escribir una respuesta inesperada a una llamada de la Real Academia de Bruselas en la cual le solicitaban artículos científicos. Franklin pensaba que las sociedades académicas europeas estaban volviéndose muy pretenciosas con asuntos teóricos y descuidadas con lo práctico, así que preparó un ensayo sobre un tema ciertamente ordinario: la flatulencia humana. En su carta, argumentaba en pro de la investigación y el razonamiento acerca de cómo mejorar el olor de los gases que inevitablemente eran producidos en los intestinos y que, cuando eran expelidos en público, causaban tal “ofensa grave” con la compañía pero que, de no hacerlo, el individuo restringía indebidamente un esfuerzo natural. Era necesario permitir que las personas pudieran descargar tales “aires” (*farts* en inglés) sin vergüenza. Este ensayo, que él finalmente no envió a la academia pero sí a su amigo el filósofo galés Richard Price, nunca aparece en las antologías clásicas pero está incluido en el libro *Fart Proudly: Writings of*

Benjamin Franklin You Never Read in School, dedicado a los textos satíricos, obscenos, bastante descorteses de quien fuera uno de los padres fundadores de los Estados Unidos de América.

En estanterías de Nueva Zelanda es donde se consiguen antologías de uno de los poetas del país, Arthur Rex Dugard Fairburn, quien en su obra combinaba crítica, algo de sátira en la escritura y una debilidad por los poetas de la era georgiana, ya pasados de moda para su tiempo en la primera mitad del siglo xx. Entre sus obras, los versos bajo el título *The Disadvantages of Being Dead*, acerca de las desventajas de estar muerto, que no son las que parecieran. En un momento en el cual la radio era el medio de comunicación de creciente penetración, “ARD”, como se le conoce, temía que un tal Ernest Fisk, dueño de la compañía conjunta de cadenas de radio, creara una manera de comunicarse con los muertos, llenando el silencio de las tumbas con noticias y frivolidades de la vida terrenal. Así que la desventaja de estar muertos era que los fallecidos, esperando tener la paz final, se encontrarían en cambio con una especie de infierno radiotransmitido.

También con el tema de la muerte vale la pena destacar los esfuerzos del señor Dale Power, dedicado carpintero y autor del título *Fancy Coffins to Make Yourself*, una ayuda incomparable para quienes quieren anticiparse, con tiempo y estilo, al momento crítico en el cual será necesario disponer de un buen ataúd. Power explica paso a paso cómo hacer uno mismo ataúdes bonitos, las opciones de decoración interior y exterior con sus correspondientes explicaciones y, para más ilustración, 230 fotografías en color. Quienes se preguntan cómo es que se hacen los forros interiores, encontrarán respuesta satisfactoria aquí, así como varias ideas para diseños de las tapas.

Es posible que nadie visite a su dentista de la misma manera después de leer *Managing a Dental Practice the Genghis Khan Way*, un libro de Michael R. Young, dentista que “sabe de qué se trata esto, ha cometido errores y ha aprendido cómo dirigir un consultorio exitoso”. El autor combina consejos sobre finanzas, comunicación y trato de pacientes con la inspiración en el líder mongol. No porque se sepa algo de su

Diez años después esta historia de los violinistas funerarios que no existieron ocupa un lugar de privilegio en el Weird Book Room, un portal del sitio web de la asociación internacional de libreros Abebooks, en el cual es posible encontrar títulos con las portadas más implausibles, los manuales más detallados para los pasatiempos más infrecuentes y títulos que suenan como una sospechosa, y no siempre bien lograda, contradicción.

dentadura, sino porque para Young es el modelo a seguir cuando alguien quiera construir un imperio, así sea a punta de molares o cordales. Es inevitable preguntarse si en su práctica el dentista recurre a castigos ejemplares del estilo de mando Genghis Khan, pero él deja este punto sin aclarar.

“Pero las hay”..., y el señor Reginald Bakeley está dispuesto a enfrentarlas, a ellas y a toda su parentela. No, no a las brujas, sino a las hadas. Con toda seriedad, el autor de *Goblinproofing One's Chicken Coop* explica cómo blindar los gallineros, el jardín, la habitación de dormir y en general el espacio vital, de la presencia de hadas, duendes, enanos y criaturas similares. Con la ayuda de Bakeley, será posible identificar, perseguir, defenderse y destruir finalmente tales criaturas que acechan, según la editorial Conari Press, “en las esquinas oscuras y fisuras” del mundo. Al recibir el premio como el libro más raro del año en 2013, el editor Clint Marsh confirmó la decidida consigna que comparte con el autor: “nuestra campaña contra el reino de las hadas continúa”.

Algunos lo tacharían de estar invocando la desgracia, pero realmente el autor Donald Rogers era, ante todo, previsor. En su libro *Teach Your Wife to Be a Widow*, recoge su propia experiencia como el hombre de la casa y administrador de los bienes, y quien ve la necesidad de enseñar a su esposa cómo sustituirle en todas esas labores cuando, en fin, él falte y ella se convierta en viuda. Con paciencia y didáctica, Rogers explica una a una las cosas relacionadas con seguros, inversiones, propiedad raíz e impuestos. Hablándoles a sus lectores, el autor les advierte que quizá sus esposas ya administran más de estos asuntos de los que se les reconoce, pero “¿saben todo lo que deberían, y

realmente saben suficientemente para tomar el mando?”. Era el año 1953.

A juzgar por lo que se ve en la red, los gatos son un tema inagotable de imágenes y memes. Pero entre tanto maullido en línea, muchos dueños de los felinos domésticos no saben nada de Frank Manolson, un autor que en el año 1970 decidió sentarse y escribir un tomo titulado *My Cat's in Love or, How to Survive Your Feline's Sex Life, Pregnancy and Kitting*. Una colección de explicaciones y consejos para prepararse ante el momento en el cual el gato de casa abandona el sofá y se larga callejón abajo a buscarse la vida y, si es gata, regresa para convertir la sala en zona de partos.

La muerte es inevitable, pero ¿la vejez también? No necesariamente, según el señor Sanford Bennett, quien alcanzó cierta celebridad entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Nacido en 1841, empezó a los cincuenta años a padecer una serie de enfermedades crónicas que fueron afectándolo progresivamente. A todo esto se sumaron numerosas arrugas, que no le gustaban. Luego de probar diversos tratamientos médicos convencionales, un día decidió ensayar otras fórmulas de cuidado físico y diseñó un plan de 35 ejercicios para hacer en la cama antes de levantarse. Publicó esta guía en 1907. Posteriormente refinó su técnica hasta que en 1912 publicó su libro principal: *Old Age: Its Cause & Prevention*, en el cual explicaba las causas de la vejez (minerales acumulados en los tejidos del cuerpo) y cómo prevenirla (haciendo sus ejercicios). Desafortunadamente, a los 85 años murió en un accidente, cuando apenas quince años atrás se decía de él que “se estaba volviendo joven”.

Este libro se puede juntar con otro contemporáneo: *Exercises for Gentlemen: 50 Exercises to*

Do With Your Suit On, un clásico de 1908 dedicado a aquellos caballeros de saco y corbata que, atrapados en sus oficinas, no tenían ocasión de ejercitar apropiadamente sus músculos. Todos ellos, en la cabeza, tronco y extremidades. El libro original, reeditado en 2010, incluía ya un generoso contenido de ilustraciones que da gusto repasar, además de consejos contra la obesidad, aunque en el libro no aparece esta palabra (el término usado es “over-robustness”). Y para combatir la sobre-robustez, recomienda una dieta conocida en 1898, de un Mr. Fletcher, quien promovía su técnica de “Fletchrising”: masticar y masticar y masticar la comida hasta que se convirtiera completamente en líquido. A esto sumaba otras prácticas con sales, baños y enemas. Pero sin tener que llegar a tales extremos, baste decir que los ejercicios para hacer con el traje puesto pueden interesar también a los oficinistas del siglo XXI.

Es cierto que cada año literario está marcado internacionalmente por festivales y premios importantes. Pero vale la pena decirlo de una vez, para tener una idea completa de cómo van las letras del mundo: el galardón que no se puede perder de vista es el Diagram Prize for Oddest Title of the Year. Creado en 1978, originalmente se otorgaba a los libros con los títulos más raros de la Feria de Frankfurt, pero luego expandió su cobertura. Es una idea del Diagram Group, una compañía de comunicación y diseño, y *The Bookseller*, la revista del gremio editorial británico.

El título ganador en 2016 fue *Too Naked for the Nazis*, literalmente “Demasiado desnudos para los nazis”, de Alan Stafford, que no queda mal en una galería en la cual han sido distinguidos títulos como *People Who Don't Know They're Dead* [“Gente que no sabe que está muerta: cómo se pegan a la gente que pasa por ahí y qué hacer al respecto”], *If You Want Closure in Your Relationship, Start with Your Legs* [“Si usted quiere cerrar definitivamente su relación, empiece por sus piernas”]; *Reusing Old Graves: A Report on Popular British Attitudes* [“Reusando viejas tumbas: un informe sobre actitudes populares británicas”], y *Oral Sadism and the Vegetarian Personality* [“Sadismo oral y la personalidad vegetariana”].

Por último, y para terror de los prósperos cirujanos plásticos, está el descriptivo *Natural Bust Enlargement with Total Power: How to Increase the Other 90% of Your Mind to Increase the Size of Your Breasts*, sobre cómo incrementar el tamaño del busto usando solamente poder mental. De supuestos violinistas que tocan entre lápidas hasta mujeres muy concentradas en aumentar sus pechos y “el otro 90 por ciento de su mente”, el papel y la imaginación a veces pueden con todo. ■

Lina María Aguirre Jaramillo (Colombia)

Doctora en literatura y periodista. Docente de la Universidad Pontificia Bolivariana. Investiga sobre temas relacionados con literatura, arte, la narrativa de viajes, ciencia y la relación internet-sociedad. Escribe para distintos medios en Colombia y España.

Referencias principales

Todas las referencias disponibles en línea fueron consultadas por última vez el 15 septiembre de 2016.

Abebooks. Weird Book Room. [http://www.abebooks.com/books/weird/Bosman, J \(2006\). British Author Espies a Funerary Violin Vacuum and So Fills It. Nueva York: The New York Times. http://www.nytimes.com/2006/10/04/books/04viol.html?_r=0](http://www.abebooks.com/books/weird/Bosman, J (2006). British Author Espies a Funerary Violin Vacuum and So Fills It. Nueva York: The New York Times. http://www.nytimes.com/2006/10/04/books/04viol.html?_r=0).

Howard, T (2007). *The great tradition of tear-jerking funeral music has been resurrected. Or has it?* Melbourne: The Sydney Morning Herald. <http://www.smh.com.au/news/book-reviews/an-incomplete-history-of-the-art-of-funerary-violin/2007/04/18/1176696877054.html>

Kriwackzek, R (2006). *An Incomplete History of the Art of Funerary Violin*. Londres: Duckworth Overlook.

The Packard Humanities Institute. The Papers of Benjamin Franklin. <http://franklinpapers.org/franklin/>

En el artículo *Sobre el cortejo en el siglo XXI, ¿Cortejo?*, de Lina María Aguirre, publicado en la Revista 325, los créditos de las imágenes de la página 27 son:

Imagen 1. *Courtship*. Tomada del artículo *Introduction: Sex, Courtship and Marriage in Victorian Literature and Culture*, de Charlotte Mathieson, en: *Victorian Network*, Vol. 4, No. 2 de 2012.

Imagen 2. Alain Pilon, para el artículo *Work it, Is dating worth the effort?* de Alexandra Schwartz. *The New Yorker*, Mayo 23 de 2016.

POETA EN NEW YORK

IVÁN DARÍO UPEGUI

Esa tarde del mes de julio de 1929, Federico García Lorca caminó por Riverside Drive en medio de la multitud, la mayoría albañiles que laboraban en los rasca-cielos de la gran manzana. Venía de la Universidad de Columbia, donde dictaba unas conferencias y recibía clases de inglés, pero se sentía solo y frustrado y no veía mayor adelanto en el aprendizaje del idioma. Pronto se adentró por Broadway y logró ver a un grupo de judíos vestidos con sus levitas negras, la barba y el pelo rizado, la tradicional kipá coronando la cabeza, hacían una pausa para ir a la sinagoga. Nueva York era una ciudad que se proyectaba al cielo, convulsionada, pletórica de ruido. En los bares y cafés de las grandes avenidas se reunían los hombres de negocios. En las calles se veía una ola de inmigrantes de diversas razas, fundidas en la búsqueda del sueño americano. Federico había llegado a la ciudad proveniente de una España rústica a la que había cantado en poemas de color local, una España que muere a las cinco de la tarde

Nueva York, maestro,
me recuerda su
poesía, en ciertos
momentos una larga
enumeración caótica,
pero con un sentido
único de lo que es la
urbe contemporánea,
aquella que se
reinventa todos
los días.

cuando los toros caen en la arena y la sangre mana a borbotones en los ruedos de las plazas; una España de gitanos que se adormece bajo una luna de plata entre sembrados de olivo y parra.

Esa tarde fue a un cafecito donde solía reunirse con sus amigos Federico de Onís y Ángel del Río, profesores de español y literatura española en la universidad. Tan pronto entró en el lugar notó una presencia inusual: un hombre viejo, de barba blanca y sombrero texano, se encontraba sentado a una mesa en un rincón del salón. El mesero, un negro de Harlem con quien el poeta había trabado amistad, le dijo: “El señor Walter lo está esperando”.

Se estrecharon en un fuerte abrazo. Federico sintió un aroma a jardines florecidos, una fragancia natural que emanaba de los cabellos y barbas abundantes del viejo. Era más alto que él, robusto. Tenía unos ojos cristalinos de una belleza resplandeciente.

—Vengo de Camden —dijo—, ya casi no salgo de casa, pero me enteré de que usted se encontraba en Nueva York. Siéntese, Federico. ¿Le provoca tomar un café?

—Me vendría mejor una cerveza, hace mucho calor.

—El verano en esta ciudad es aterrador, aunque a mí me gusta más que el frío del invierno. Bueno, cuénteme, cómo le fue en el viaje.

—Fue un viaje largo —dijo Federico—; salimos de París en tren a Calais, cruzamos el Canal de la Mancha hacia Dover y de allí fuimos a Londres. Luego nos embarcamos en Southampton, en el Olympic; la travesía duró seis días.

—Y dígame, ¿cómo le ha parecido Nueva York?

—Yo vengo de una España muy rural —dijo Federico—, también muy hostil. En cambio Nueva York refulge en el acero, las máquinas y los altos edificios. Creo que es una ciudad que resume el mundo; aquí se reúnen todas las angustias, los clamores, las injusticias de un tiempo que agoniza. Nueva York, maestro, me recuerda su poesía, en ciertos momentos una larga enumeración caótica, pero con un sentido único de lo que es la urbe contemporánea, aquella que se reinventa todos los días. Tiene paisajes inspiradores, ríos, puentes, rascacielos, múltiples razas, religiones y cementerios, y nos da la idea de que el planeta entero pasa por sus calles; tiene el insomnio de sus noches embriagadoras, el silencio de los que evocan su terruño, las albas tristes de los que sueñan con pasión; los marineros de los puertos y los transatlánticos; la fauna y flora que muere para alimentar sus multitudes; la soledad de las oficinas en las noches vacías; las ratas grises que brotan de las alcantarillas, en fin, maestro, y todo lo que usted ha cantado en sus versos.

—Veo que en el breve tiempo de su estadía ya tiene una idea muy clara de lo que es esta ciudad, pero lo veo un poco triste. Cuénteme, qué le pasa.

—Es por Emilio —dijo Federico—, me ha roto el corazón.

—¿Se refiere al joven escultor? No se preocupe, ya le pasará. Yo también lo he vivido en carne propia, muchas veces. Pero veámosle el lado bueno al asunto, a causa de ese amor contrariado usted está hoy aquí, en Nueva York.

—Ya me había pasado con Dalí —dijo Federico—, en las residencias para estudiantes de Madrid; los artistas me atraen

profundamente. Él me criticó con dureza, me dijo que no perdiera el tiempo con imágenes pintorescas y me invitó a escribir poemas surrealistas. Luego se alió con Luis Buñuel, el cineasta, se hicieron muy buenos amigos. Nunca les voy a perdonar el título de esa película: *Un perro andaluz*.

—No creo que deba usted cambiar los temas de su obra, no se deje llevar por las modas, siga cantando a los gitanos, a los toros, los caballos y la luna como lo ha hecho hasta ahora, si no nadie va a creer que son sus poemas.

—No me veo haciendo esa poesía en Nueva York, maestro.

—Nueva York es todo y es de todos, Federico, aun de los gitanos.

—A mí me gusta en cambio su forma de ver la vida, su canto, la vastedad de la hierba que cubre la tierra en sus poemas.

—Uno tiene que buscar un símbolo, creo que usted lo ha hecho con Andalucía. Usted, Federico, sigue siendo un poeta popular, su poesía es el producto de su tierra y su gente.

El mesero llegó con el servicio. Era un hombre corpulento, casi montaraz, aunque el grueso de su musculatura contrastaba con la delicadeza de los movimientos de sus manos. Lentamente depositó el vaso de cerveza fría y la taza de café en la mesa. Federico, sediento, apuró varios tragos, mientras Walter sorbía la bebida caliente. De pronto sus miradas se cruzaron: los ojos negros y profundos del uno con los claros y brillantes del otro.

—Quiero alejarme de eso —dijo Federico—, hablar de mis sensaciones y sueños es lo que deseo trabajar aquí. Además, me da miedo repetirme.

—Uno no escribe sino un solo libro —dijo el viejo—. Verá, cuando publiqué por primera vez *Hojas de hierba*, por allá en 1855, pensé que, en lo sucesivo, iba a escribir otras cosas; sin embargo, lo único que he hecho después es revisar y volver a publicar esa obra, la he modificado tantas veces que ya no es la misma, ahora se me antoja un poco pretenciosa. Es curioso, cuando escribí el libro hice una larga parrafada introductoria, que decía así: “Walt Whitman, americano, uno de los duros, un cosmos, desordenado, carnal y sensual, no sentimental,

no por encima de hombres o mujeres o aparte de ellos, no más modesto que inmodesto”. A Emerson le gustó mucho el libro y escribió un largo ensayo sobre él.

—Le confieso algo, maestro: siempre que pensaba en Norteamérica, pensaba en usted, en su poesía, ese torrente de vida que lo abarca todo; su poesía es tan vasta como este país. Es unánime, undívaga, objetiva, subjetiva. Sí, su poesía es como una esfera que rota sobre sí misma y siempre vuelve al mismo punto. Creo que eso lo aprendí de usted. Mis romances, mis cantos (el cante jondo), mis obras de teatro, todas, todos, vuelven a lo mismo, y el gitanillo es el negro o el indio o el inmigrante sudamericano, la misma minoría a la que usted se refiere, los mismos desposeídos, los pobres, los huérfanos. Porque somos uno solo. Por eso canto aquí, en Nueva York, a lo que usted cantó: “La deleitosa soledad, ya en medio del bullicio callejero, ya en la inmensidad de los campos y en las laderas de los montes”. Ah, y a la muerte.

—La muerte y la guerra, usted tiene razón, Federico, fueron tiempos muy difíciles, como enfermero estuve cerca de todo eso. Después fui perseguido como poeta, este país no estaba preparado para mi poesía. Decían que era obscena.

—Usted dijo que la vida es lo poco que nos sobra de la muerte.

—Sí, lo dije en un momento de euforia, porque la sentía muy cerca. Usted sabe, la tuberculosis afectó mis pulmones. Pero, cambiando de tema, quiero decirle una cosa: usted y yo no tenemos la culpa de ser lo que somos.

Federico permaneció en silencio durante un momento. Siempre había imaginado que un encuentro con el maestro tendría necesariamente que conducir a este tema. Era una complicidad que compartían y que ambos, más el viejo, habían llevado a su poesía.

—Estoy de acuerdo, maestro, la culpa es de la vida. Así se lo he dejado saber a mis padres. Les envié una carta cuando vine a Norteamérica. Pero le confieso que a mí no me gustan los maricas. A mí me atrae profundamente la virilidad de los hombres. Más que el amor que se vende, me gusta la pureza, lo demás me inspira asco.

Ya comenzaba a caer la tarde. El sol todavía lanzaba los últimos destellos por entre los altos edificios de Manhattan, los empleados abandonaban las oficinas; a lo lejos, en el río, los ferrys marchaban hacia Brooklyn y Long Island. Federico recordó un fragmento del poema de Whitman: “Quédate conmigo este día y esta noche y poseerás el origen de todos los poemas, poseerás lo bueno de la tierra y del sol... aún quedan millones de soles”.

—Debo regresar —dijo el viejo—, en Camden me esperan un gato, un perro, dos tortugas, un canario y Mary, el ama de llaves.

Estaban muy cerca el uno del otro. Federico fijaba ahora su mirada en las manos arrugadas del viejo; no obstante, le parecían bellas, con las venas azules y brotadas y los dedos de tipógrafo, las uñas un poco descuidadas, los brazos velludos, nervudos; ah, y la barba luminosa, densa y revolcada, parecía una nube colmada de mariposas.

—¿Puedo darle un beso?

—Nada quisiera más, Federico, pero creo que no va a ser posible.

—¿Por qué?

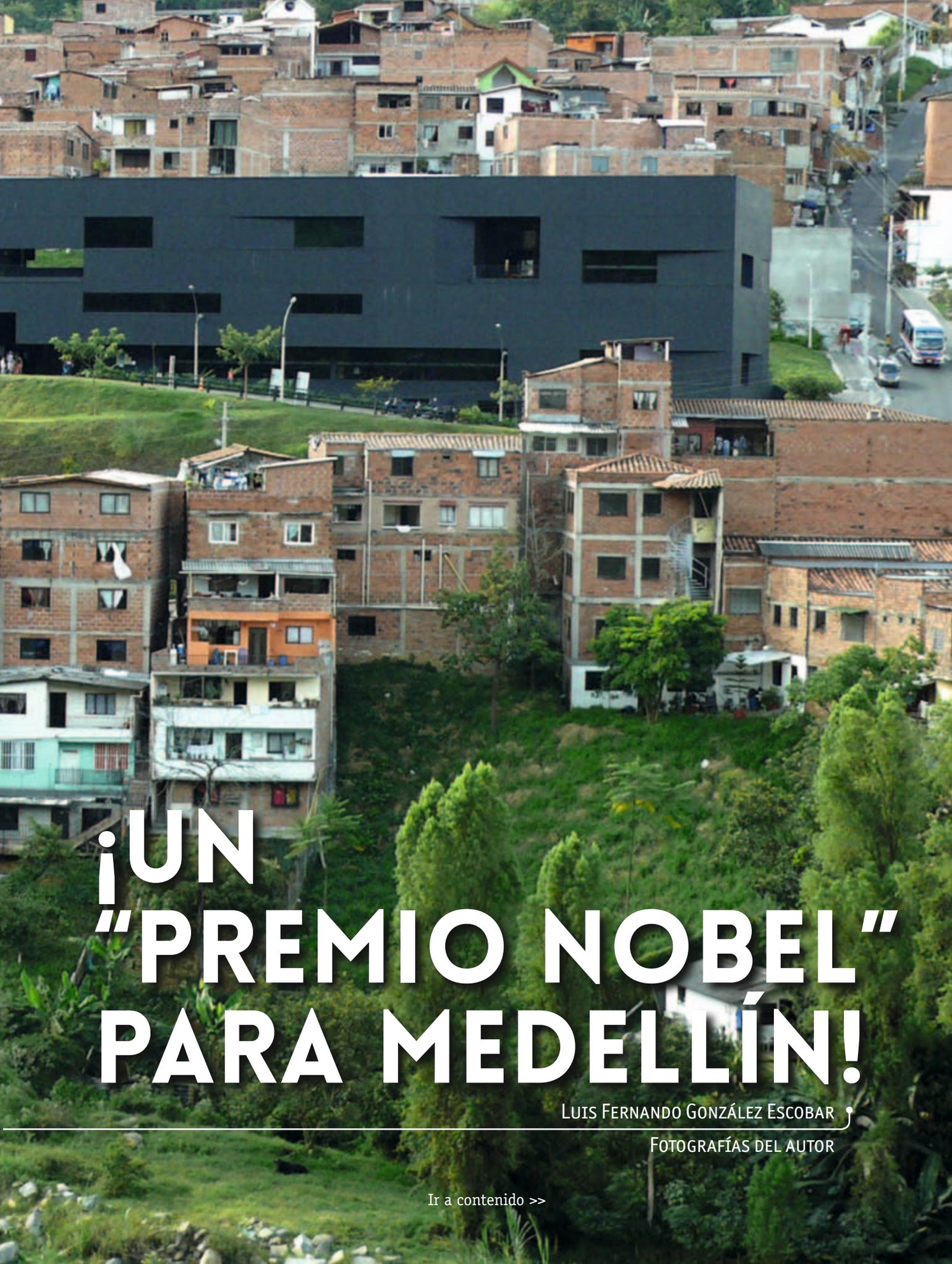
—Porque estoy muerto, usted lo sabe. Y esto no es más que un sueño. ■

Iván Darío Upegui (Colombia)

Medellín 1960. Ha publicado *Atardecer en las Vegas* (2008), *De escritores y gentes del común* (2010), *La noche antigua* (2014). Actualmente escribe aforismos, crónicas, ensayos y relatos en su página web *Miscelánea alfabética*, en la dirección electrónica ivandarioupegui.com. Además, fue el fundador del proyecto editorial *Palabras Rodantes*, del Metro de Medellín, empresa para la que ha trabajado durante los últimos quince años.



Biblioteca Fernando Botero en el corregimiento de San Cristóbal, vista desde la vía de aproximación al Túnel de Occidente. Cercana a la quebrada La Iguaná y a varios sectores de invasión sobre este afluente del río Medellín.



¡UN "PREMIO NOBEL" PARA MEDELLÍN!

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ ESCOBAR

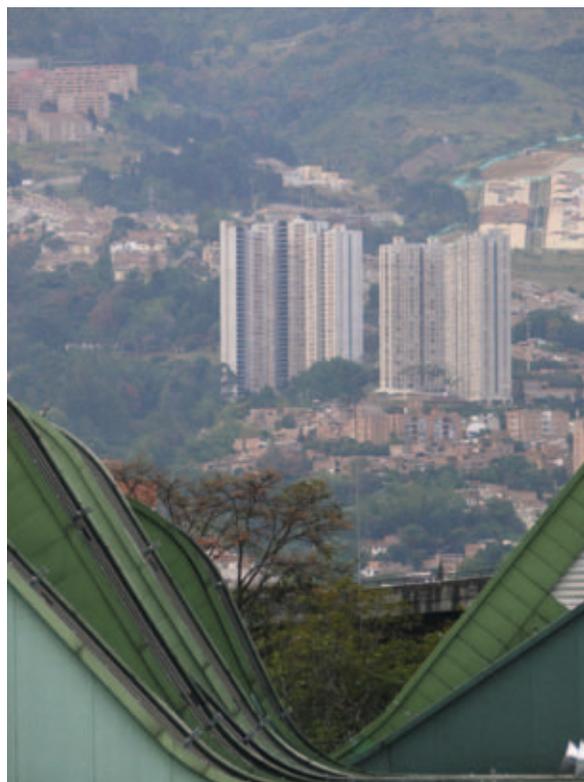
FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR

[Ir a contenido >>](#)

Son de esas noticias maravillosas. Llegan de pronto. Nos ponen orgullosos y eufóricos. Generan un ambiente de optimismo. Las campanas a rebato —metáfora parroquial en tiempos de Facebook y Twitter— porque Medellín ganó el “Premio Nobel de Urbanismo”, el cual le fue entregado al vigente alcalde municipal el 11 de julio de 2016. Fue en la Cumbre Mundial de Ciudades, realizada en la lejana Singapur, capital de un pequeño país insular en el extremo de la península de Malasia, sobre el estrecho del mismo nombre. La lejanía del país de la cumbre y su aire exótico hacen que el premio también sea algo remoto y en las brumas míticas del reino del encantamiento.

¿El Nobel del Urbanismo? Se preguntan algunos despistados y maledicentes a quienes los toma por sorpresa tamaña noticia. En realidad se trata del *Lee Kuan Yew World City Prize*, patrocinado por la empresa Képpel Corporation. Un premio creado en homenaje a un primer ministro, Lee Kuan Yew, considerado el padre de la Singapur moderna y el gran responsable de que esta pequeña república se convirtiera en un poderoso centro financiero mundial. Pero, fundamentalmente, por haber contribuido a convertirlo en una especie de jardín limpio y verde; pues, como dicen los organizadores, bajo su dirección se adoptaron políticas de transporte y ambientales, el uso estratégico del suelo y otros programas que ayudaron a convertirla en una ciudad habitable con un entorno de calidad, junto con un rápido crecimiento económico.¹ Ese hecho es fundamental: crecimiento económico y sostenibilidad, principios que guían tanto al premio como al evento.

La entrega del premio hace parte de la programación de la Cumbre Mundial de Ciudades (WCS),² un megaevento promovido y organizado por dos entidades estatales de Singapur: la Autoridad de Redesarrollo Urbano de Singapur (URA) y el Centro para Ciudades Habitables (CLC), que, luego de su creación, recibió el beneplácito de ONU-Hábitat, es decir, el Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos. Aparte de la entrega del premio, con las conferencias y el foro alrededor del mismo se reúnen tres grandes eventos: el Foro de Alcaldes propiamente dicho, el *Singapore International*

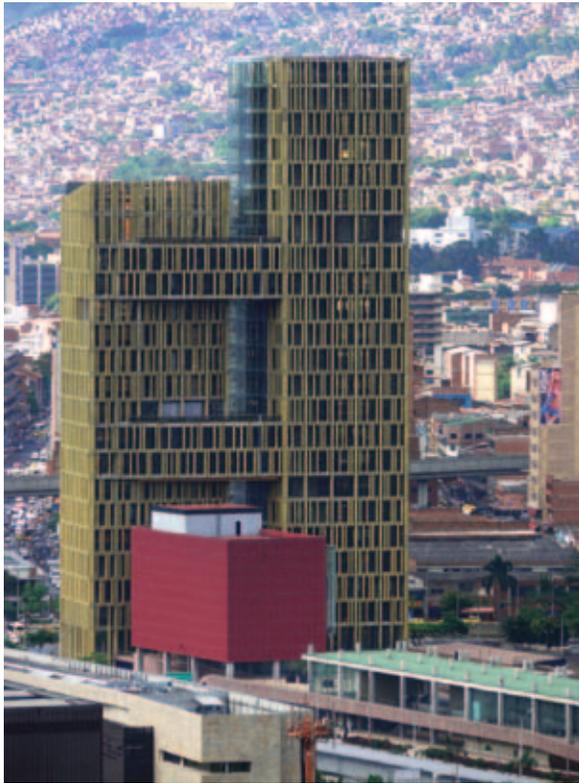


Cubierta del coliseo Iván de Bedout, que enmarca el crecimiento urbano en altura sobre los barrios en las laderas de Robledo, al noroccidente de la ciudad.

Water Week (SIWW) y el *Clean Enviro Summit Singapore* (CESS).

El evento parte de un diagnóstico del presente urbano, construido con un discurso que alude al deterioro del medio ambiente, el malestar social y el estancamiento económico. Para cambiar ese estado de cosas y para tener el deseado futuro urbano sostenible, se deben plantear ciudades innovadoras, nuevas economías y aplicación tecnológica.

Con ese discurso tan benevolente, uno se pregunta: ¿Qué hacen los presidentes de grandes multinacionales como la Nestlé, de empresas petroleras y gasíferas como la anglo-holandesa Royal Dutch Shell, o de multinacionales francesas como la Engie, especializada en temas de electricidad, distribución de gas y energías renovables, participando en la plenaria inaugural del evento en medio de ministros, alcaldes, presidentes de fundaciones y funcionarios de las Naciones Unidas? Los títulos de las dos plenarios inaugurales que presiden estos personajes, “Liderazgo y gobernanza” y “Asociaciones y colaboración”,



Edificio Plaza de La Libertad, en el sector de La Alpujarra, desde el Cerro Nutibara. Al fondo, barrios de la parte nororiental de la ciudad.

El evento parte de un diagnóstico del presente urbano, construido con un discurso que alude al deterioro del medio ambiente, el malestar social y el estancamiento económico. Para cambiar ese estado de cosas y para tener el deseado futuro urbano sostenible, se deben plantear ciudades innovadoras, nuevas economías y aplicación tecnológica.

expresan claramente la idea de lo que les interesa de este evento a políticos y empresarios. Son temas que permiten vender, establecer alianzas público-privadas e imponer a la agenda pública los intereses del capital mundial.

También retoman estos temas eventos como el famoso Foro de Alcaldes, donde se encuentran los administradores de las principales ciudades con los líderes industriales y económicos del mundo, para discutir sobre las problemáticas urbanas urgentes y compartir las mejores prácticas. Todo esto bajo la premisa de que este intercambio de experiencias contribuirá a soluciones urbanas integradas y al desarrollo económico, bajo parámetros de “resiliencia económica y ambiental” que, supuestamente, estarán al servicio de mejorar la calidad de vida de las comunidades urbanas. Como muchos eventos similares, dicho encuentro termina con una declaración final previamente elaborada, insustancial, llena de lugares comunes o de generalidades. Pero hay que darle peso académico al evento, justificar el viaje y el encuentro, firmar una carta de buenas intenciones

y divulgarla en los medios masivos. En este caso, un documento de una hoja en el que se afirma que “a través de las discusiones, nos hemos inspirado para poner en práctica nuestra visión de las ciudades”,³ y acompañado de un gráfico-sinopsis de las ideas enunciadas, que introduce los tres principios básicos de esta declaración: competitividad económica, entorno sostenible y alta calidad de vida.

Todo muy bien en el marco de las declaraciones. Pero, mirado más allá de estas maneras políticamente correctas, se encuentra que la misma carta expresa que la competitividad económica está enfocada a generar y sostener ingresos, a crear mayores oportunidades para el crecimiento económico. De ahí que no sea extraño que, paralelo al Foro de Alcaldes, estén los foros de negocios, con la intención de descubrir lo que llaman proyectos de ciudad, las diferentes tendencias de los sectores de esta megaeconomía urbana, las oportunidades de inversión, o, como en el mismo evento se dice, traducir esos debates en oportunidades reales para los empresarios.



Proceso de desmonte de la estructura de la Biblioteca España en el barrio Santo Domingo, después de diagnosticarle sus fallas y de definir la necesidad de volver a construirla.

El SIWW es considerado una plataforma mundial para compartir y co-crear soluciones innovadoras alrededor de los temas del agua, uno de los mayores negocios de la economía urbana mundial. Entretanto, el CESS, que replica el modelo del SIWW amparado en el tema medioambiental, es enfocado a temas como la tecnología para aguas residuales —otro gran negocio urbano—. De ahí que este megaevento haya tenido un gran pabellón donde estuvieron 900 empresas expositoras, para atender ese público cautivo y de potenciales negocios millonarios formado por líderes mundiales, más de 110 alcaldes y 20.000 delegados.

Singapur cumple con algunos de los principios del denominado *citymarketing de competencia*, como lo es hacerse atractiva con respecto a otras ciudades en el mercado de la economía global, además de rediseñarse a partir de un gran evento singular y promover un evento periódico, como otras ciudades organizan olimpiadas, exposiciones universales o se vuelcan al turismo, entre otras actividades, como lo reclama Toni Puig, uno de los gurús del marketing catalán, en su libro *Marca ciudad* (2009: 53-62). La Cumbre Mundial de Ciudades es el evento que renueva la economía de Singapur y la pone en el mapa de la globalización, para lo cual el *Lee Kuan Yew World City Prize* juega un papel clave como marca de

distinción, prestigio y singularización. Es tal vez por lo mismo que la primera ciudad en recibir dicha distinción en 2010 fue la ciudad de Bilbao (España), la cual, gracias a la inauguración del museo Guggenheim en 1997, se puso “como centro del turismo, como un punto de atracción mediática y tema de conversación global” (Esteban, 2007: 8); o, como señala el mismo Iñaki Esteban, “un ornamento para estetizar una ciudad brusca, feísta y en crisis” (10). Luego el turno le correspondió a Nueva York (2012), siguió Suzhou (China), en 2014, y la última entrega, en 2016, fue para Medellín, como si la ciudad siguiera la estela española, a que tan afectos han sido muchos de nuestros funcionarios, planificadores y diseñadores urbanos, especialmente en cuanto a los ejemplos barceloneses. No en vano el mismo Toni Puig destaca e incluye a Medellín en su libro *biblia del citymarketing*.

En esa pretensión de ser visibilizados en el mapa global, Medellín ha jugado fuertemente con la realización de eventos como el famoso Foro Urbano Mundial (WUF7), en abril de 2014, cuyos resultados se midieron en miles de visitantes, ocupación hotelera, dineros ingresados a la economía local y la imagen proyectada por la administración de turno, así como con el *Cities for Life Global Meeting 2015* o Ciudades para la Vida. Este evento, creado por la Alcaldía de Medellín con Ruta N, y el apoyo, cómo no, de ONU-Hábitat, el Banco Mundial y el Banco de Desarrollo para América Latina (CAF), se realizó en la ciudad el 31 de agosto y 1 de septiembre de 2015, con menor esplendor y despliegue que el WUF7, pero buscando crear su propio nicho en el mercado de eventos.

En ambos espacios se cumplió con el requisito formal de firmar un documento. En el WUF7 fue la denominada “Carta de Medellín”, un documento de 170 páginas, elaborado previamente por un grupo de expertos pero no discutido en el evento, el cual se presentó con bombos y platillos como acogido por los asistentes, pero, igual que otros, es una declaración de principios humanistas apoyados en autoridades académicas como el filósofo francés Edgar Morin, consensos generales, buenas intenciones y el consabido apoyo a los Objetivos de Desarrollo del Milenio y a la Agenda Urbana de las Naciones Unidas.

En esa pretensión de ser visibilizados en el mapa global, Medellín ha jugado fuertemente con la realización de eventos como el famoso Foro Urbano Mundial (WUF7), en abril de 2014, cuyos resultados se midieron en miles de visitantes, ocupación hotelera, dineros ingresados a la economía local y la imagen proyectada por la administración de turno.

Mientras que, en el *Cities for Life*, un grupo de alcaldes y expertos firmó un documento de ocho páginas titulado “Declaración de Medellín Cities for Life 2015”, con un preámbulo y catorce puntos, y con la pretensión de defender los derechos y la vida, buscar el diálogo entre las ciudades y el Estado, establecer la creación e institucionalización de indicadores, entender y defender barrios, fomentar la interrelación permanente y armónica entre ciudades, promover la educación integral, establecer metodologías para la innovación ciudadana, impulsar la cercanía entre los habitantes mediante la movilidad, incentivar redes de colaboración entre ciudades, trabajar unidas y acceder a recursos de la banca multilateral y, por supuesto, seguir organizando este evento.

Se supone que *Cities for Life*, evento del cual la administración de Medellín es dueña, realizará su segunda edición en París en noviembre de 2016 y volverá siempre a la sede de origen en los años impares, mientras rota en los años pares por las ciudades del mundo que asuman esta franquicia. Tal vez no sobreviva mucho tiempo; sin embargo, es la apuesta de la ciudad para entrar a un mercado competido pero que genera grandes réditos, no solo económicos y de rediseño de la ciudad, en el lenguaje de Puig, sino que la internacionaliza, promociona su imagen urbana, vuelve reconocibles e identificables sus proyectos, y comercializa y pone en vitrina el “modelo Medellín”, con lo cual genera recordación al momento de los concursos.

De esta manera se explica cómo Medellín fue nominada al *Lee Kuan Yew World City Prize*, teniendo en cuenta que no se aceptan autonominaciones y debe hacerlo un tercero independiente, ya sea académico, funcionario gubernamental

o dirigente de organizaciones internacionales comprometidas en los temas de la arquitectura, el urbanismo, la vivienda, la planificación urbana, las energías o infraestructuras, la gestión o la política urbana en general. Pasa de un Comité de Nominaciones, que recomienda los probables candidatos, al Consejo del Premio, quien al final lo concede.

No cabe duda de que entre la nominación y la premiación hay un proceso que va desde la información básica inicial a los informes detallados, en los que se incluyen videos, artículos de prensa y revistas, informes y estudios, es decir, toda la producción que la maquinaria mediática de las administraciones sucesivas han puesto a funcionar para ser reconocidas en sus logros y estadísticas, como en la narrativa elaborada para mostrar cómo la ciudad ha pasado de la violencia de la última década del siglo xx a la ciudad esperanzadora del siglo xxi. De ahí que los indicadores de disminución de violencia, la manera de atender la movilidad de barrios periféricos, la rehabilitación y mejoramiento de la calidad de vida en esos barrios, las soluciones creativas y no convencionales —parques bibliotecas, metrocables, escaleras eléctricas, jardines circunvalares, unidades de vida articuladas—, la innovación e integración social mediante la educación, la planificación centrada en las personas, la cultura del diálogo abierto y, para rematar, la cooperación entre gobierno, comunidades y empresa privada, en lo que se destaca el papel de Proantioquia, como la plataforma para que las entidades gubernamentales y privadas trabajen de manera mancomunada en la formulación de políticas y la ejecución de iniciativas que, supuestamente, se basan en los principios de responsabilidad social y la equidad,⁴ formen



Vivienda en el barrio Golondrinas, parte alta oriental de la ciudad, con vistas hacia el centro.

Es cierto que Medellín ha cambiado, y mucho, pero no en la dimensión ni en las prioridades que el acta de adjudicación del premio plantea. Se han construido muchas obras, se han invertido importantes recursos, pero más buscando la competitividad económica que la equidad social y la real sostenibilidad urbana.

parte de la narrativa y del arsenal de elementos presentados y considerados como válidos para la adjudicación del premio.

No se duda de la respetabilidad, las capacidades y los reconocimientos de los miembros de los comités de nominación y concesión del premio;⁵ pero, como en casi todos los casos, son jurados distantes, lejanos a la comprensión de las propias realidades y sus complejidades locales. La evaluación de muchos de los premios de urbanismo y arquitectura que se adjudican en escenarios nacionales e internacionales parte de las fotos cuidadosamente tomadas por profesionales en las obras recientemente construidas, las exuberantes imágenes de *render* de un imposible proyecto, o los planos primorosamente trabajados, mientras que, al poco tiempo del premio adjudicado, la obra no es apropiada por las comunidades o materialmente son un fiasco, entrando en franca decadencia. Ahora bien, en este caso, y en buena medida, los jurados estarán sesgados por las narrativas oficiales construidas, la capacidad mediática puesta en funcionamiento y el *lobby* internacional de las entidades.

La realidad está lejana a estas elaboraciones discursivas. Es cierto que Medellín ha cambiado, y mucho, pero no en la dimensión ni en las prioridades que el acta de adjudicación del premio plantea. Se han construido muchas obras, se han invertido importantes recursos, pero más buscando la competitividad económica que la equidad social y la real sostenibilidad urbana. La gobernabilidad todavía está en veremos con la captura de los territorios para las rentas ilegales. Por lo mismo no es tan cierta la integración social, ni el diálogo abierto, ni la participación comunitaria que se promulga allí, pues los gobiernos sucesivos han escuchado y escuchan más al sector privado y se les ha dado prioridad a las políticas territoriales en beneficio de sus rentas. Corresponde entonces más a las lógicas e ideas sobre lo urbano de las agencias internacionales, de la banca multilateral y de muchos gobiernos del mundo, centradas en la competitividad, la compra de tecnologías —para la movilidad, la provisión de aguas, el manejo de aguas residuales, etc.—, o el vibrante desarrollo económico —aunque muchas veces este sea el espejismo del endeudamiento—, más que en priorizar la realidad de exclusión,

marginalidad, inequidad e injusticia socio-espacial, lo que es evidente en los mismos indicadores, pero estos no se citan en las nominaciones.

Medellín recibió en Singapur un diploma, una medalla de oro, 300.000 dólares y el reconocimiento mundial. Eleva la estima y el orgullo regional. La *vanidoteca* de La Alpujarra se engrosa con el aporte del gobernante de turno, pero ¿cuánto cambia la realidad de sus fronteras invisibles, la pobreza, el desempleo y la calidad de vida de sus habitantes? Muy poco o nada. Pero tenemos un “Nobel”, así este sea otra elaboración mediática de intereses de competitividad global. ■

Luis Fernando González Escobar (Colombia)

Profesor asociado adscrito a la Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín).

Referencias

Puig, Toni (2009). *Marca ciudad. Cómo rediseñar para asegurar un futuro espléndido para todos*. Buenos Aires: Paidós.

Esteban, Iñaki (2007). *El efecto Guggenheim. Del espacio basura al ornamento*. Barcelona: Anagrama.

Notas

¹ Ver http://www.leekuanyeworldcityprize.com.sg/about_prize.htm. Consulta: 13 de septiembre de 2016.

² Esta y otras siglas siguientes por las iniciales en inglés; en este caso, World Cities Summit.

³ “Through these discussions, we have been inspired to implement our vision of cities”, *7th World Cities Summit Mayor Forum Declaration*, en: [http://www.experiaevents.com/pdf/2016WorldCitiesSummitMayorsForumDeclaration_\[Annex\].pdf](http://www.experiaevents.com/pdf/2016WorldCitiesSummitMayorsForumDeclaration_[Annex].pdf)

⁴ Ver acta del jurado en: http://www.leekuanyeworldcityprize.com.sg/laureate_medellin.htm

⁵ Para el premio adjudicado a Medellín, el Comité de Nominación lo integraron el profesor Kishore Mahbubani, de la Universidad Nacional de Singapur como presidente; el Dr. Alfonso Vergara, presidente de la Fundación Metrópolis de España; la profesora Marilyn Jordan Taylor, decana de la Escuela de Diseño de la Universidad de Pensilvania; el Dr. Liu Thai Ker, presidente del Centro de Ciudades Habitables de Singapur; el Dr. Cheong Koon Hean, director ejecutivo de la Junta de Vivienda y Desarrollo de Singapur; el profesor Wulf Daeking, de la Universidad de Friburgo en Alemania. Y el Comité del Premio lo integraron: el señor J. Y. Pillay, presidente del Consejo de Asesores Presidenciales, y a la vez presidente del Comité; la señora Helen Clark, de Nueva Zelanda, representante de las Naciones Unidas; el Dr. Qiu Baoxing, ex viceministro del Ministerio de Vivienda y Desarrollo Urbano-Rural de la República Popular de China; el señor Ilmar Reepplau, vicepresidente de la Asociación Sueca de Autoridades Locales y Regionales; el señor Flemming Borresko, de Dinamarca, presidente de la Federación Internacional de Vivienda y Urbanismo, y el señor Peter Ho, presidente de la Autoridad de Redesarrollo Urbano, una de las entidades gubernamentales responsables del premio.



Lago del Parque Norte y las cajas rojas del Parque Explora. Como fondo, las laderas orientales de la ciudad, con el cerro Pan de Azúcar.



Contraste del desarrollo informal y popular en vivienda, con predominio horizontal, con respecto al desarrollo urbanístico vertical en torres de apartamentos en el barrio Belén Rincón de la ciudad de Medellín.



Barrio Pinares de Oriente, en las laderas altas de la parte oriental de la ciudad, que serían afectados por las intervenciones del Jardín Circunvalar propuesto y desarrollado por la administración municipal en el periodo 2012-2015, pero que generó reclamos de los habitantes de estos sectores para que se les atendiera desde otra perspectiva, como lo es el Mejoramiento Integral Barrial.

Fábula
sobre la guerra

JOSÉ ZULETA



A mi madre, que con un solo brazo cargó a cinco hijos, a su risa: fiesta de dientes en desorden.

En el año 492 a.C., durante la invasión de Darío I a Grecia, las tropas persas bajo el mando de Mardonio fueron vencidas durante una tormenta al pie del Monte Athos. Toda la flota fue destruida. Los griegos victoriosos observaron unas palomas escapar de las naves persas que se hundían.

Aquella visión produjo desconcierto y logró inquietar al ejército vencedor. Los griegos se preguntaban por qué durante el lento naufragio desde las naves vencidas salían volando palomas. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso eran pañuelos blancos de socorro? “No, los persas no son así”, argumentó un viejo guerrero. ¿O era esta una visión premonitrice?

Fue entonces cuando, contraviniendo la orden inicial, decidieron capturar a uno de los persas. El hombre rescatado del mar fue subido a la cubierta enemiga. Allí, presionado por el filo de las lanzas, explicó que la razón estaba muy lejos, en tierra firme y que las palomas blancas eran parte del equipo de los guerreros persas. Contó que esas palomas eran de las que se entrenan para volver. Eran palomas mensajeras.

Entonces los griegos creyeron que por medio de aquellas aves los persas estaban informando a los ejércitos de tierra sobre lo sucedido en la batalla y que tal vez estaban pidiendo apoyo.

El capturado, que aún tenía amarrada a su costado una pequeña jaula vacía, contó a los incrédulos soldados enemigos que cada uno de los soldados persas, al partir de sus casas hacia la guerra, además de sus armas y de lo necesario para las campañas militares, llevaba una jaula pequeña con una paloma blanca. Contó que las aves eran liberadas únicamente en caso de derrota o de muerte inminente.

“¿Para qué son las palomas?”, preguntó confundido e imperioso el capitán griego.

“Es un mensaje, señor; cuando a la ventana de mi casa llegue la paloma que liberé de esta jaula, mi esposa sabrá que no debe esperarme, es la manera que tenemos de anunciarles que son libres, que no nos esperen, que pueden seguir adelante y buscar otro hombre, otro amor a quien entregar, cuando vaya a la guerra, la paloma”.

“¿Qué hacemos con el prisionero?” preguntó un guerrero.

Mardonio respondió: “Detengan a este hombre durante un año, luego libérenlo para que regrese a su hogar”. ■

José Zuleta Ortiz (Colombia)

Poeta y cuentista. Ha publicado los libros: *Las alas del súbdito* (2002), Premio Nacional de Poesía, *La línea de menta* (2005), *Mirar Otro Mar* (2006), *La sonrisa trocada* (2008), *Emprender la noche* (2008), *Las manos de la noche* (2009), *Todos somos amigos de lo ajeno* (2010), Premio Nacional Ministerio de Cultura (Cuentos), *Esperando tus ojos* (2011), *La oración de Manuel y otros relatos* (2012) y *La mirada del huésped* (2013).



Jeison Sierra

SOL ASTRID GIRALDO E. 



De la serie *Memorias* (2015)
Grafito en polvo y trementina sobre papel
100 x 122 cm
Colección del artista
Archivo Extensión Cultural Universidad EAFIT

Paisajes memoriosos

[Ir a contenido >>](#)

Papel, grafito, grises, negros. Dibujo que se mezcla con la pintura, acabados que evocan la acuarela. Cielos que son manchas. Blancos ominosos. Texturas ásperas. Capas. El espectáculo vibrante de la naturaleza ha muerto.

Jeison Sierra no realiza sus paisajes a partir de la observación directa como los pintores del siglo XIX, quienes, practicantes convencidos del *plain air*, sacaban su caballete a la naturaleza para atrapar la atmósfera, los cambios imperceptibles de la luz cuando se demoraba sobre una hoja o desaparecía en una hondonada. Rituales estéticos, místicos y sensoriales del presente y de la corroboración visual que inauguraron una sensibilidad en Occidente. También, un género, una iconografía, una práctica. Las pinturas de Van Gogh, por ejemplo, fueron realizadas mientras el agua o el sol caían inclementemente sobre su cuerpo o cuando sus lienzos eran batidos por los mistrales

Su perspectiva es la del recuerdo, pero no en un sentido nostálgico o idealista. Más bien podría hablarse de una memoria como arma crítica y política. Una memoria que reclama.



salvajes de la provincia francesa. Son otros los vientos que remueven la obra de Jeison Sierra y otras las atmósferas que lo envuelven. Su perspectiva es la del recuerdo, pero no en un sentido nostálgico o idealista. Más bien podría hablarse de una memoria como arma crítica y política. Una memoria que reclama.

Sierra nació en Zaragoza (Antioquia), un pueblo que entonces ya había dejado atrás los eventos más turbulentos de su historia. Por eso, él lo vivió más bien como un lugar tranquilo del que salió para llegar a Medellín, al barrio Castilla, donde sí tuvo un encuentro cercano con la violencia: “A mí nunca me tocó la violencia en mi infancia. Sin embargo, cuando llegué a Medellín me empecé a encontrar un montón de conflictos. Para acabar de rematar, llegué a Castilla y en esa época había balaceras noche tras noche. Ahí empezaron las preguntas: ¿por qué la ciudad en la noche no se puede habitar? ¿Por qué, si es tan bonita, no se puede uno asomar al balcón?”.

Así, sus primeras pinturas como estudiante de artes de la Universidad de Antioquia surgieron de la nostalgia de un mundo, próximo pero lejano, al que quería acceder pero no podía. Una manzana que se le mostraba y al tiempo se le negaba: “pinturas que hablaban de esa ausencia de ciudad”. En ellas quedaron sus preguntas y, de alguna manera, sus ajustes de cuenta. La ciudad perdida podía ser apropiada adentro de los cuatro lados de su lienzo o al menos recorrida con la mirada, ya que no se podía hacerlo con el cuerpo.

La conciencia del espacio vital y las posibilidades de hacer de ella un planteamiento artístico fueron llegando a otro núcleo emocional, biográfico. Se trataba ahora, ya no de la imposibilidad de habitar la ciudad presente, sino de la caída de aquel mundo del que había partido: el de su pueblo y el de su niñez.

El paisaje no está ahí, dado, afuera, esperando a ser mirado. Es el lugar intervenido, tanto por la mano humana como por la mirada de quien lo crea. Así pues, estos paisajes que realiza Sierra no son el eco de un referente que exista objetivamente afuera de él, sino, precisamente, su particular construcción, su recreación. Hablan de una pérdida (la de la niñez, la del territorio). Doblemente des-terrado de su utopía, Sierra vuelve su mirada a esas coordenadas geográfico-temporales lejanas.

Hay todavía otra fractura: estos lugares no están aquí y ahora, no solo porque creció, porque se fue de su tierra natal, sino porque una actividad minera desenfrenada los está carcomiendo poco a poco.

El individuo del romanticismo se embelesaba ante la plenitud de la naturaleza. Experimentaba frente a ella el pathos trágico de lo sublime, del quedarse por fuera, exiliado de lo que por su magnitud nunca podría ser abarcado por la mirada, el cuerpo, la conciencia humana. Sierra, observador neorromántico, también se halla sin palabras frente a una realidad apocalíptica. También, casi sin imágenes. El paisaje del deterioro ha perdido texturas, densidades, luminosidad. Ya no es una forma, ahora es una ruina. Él no se acongoja por una grandeza a la que no puede acceder como los pintores decimonónicos, sino por la constancia de la máquina que devora lo que en su recuerdo era completo: el paisaje de su infancia, el territorio de su comunidad.

En sus dibujos no nos habla de esta pérdida como algo concluido, sino precisamente de las miles de pequeñas catástrofes sistemáticas y cotidianas que están provocando esta aniquilación. Sus paisajes son una bitácora minuciosa de estas pérdidas. Paisajes líquidos, sin consistencia, volumen o perspectiva, atravesados por el tiempo del deterioro. Un *tempo* que lo da la fiebre del oro, el cual, desde este punto de vista, no es riqueza ni prosperidad, sino inhabilitación y despojo. Pone su foco entonces en “esa cosa gigante que se destruye a cambio de una pepita de oro”. Lo dice, lo dibuja.

El entorno, las montañas, la niebla, la tierra, todo se desmorona en una imagen difusa, informe, negra. Este color es el que proyecta su mirada. Es su percepción, su expresión. Ante el abismo, entona un réquiem por un mundo que se hunde lenta e ineluctablemente. El grafito y la trementina usados con precisión, con violencia y poesía, lo acercan a ese ritmo de la desaparición, a esa textura de la desazón, a esa tragedia de mecha lenta e inexorable. Veladuras, chorreaduras, gestos líricos, detalles preciosistas, densidades, vacíos. Su obra está al otro lado de la tradición del paisajismo antioqueño con su épica de construcción de mundos, de hachas triunfantes, de barequeras exóticas, de victorias incontestables sobre una naturaleza domeñada (el viejo orgullo del paisa celebrado en su himno identitario). Sierra,



Él no se acongoja por una grandeza a la que no puede acceder como los pintores decimonónicos, sino por la constancia de la máquina que devora lo que en su recuerdo era completo: el paisaje de su infancia, el territorio de su comunidad.

tan iconoclasta como virtuoso, plantea en cambio una imagen paradójica de lo que ha perdido la forma y el sentido, no solo plástica sino también social y políticamente. No hay en estos dibujos-pinturas una denuncia en el sentido estricto, sino el registro vibrante de cómo se asiste con impotencia a la pérdida de un lugar en el mundo. ■

Sol Astrid Giraldo E. (Colombia)

Filóloga con especialización en Lenguas Clásicas de la Universidad Nacional y magíster en Historia del Arte de la Universidad de Antioquia. Investigadora, curadora y crítica de arte. Ha participado en proyectos editoriales y curatoriales para el Museo de Antioquia, el Museo de Arte Moderno y el Centro de Artes de la Universidad EAFIT. Colaboradora de revistas nacionales y latinoamericanas. Autora de libros y catálogos de arte.



**ENTRE
MARX
Y LA
COCA-COLA**

[Ir a contenido >>](#)

Uno de los estrenos más peculiares de este verano en los cines de París fue la versión restaurada de una película estrenada en 1966 y que todavía parece hablarles a las generaciones jóvenes, similares a aquellas que la inspiraron. Se llama *Masculino, femenino* y la dirigió Monsieur Jean-Luc Godard.

JUAN CARLOS GONZÁLEZ A.

Los norteamericanos son buenos narradores. Los franceses no. Flaubert y Proust no pueden contar historias.

Ellos hacen algo más. Así hace el cine...

J-L. Godard

En mayo de 1973, Jean-Luc Godard le escribió una carta a François Truffaut en la que lo acusaba de mentiroso por la forma en que mostraba el detrás de cámaras de una película en *La noche americana* (*La nuit américaine*, 1973). Luego de criticarlo duramente le propone financiar un proyecto suyo, titulado provisionalmente *Un simple filme*, en el que pretende contar lo que implica hacer realmente una película. A cambio le ofrece cederle los derechos de tres cintas, incluyendo *Masculino, femenino* (*Masculin féminin - 15 Faits Précis*, 1966), su undécimo largometraje.

Truffaut le responde muy alterado en una larguísima carta, en la que salen a la luz muchos resentimientos de la relación entre ambos. Obviamente no va a producir el filme que Godard le propone, y refiriéndose a Jean-Pierre Leaud, el joven que Truffaut descubrió para protagonizar *Los cuatrocientos golpes* (*Les quatre cents coups*, 1959) y que se convirtió en símbolo de la “nueva ola” del cine francés actuando tanto para Truffaut como para Godard, le dice: “Jean-Pierre ha cambiado desde *Los cuatrocientos golpes*, pero puedo decirte que fue en *Masculino, femenino* cuando por primera vez noté cómo podía llenarse de ansiedad, antes que de placer, con la noción de encontrarse frente a una cámara. La película fue buena y él fue bueno en la película, pero esa primera escena, en el café, fue una experiencia dolorosa para cualquiera que lo mire con afecto y no con ojos de entomólogo” (Jacob y de Givray, 2000: 385).

Truffaut estaba haciendo alusión a la escena que abre el filme, un primer plano de Paul (el papel que Leaud interpreta), un joven que hace poco salió del ejército y ahora busca empleo. Está escribiendo, con lentitud y mientras fuma, unas palabras que él mismo nos lee: *Jamais deux regards ensemble...* (“Nunca dos miradas se cruzan. Ninguna huella de vida. Silencio. Vacío. Calor. La



Afiche de la película para el estreno en 1966

luz desaparece. En ningún lugar del ambiente de este relato sin límites aparece la monotonía, aparece el trabajo cotidiano. Este joven desconocido de Marsella relata día y noche, habla con los otros. Compartiendo la vida sin poder vivir solo. Sin dejar huella”). Hay mucho dolor ahí. Paul está en un café y allí conoce a Madeleine, una cantante en ciernes (interpretada a sus diecinueve años por Chantal Goya, una cantante auténtica, esposa del compositor Jean Jacques Debout). Paul es hijo de Marx, ella es hija de la Coca-Cola, como bien nos dice uno de los intertítulos de fondo negro con letras blancas que dividen este filme en capítulos, en “hechos precisos”, como el nombre completo de *Masculino, femenino* lo afirma.

La idea de Godard era entonces mostrarnos los extremos y las contradicciones en las que se movían los jóvenes franceses en 1965, el año en que fue rodada esta cinta. En diciembre de ese año, Charles de Gaulle y François Mitterrand se disputarían la presidencia del país, y por primera vez las mujeres francesas podrían votar; Estados Unidos estaba en guerra en Vietnam, y faltaban



Afiche para el reestreno en 2016.

aún dos años para que la píldora anticonceptiva fuese legal en Francia y nueve para que el aborto lo fuera. En ese contexto transcurre una cinta que tiene un fondo aparentemente intelectual, pero que se mueve en un constante jugueteo entre lo banal y lo cotidiano. “Esta era la era de James Bond y de Vietnam”, declara Paul. En su documentada biografía de Godard, el escritor y crítico de cine Richard Brody afirma que, “al saturar *Masculino, femenino* con los artefactos, tendencias y modas del momento, Godard hizo a la vez una especie de documental sobre sus actores y sobre el momento en que la realizó. Godard enlazó sus personajes a las preocupaciones cotidianas, haciendo de los eventos actuales la materia de sus vidas privadas. Él hizo esto tanto con la forma como con el contenido: a través del hábil uso de la desdramatización y teniendo a sus personajes hablando de eventos que suceden fuera de campo, fue capaz de quedarse cerca de ellos mientras invocaba al mundo a su alrededor” (Brody, 2008: 262-263).

La película fluctúa entre momentos de seriedad, existencialismo y política, mezclados con

En ese contexto transcurre una cinta que tiene un fondo aparentemente intelectual, pero que se mueve en un constante jugueteo entre lo banal y lo cotidiano.

inesperada comedia, situaciones absurdas, vagabundeo sin sentido, un romance a tres bandas (entre Paul y las compañeras de apartamento de Madeleine, llamadas Elizabeth y Catherine) y unos curiosos testimonios semidocumentales que están filmados a manera de entrevista con los protagonistas —solo Leaud era un actor profesional— y con otros jóvenes, que hablan sobre su percepción del mundo, el romance, el control de la natalidad, la guerra y la sociedad capitalista en la que viven. Un intertítulo nos anuncia un “Diálogo con un producto de consumo” para introducirnos una entrevista de unos seis minutos con una joven de diecinueve años, Elsa Leroy, que frente a una ventana se refiere a estos temas sin mucho conocimiento. Godard la deja expresarse sin intervenir, pero a sabiendas de que la joven está declarando su ignorancia: tiene frente a ella la mirada de entomólogo que Truffaut le criticaba. Elsa es la juventud francesa de ese año. De todos los años y de todos los países, realmente. En una entrevista que le realizaron en el plató, Godard (1966) afirmaba que “A los treinta y cinco años yo siempre me sentía de veintidós, pero cuando hablé con estas chicas, vi que ellas me consideraban de la misma forma en que yo consideraría a François Mauriac [que tenía ochenta años]. Eso es lo que envejece a una persona”.

Masculino, femenino es formal y narrativamente atrevida: a los intertítulos, que bien pueden ser números o frases (“El trabajo humano resucita las cosas de entre los muertos”), les acompaña el ruido de una bala al ser disparada; hay una escena en el metro de París en la que unos personajes

están interpretando y recitando apartes del drama *Dutchman* de LeRoi Jones; Madeleine dice en voz en *off*: “París, 25 de noviembre de 1965. Visto un abrigo azul liso, mientras Elizabeth viste de blanco. Vivo con ella enfrente de la estación del Metro. Hace frío. Almorzamos en un bar en la calle Marbeuf. Paul me besó por segunda vez. Elizabeth está celosa. No me importa”; Brigitte Bardot hace un cameo, y hay un dialogo entre Paul y su compinche Robert, que termina así:

—¿Sabías que la palabra masculino contiene máscara y culo?

—¿Y femenino?

—Nada.

Algo muy singular en *Masculino, femenino* es su sonido. No solo es un sonido directo, sino que además no se hace una distinción entre los diálogos de los protagonistas y el ruido ambiente: todo tiene la misma importancia aural para Godard y somos nosotros los encargados de discriminar los sonidos, de darles su jerarquía: no hubo un montaje sonoro en la posproducción. En otros momentos, el sonido se suspende temporalmente o empieza algunos segundos después de que la escena se ha iniciado. También las canciones de la banda sonora —interpretadas por Chantal Goya— aparecen y desaparecen de manera impredecible, como si de repente alguien les hubiera quitado el volumen. Esta “crudeza” auditiva está en consonancia con la libertad de la nueva ola y va a servirle también para reflejar el caos, el aturdimiento existencial de sus protagonistas. ¡Ah!, y no olvidemos el efecto sonoro de los balazos que retumban cada tanto...

Masculino, femenino surgió del interés del productor Anatole Dauman de trabajar con Godard. Este propuso adaptar dos relatos de Guy

de Maupassant, *Le signe* y *La femme de Paul*, para hacer un largometraje protagonizado por Jean-Pierre L aud que hasta ese momento se había desempeñado como asistente suyo en *La mujer casada* (*Une femme mari e*, 1964), *Alphaville* (1965) y *Pierrot le fou* (1965). La película iba a llamarse tentativamente *La femme de Paul, avec le sourire*, e incluso llegó a hacerse un insinuante póster del proyecto para promocionarlo en Cannes. Una coproducción sueca estaba asegurada y se vinculó a Michel Piccoli como coprotagonista. Pero en el camino cambiaron las cosas: Godard conoció a la cantante Chantal Goya luego de haber visto su foto en un periódico, Piccoli desistió del filme y este terminaría convertido en *Masculino, femenino*.

Para este rodaje, Godard abandona a su cinematografista habitual, Raoul Coutard, y recurre a un hombre joven, Willy Kurant, con experiencia como documentalista. Quería una persona que le acompañara a filmar en locaciones auténticas, con luz natural, con sabor a improvisación, a inmediatez. Ese es el tono del resultado final. “La pureza no pertenece a este mundo”, se lee en uno de los intertítulos de esta cinta.

Hay una secuencia en la que Paul va con las tres chicas a cine. En *off*, la voz del joven nos dice unas frases que son extraídas casi textualmente de la novela *Les Choses*, de Georges Perec:

 bamos a menudo a cine. Nos estremec amos al ver la pantalla. Pero la mayoría de las veces, Madeleine y yo, al final salíamos decepcionados. Las imágenes eran antiguas, iban y venían. Marilyn Monroe había envejecido. Estábamos tristes. No era la película que so n bamos. Ni la película que todos llevamos dentro. Ni la que hubi amos querido hacer... mejor aún, la que secretamente, sin duda, quisi amos representar.





Masculino, femenino es un diagnóstico agri dulce de una actualidad que Godard contemplaba con pesimismo y decepción. Los jóvenes franceses se sentían más a gusto con la Coca-Cola que con el marxismo, y con el cine de Hollywood antes que con el europeo.

Masculino, femenino es un diagnóstico agri dulce de una actualidad que Godard contemplaba con pesimismo y decepción. Los jóvenes franceses se sentían más a gusto con la Coca-Cola que con el marxismo, y con el cine de Hollywood antes que con el europeo. La banalidad antes que el rigor. Y esa es la que sobrevive, tal como el colofón triste de la cinta nos lo informa. Ya sabemos cómo son las cosas en el siglo XXI y por eso el filme sigue tan asombrosamente vigente. Quizá Godard no veía en su momento en Francia las películas que soñaba, ni las que llevamos todos por dentro. Pero con *Masculino, femenino* hizo, sin duda, la que secretamente quiso que lo representara.

Féminin – émin = Fin ■

Juan Carlos González (Colombia)

Médico especialista en microbiología clínica. Profesor titular de la Facultad de Medicina de la Universidad Pontificia Bolivariana. Columnista editorial de cine del periódico *El Tiempo*, crítico de cine de las revistas *Arcadia* y *Revista Universidad de Antioquia*, y del suplemento *Generación*. Actual editor de la revista *Kinetoscopio*. Autor de los libros *François Truffaut: una vida hecha cine* (Panamericana, 2005), *Elogio de lo imperfecto, el cine de Billy Wilder* (Universidad de Antioquia, 2008), *Grandes del cine* (Universidad de Antioquia, 2011) e *Imágenes escritas, obras maestras del cine* (EAFIT, 2014).

Referencias

Brody, Richard (2008). *Everything is cinema, the working life of Jean-Luc Godard*. Nueva York: Metropolitan Books.
Godard, Jean-Luc (1966, 10 de febrero). Revista *Elle*.
Jacob, Gilles y Claude de Givray, eds. (2000). *François Truffaut: Correspondence 1945-1984*. Nueva York: Cooper Square Press.

Colombia sobrenatural o de cómo leer la literatura de lo paranormal



Colombia sobrenatural

Mado Martínez

Ediciones B Colombia S. A.

Bogotá, 2015

191 p.

Colombia sobrenatural es un texto en el que la española Mado Martínez recopila distintas historias sobre supuestos eventos paranormales acaecidos en distintos lugares de la geografía nacional. En concreto, aborda abducciones en la laguna de Guatavita (Cundinamarca), un fantasma de un niño en Envigado (Antioquia), contactos con ovnis en Tabio y Tenjo (Cundinamarca), un antiguo cabaret encantado en Funza (Cundinamarca), otra casona encantada en Sabaneta (Antioquia), más aparecidos en distintos lugares de Cartagena, prácticas supersticiosas en el cementerio Central de Bogotá y, por último, otra ronda de espectros en el hotel de El Salto (cerca al salto del Tequendama, Cundinamarca). En síntesis, siete de los nueve capítulos se ocupan de fantasmas y engendros similares, y los otros dos capítulos se ocupan de extraterrestres que han decidido hacer presencia en el país del Sagrado Corazón.

La pregunta que uno se hace cuando se encuentra textos con esta clase de temáticas y abordados de la forma en que lo hace Martínez, es cómo leerlos: ¿Hay que asumirlos —como creen los fanáticos de este tipo de asuntos— como una compilación “periodística” de fenómenos que efectivamente suceden? ¿O hay que leerlos como una muestra particular del folclor popular contemporáneo, es decir, como una singular variedad de la literatura oral?

Si uno lo asume de la primera forma, tropieza con una serie de inconvenientes. En primer lugar, está el hecho de que en este libro nunca o casi nunca hay pruebas para cualquiera de los hechos paranormales que se relatan. Cuando se trata la aparición de un fantasma o un ovni, por lo general la única “prueba” son los testimonios de unas personas, pero eso tan solo es lo que en epistemología se denomina “prueba anecdótica”, es decir, afirmaciones de individuos sin acompañarlas de ningún material empírico adicional. Esas afirmaciones suelen tener valor discutible, pues pueden estar afectadas por la memoria, además de que desconocen gran cantidad de datos en contra, no son repetibles, son selectivas y demasiado a menudo únicamente se limitan a confirmar las creencias previas de quien habla. Por otra parte, es claro que en libros como estos se suele olvidar que las percepciones humanas con frecuencia están sometidas a sesgos cognitivos. Los sesgos cognitivos son distorsiones de la mente humana a la hora de percibir o interpretar fenómenos del mundo; son inconscientes y, de un modo u otro, todos estamos sujetos a ellos. Un ejemplo sencillo es la pareidolia, que es la tendencia de nuestro cerebro a percibir e interpretar lo que es ambiguo o impreciso como algo reconocible o definido; también se considera pareidolia el hecho de que se busquen patrones en eventos aleatorios que no los tienen o que, sencillamente, algo que carece de sentido sea obligado por nuestra mente a amoldarse a alguna forma conocida (por eso vemos caras en la orografía de Marte, interpretamos una mancha que aparece en una pared debido a la humedad como una figura de Cristo, o sentimos como “coincidencia” cierta conjunción aleatoria de eventos). Ese es el caso de los fantasmas: cierta configuración ambigua en una foto o un video, es asumida de modo pareidólico y de repente hay allí un difunto vuelto a la vida, aun cuando un análisis estricto solo revelaría formas ambiguas que se pueden interpretar de cualquier modo. A veces la pareidolia es auditiva, como ocurre con las psicofonías, que son grabaciones muy confusas de un ambiente, en las que los creyentes en lo sobrenatural aseguran que se

escuchan voces que comunican mensajes, los cuales, si se examinan con detenimiento, revelan ser excesos de interpretación a partir de ruidos muy equívocos.

Por otra parte, con respecto a los fantasmas hay que recordar que, cuando se han llevado a cabo estudios serios sobre el tema, respaldados por instituciones académicas de prestigio, lo que se ha encontrado —aparte de los fraudes— es que estos supuestos espectros casi siempre son explicables como efecto de los citados sesgos cognitivos, pero también como producto de alucinaciones, de parálisis del sueño, de infrasonidos que afectan al cuerpo humano pero nada tienen de sobrenatural, o de la simple preponderancia en millones de personas del denominado “pensamiento mágico” (un modo supersticioso de habitar el mundo que inventa relaciones sobrenaturales entre eventos). De hecho, la tendencia de tanta gente a pensar de un modo “mágico” viene asociada con otro sesgo, el de confirmación (la propensión del cerebro humano a aceptar lo que está de acuerdo con nuestras creencias y a rechazar lo que no concuerda con nuestros prejuicios). Por lo general, si previamente yo creo en la existencia de fantasmas u ovnis, es mucho más probable que yo en algún momento suponga que me he topado con fantasmas u ovnis.

Además de lo anterior, hay otros dos rasgos del libro de Mado Martínez que llevan al escepticismo respecto de lo que relata. Varias veces, para respaldar las historias que se cuentan la autora trae a colación el testimonio de supuestos “investigadores paranormales”; pero de estos “investigadores” nunca se dice cuáles son sus títulos académicos, cuál la institución universitaria de la que hacen parte ni cuáles sus credenciales científicas. Uno acaba detectando que estos supuestos “expertos” son solo otros creyentes o forofos del tema que, por supuesto, están predispuestos a “ver” lo mismo que suelen referir “los testigos”. Fuera de esto, asombra la credulidad de Martínez, quien en algún momento y con la mayor candidez escribe:

Creo en la gente, en la palabra de las personas, en sus testimonios, vivencias, miedos y experiencias. Y si una persona me dice que ha visto un fantasma, o que le ha echado una foto a una figura de una persona que antes ahí no estaba, o que la han abducido extraterrestres, o la ha empujado una fuerza invisible por una escalera, o ha visto cómo se movían o volaban los objetos de su casa, yo le creo, porque no tiene por qué mentirme” (p. 124-125).

Insisto en que para denominarse a sí misma una “investigadora”, a Martínez no le caería mal un poco menos de ingenuidad. La teoría de los sesgos cognitivos

revela que en multitud de relatos no es que la gente mienta, sino que no es consciente de que está falseando los hechos.

Ahora consideremos la segunda manera de leer *Colombia sobrenatural*: como una forma de folclor popular y de literatura oral. En todos los tiempos y en todas las culturas, los pueblos han acabado desarrollando tradiciones literarias no escritas, muy vinculadas con la visión mítica del mundo. En estas tradiciones lo usual es que lo natural conviva con lo sobrenatural, que los humanos compartan espacio con dioses, ángeles, demonios, difuntos vueltos a la vida y fuerzas naturales personificadas; nuestro tiempo ha cambiado los significantes, pero mantiene el paradigma. Es decir, hoy lo que la gente suele ver son ovnis, extraterrestres y fantasmas, pero se sigue manteniendo la idea de que los humanos no estamos solos en el universo y de que seres de otro orden de algún modo nos acompañan en nuestra correría vital. Si esto es así, el libro de Martínez es una recopilación de esta imaginería popular contemporánea que oscila entre los clichés y los momentos originales por graciosos. En *Colombia sobrenatural* abundan imágenes estereotipadas por la cultura de masas, como los extraterrestres de apariencia nórdica que son más evolucionados que los humanos y que de modo altruista se mueren de ganas por ayudarnos, los abducidos, los contactados, los supuestos ufólogos, la comunicación telepática, las puertas interdimensionales y demás parafernalia que en estos tiempos es epidémica en ciertos medios de comunicación. Para el caso fantasmal sucede lo mismo: en la mayoría de las ocasiones se reiteran las imágenes trajinadas hasta el infinito por los medios acerca de espectros y edificaciones encantadas. No obstante, en una que otra ocasión Martínez saca a la luz algunas joyitas sugestivas que revelan la visión mítica e idiosincrática de la gente del común: que en Bogotá hay un fantasma femenino condenado a pasar la eternidad lavando ropa, que en el cementerio Central de Bogotá cierta tumba concede milagros si se depositan allí bombones o caramelos, que cierto mausoleo le garantizó a una trabajadora que saliera bien su pensión cuando todo apuntaba a que se la iban a negar (y en ese caso creo que la mayoría de colombianos deberíamos hacer una peregrinación hasta ese sepulcro, vista la incompetencia y la injusticia de nuestro sistema pensional). También es una magnífica muestra de humor negro el que la tumba del científico y astrónomo Julio Garavito, tan famoso por los billetes de veinte mil pesos, sea frecuentada hoy por ladrones, prostitutas y

travestis que lo han convertido en su inesperado intercesor ante el más allá.

Las leyendas urbanas que Martínez ha recopilado, teniendo eso en mente o no, corresponden a esa peculiar literatura de nuestro tiempo que en primera instancia no se reconoce como tal, porque es una literatura que esconde su origen y se presenta con la inocente (y a veces no tan inocente) pretensión de ser una descripción “real” del mundo. Las narraciones paranormales son ficciones que intentan hacerse pasar por realidades, y aquellos que las crean y las cuentan son escritores de cuentos de terror que curiosamente no han caído en la cuenta de que son escritores de cuentos de terror. Los textos de *Colombia sobrenatural* se inscriben en la particular ambigüedad o anfibología de este género: a quien cree en la visión mágica y mítica del mundo, le ofrecen una dosis de eso; a quien descrea de la visión mágica y mítica del mundo, le obsequian una literatura de terror naïf y una muestra de un imaginario cultural digna de ser atendida por un científico social.

Por otro lado, si no consideramos el género paranormal como una mera ficción (seguramente algunos de quienes lo inventan son conscientes de esa condición, pero otros no), ante textos como los de Martínez siempre se suscita la pregunta de por qué aún se escriben y tienen lectores, si en estos tiempos la mirada científica del mundo es la predominante y ella por definición excluye las aproximaciones sobrenaturales. Por supuesto, hay varias respuestas. La primera es que la denominada literatura de lo paranormal le añade misterio al mundo, y ese simple hecho siempre ha sido popular en medio de las vidas diarias comunes y corrientes que la mayoría de humanos padecemos. La segunda es que la actual visión científica del universo nos ha dejado a los humanos como los únicos seres racionales, conscientes y con sentimientos que existen, y obviamente, sería más agradable que otros seres racionales, conscientes y con sentimientos nos acompañaran por estos lares, sin importar que ellos sean fantasmas, extraterrestres, ángeles o demonios. La tercera razón es que los sesgos cognitivos humanos son incurables y mientras subsistamos como especie estaremos propensos a la pareidolia, es decir, a antropomorfizar lo que no tiene forma humana, a crear relaciones causales donde no las hay, a ver configuraciones donde solo hay algo borroso. La cuarta razón es que la literatura de lo paranormal entraña un consuelo. Para la mente humana es muy doloroso admitir que el azar está inserto en más espacios y tiempos de los que quisiéramos admitir; si creemos ver estructuras

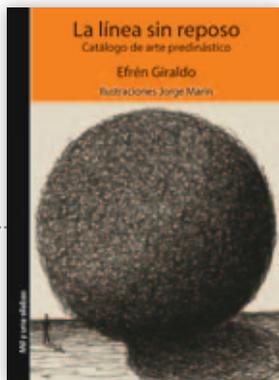
o formas subyacentes en el mundo, sentimos que existe alguna clase de sentido, sentimos que después de todo sí podemos tener alguna clase de control sobre la realidad. La quinta razón es que si la religión en el mundo posmoderno ha muerto o no cumple función alguna, las supersticiones paranormales son una suerte de pseudo-religión compensatoria.

Textos como *Colombia sobrenatural* —y eso también hay que anotarlo— hacen parte de la floreciente industria de lo paranormal, que en todo el mundo mueve millones y millones de dólares. Son un modo que la cultura de masas descubrió hace rato para lucrarse de la ingenuidad de la gente y del hecho, ya referido, de que el pensamiento mágico, mítico y premoderno aún domina las mentes de innumerables personas en el globo. Si esta clase de relatos se asume como lo que son (meros juegos de palabras o una de las modalidades contemporáneas del folclor y la literatura oral) resultan hasta divertidos; lo grave es cuando no sucede así. Alguna vez, Sander van der Linden, en un artículo para *Scientific American*, apuntó que exponer repetidamente a las personas a materiales paranormales y de conspiraciones, a la larga acababa debilitando su confianza en la ciencia, así como sus inclinaciones prosociales y su compromiso cívico. Así pues, andar en exceso en medio de esta clase de publicaciones puede resultar dañino y comprometer la capacidad de pensamiento crítico. La misma Martínez refiere en su libro una noticia aparecida en el periódico *El Tiempo* en el 2012, sobre cómo ese mismo año, en una población antioqueña, una horda enfurecida linchó a una mujer porque estaban convencidos de que era “bruja” (p. 166). Es decir, no educar a la gente para aprender a leer, escuchar, interpretar y contextualizar este tipo de materiales, puede tener consecuencias terroríficas.

En síntesis, *Colombia sobrenatural* es un texto que, si se lo mira como compilación de leyendas urbanas, por momentos es entretenido, y si se lo lee con el apropiado escepticismo es un material útil para radiografiar la idiosincrasia colombiana, así como ciertas temáticas de las ciencias sociales, como por ejemplo los imaginarios populares. Lo grave de estas muestras de la industria paranormal es que para ciertos lectores vulnerables y crédulos, ellas pueden terminar incrementando esas mismas vulnerabilidades y credulidades, así como potenciando ciertos delirios. ■

Campo Ricardo Burgos López

La línea sin reposo: una ficción multifacética



La línea sin reposo

Efrén Giraldo

Ilustraciones de Jorge Marín

Colección Mil y una sílabas

Sílaba editores

Medellín, 2016

126 p.

La *línea sin reposo*, el más reciente libro del ensayista y crítico Efrén Giraldo y del artista Jorge Marín, es muchas cosas a la vez y solo una. Puede leerse como un libro de cuentos fantásticos, entenderse como una parodia a la crítica de arte, contemplarse a través del lenguaje de la ilustración, recorrerse como un mapa que señala los sucesos reales que han marcado la evolución del arte de vanguardia, o revelarse como una predicción de los terrenos que quizá conquistará la plástica en el futuro. Pero, en esencia, es una ficción rica en recursos dispuestos a manera de clave, de tal forma que, valiéndose de la complicidad del lector, el todo sea superior a la suma de las partes y nos hable de algo adicional: la creación como símbolo de nuestra imaginación.

A primera vista, la obra recoge un catálogo de artistas firmado por Dora Friengel, una escritora que a finales del siglo XX reseña a quienes se expresan con técnicas y lenguajes artísticos insólitos para la época. Los perfiles, que reconocen la infinidad de vías por las que se materializan el pensamiento y las emociones, no se detienen en la descripción del resultado, en este caso las obras, sino que indagan por el proceso que culmina en ellas, entendiendo que el miedo, la duda, la

soledad, la nostalgia, la euforia y el dolor son factores que hacen parte de él. Lo humano, en esencia, es motor de creación.

Como contrapunto a las vidas imaginadas de los artistas, la autora ficcional incluye breves referencias a otros movimientos, artistas u obras de arte contemporáneo que el lector, acudiendo a su bagaje cultural o rastreando pistas que involucran lugares, fechas, imágenes y nombres, puede concluir que se encuentran inscritas en el mundo real. Bastará con identificar una famosa exposición de Andy Warhol, recordar el trabajo experimental con el silencio de John Cage o reconocer un *performance* notorio de Marina Abramóvich para entrar en una lógica que remite a la verdad, y que además invita a rastrear los demás sucesos, artistas o momentos no identificados, en un juego al que solo el lector podrá ponerle límite.

En un tercer momento, la obra se vale de la ilustración como constante que completa la unidad del libro. Base de todas las artes visuales, no es casual que sea el dibujo el medio para representar con imágenes las obras de los artistas por venir. A pesar de las expresiones desbordadas de muchos, que no le temen a lo imposible, el esbozo simboliza ese origen de la representación plástica. Tampoco es gratuito que la metáfora que encierra el título se refiera a la mínima expresión gráfica, la línea, y que sea su incesante movimiento, impulsado por la búsqueda, el responsable de proyectar el arte hacia el futuro. El reto aquí es para Jorge Marín, cuya labor debe hacerse camaleónica y versátil, sin más recursos que el trazo y su distribución sobre el papel.

Si al catálogo y a los fragmentos que se reconocen porque ofrecen información verificable se suman las ilustraciones que aluden a ellos o que complementan en términos visuales el perfil de los artistas, se puede pensar en tres bases sólidas con carácter documental que le imprimen autenticidad al mundo ficticio planteado, y que no solo resultan en un ingenioso ardid, sino que también permiten extender una correspondencia entre las vidas y obras futuras y las preguntas que el panorama actual del arte contemporáneo suscita. Qué función cumple la crítica en la consagración de un artista, cuáles son los espacios de ubicación de la obra, de qué objetos puede ocuparse, cuáles son los medios para su ejecución, en qué consiste el papel del receptor, son apenas algunas de ellas.

Además, la imagen de la carátula de una supuesta versión anterior del libro, una nota editorial y un comentario aclaratorio a la décima reimpresión —aquella

que se nos presenta como lectores— contribuyen como pruebas de existencia a reforzar la idea de que la obra se sitúa en el plano de la realidad. Sin embargo, el momento en el que se firma el nuevo tiraje —en el futuro año de 2061—, las fechas de nacimiento y muerte de los artistas —muchas de ellas todavía lejanas en el tiempo— y algunas inviabilidades en cuanto a la realización de las obras descritas (y aquí cabe mencionar a Sir Anthony W. Blunt, cuya obra consiste en crear en pequeña escala y manipular en las salas de exposición tormentas, huracanes y fenómenos meteorológicos) revelan que se está frente a un artificio cuya verosimilitud aumenta debido a las plataformas intertextuales, que hacen posible que el lector traslade la naturaleza de realidad de algunas de ellas a la totalidad del texto. Algo similar ocurre con el nombre de la autora ficcional, Dora Friengel, anagrama de Efrén Giraldo, autor real, en otro guiño que propone una aproximación lúdica a la lectura para estimular el principio de colaboración que busca dar sentido a la comunicación.

Así como desde su posición de escritora exiliada (su trabajo no fue reconocido en vida y a los perfiles no se les dio importancia en su momento por tratarse de artistas excluidos del canon) no resulta casual que el interés de Friengel se centre en el pluralismo estético, tampoco lo es que la representación en términos narrativos de las obras que lo encarnan sea la responsable de zanjar las dificultades o imposibilidades que surgen en la tarea creativa. Los textos ponen en palabras lo que no puede existir de otro modo. En el caso de Alirio Blanco Contreras, artista de la desmaterialización, quien aboga por una obra sin presencia, y que halla raíces en la táctica del vacío con exponentes como John Cage e Yves Klein, solo a través de la narración se representa una idea sin asidero visual. ¿Cómo existe una obra que nadie puede conocer? Aquí el relato de Friengel llena el vacío, y así esto ya involucre una contradicción, pues escribir implica reconocer, su lector podrá imaginar a un artista con dicha propuesta. Las reseñas son entonces relatos de obras que se introducen en el campo de la realización contemporánea a través de la escritura. Están en un futuro ficticio, pero ya son posibilidad en un presente real.

Cabe destacar que la aproximación al trabajo de los artistas reseñados no se hace solo a partir de la descripción del mismo sino, quizás más importante aún, desde los juicios de valor intrínsecos a esa selección que resulta en cada reseña y en el conjunto de las mismas. En la obra en cuestión, el conocimiento que el

lector tiene ya ha pasado por el filtro de Friengel, y no puede ser indiferente a ese criterio que revela una manera de entender y estar en el mundo. Los conceptos de injusticia, marginalidad, culpa, belleza y éxito, por mencionar solo algunos, de manera inevitable remiten al acervo axiológico bajo el que la autora observa el campo artístico, y por ello el catálogo en su conjunto también emite un juicio y, más importante aún, lo hace el libro en su totalidad.

A la luz de esta valoración, la pertinencia del inventario aumenta, ya que está compuesto por artistas ignorados e incomprensidos en su momento y por quienes se adelantan al éxito que una recepción posterior confirma. Unos buscan darle forma a su imaginación; otros tantean las fronteras donde el arte se desdibuja; muchos caen en el exceso. Por ende, los comentarios van creando un catálogo del absurdo que, estimado en su totalidad, desvela la paradoja sobre la que se finca el arte de vanguardia y que no solo aplica para el caso ficticio: intentar expandir los límites conlleva el riesgo de rebasarlos, de caer al otro lado y quedar por fuera, en la nada, en el vacío. “La historia no perdona a quienes osan adelantarse”, afirma Friengel refiriéndose a William Baquero de Jaramillo, un artista conceptual que quiso proyectar a enorme escala el perímetro de un cuadrado sin tener en cuenta que dichas proporciones impedirían su ejecución y certificación —fracaso que tuvo consecuencias nefastas sobre su cordura—. Según esto, acaso los logros del artista deban ser medidos, osando apenas a dar el siguiente paso en esa cadena que demarca la evolución de las expresiones artísticas, sin suprimir el eslabón que le corresponde para hacer parte de la cronología que llamamos historia y que supone una manera de comprender el mundo y sus manifestaciones.

A pesar de que la nota a la supuesta décima impresión aclara que la obra no alcanzó el éxito editorial en vida de su autora, Dora Friengel idea una ficción en torno al arte que, en el año 2061, y casi setenta años después de escrita, se convierte en un clásico de la literatura del exilio hispanoamericano. Vigente a pesar de las transformaciones de índole política, geográfica, social y cultural que anteceden al orden dinástico que rige ese mundo que imagina, *La línea sin reposo* traza, a partir de momentos que han roto paradigmas en torno al arte, un recorrido hipotético que, trasladado al plano de la realidad, se convierte en interrogación y nos obliga a preguntarnos por el lenguaje que emplean los artistas y por aquello que buscan comunicar. Además,

indaga en la mayor de las problemáticas, esa centrada en la recepción y calificación y que muchas veces intenta reducir a longitud aquella extensión que cubre un área amplia y compleja, campo de batalla interpretativo. La reflexión sobre la crítica, esa entidad difusa que tiene el poder para afirmar qué es arte, que establece su valor en el tiempo y el espacio, que determina su acogida, que descarta o incorpora medios y que legitima las expresiones estéticas de un momento histórico, se manifiesta de manera latente en los perfiles cuya relevancia trasciende la ficción para hablarnos a nosotros.

En *La línea sin reposo*, las inquietudes creativas de los artistas se pueden entender como una metáfora de las preocupaciones del actual panorama de la literatura. Esa pregunta por el arte del futuro se hace igualmente vigente en la escritura y resuena en un momento en el cual diversos géneros buscan hacer parte del canon o, mejor aún, diluirlo en aras de la democratización. La crónica, el relato gráfico, la poesía visual, la escritura autobiográfica e incluso expresiones populares como la canción, relegadas a los márgenes, ahora están siendo reconocidas, en una dinámica similar a la que propone el libro, no solo a partir de la consagración posterior de los creadores plásticos, sino también con el éxito literario de una obra cuyos recursos polifónicos le permiten moverse con comodidad en varios registros. Ficción, crítica y experimentación son algunos de ellos. Intentar precisarlos, más que señalar sus linderos, hablará de la dimensión de nuestro horizonte. ■

Mónica Gil Restrepo



Fe de erratas

En la entrevista *Café con una pionera de la investigación en Colombia*, *Ángela bajo el microscopio* de Ana Cristina Restrepo, publicada en la Revista 325, el nombre correcto de la hermana, mencionada en la página 63, es Eugenio de Jesús.

{ Novedades }

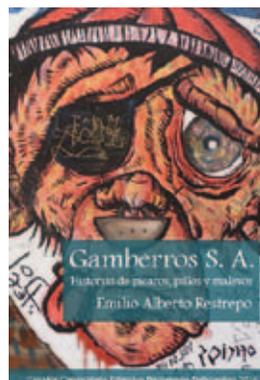
*Ahora solo queda
la ciudad*

Cristian Romero
Hilo de Plata Editores-
Alcaldía de Medellín
Medellín-Colombia
2015
136 p.



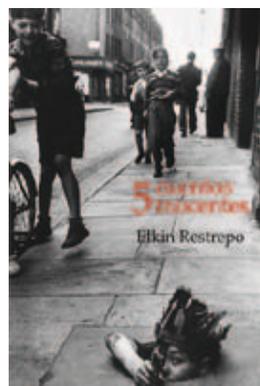
Gamberros S. A.

Emilio Alberto Restrepo
Hilo de Plata Editores-
Alcaldía de Medellín
Medellín-Colombia
2015
200 p.

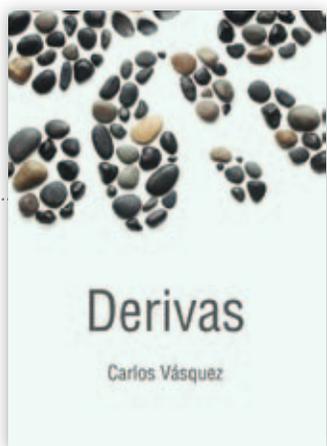


5 cuentos inocentes

Elkin Restrepo
Hilo de Plata Editores
Medellín-Colombia
2015
64 p.



Como esos juegos con sombras



Derivas
Carlos Vásquez
Editorial Universidad de Antioquia
Medellín, 2016
136 p.

Es el alba. Líneas de sombra delatan la ventana sobre el suelo, anuncian que algo más puede abrirse si se levanta la vista, si se la deja vagar entre el aire. Tal vez, a lo lejos, un árbol tiemble aún movido por un viento tranquilo. Acaso escribir sea eso: prestar atención a la sombra más leve, al ser de las cosas que se escapa a la luz, que es luz sin luz.

La escritura es siempre un azar, una señal sin prisas del paso de algo, de algo que pasa mientras pasamos con él. Las derivas de Carlos Vásquez son como las tenues líneas de humedad en una playa donde las olas no dejan de venir. En este libro, cada deriva es la suma de todas las derivas y es ella misma y única; pero es también la deriva por venir. Como la playa que no retiene las olas que la bañan, Carlos Vásquez sabe que cada deriva es huidiza, que en cada ola el mar o el río fue siempre otro y que la brisa siempre fue ajena.

Derivas es un libro innumerable en su cifra, mil derivas que son el incesante latido de todo, de la nada en todo. Como afirma René Char, “El poeta no retiene lo que descubre: una vez transcrito, lo pierde enseguida. En eso residen su novedad, su infinito y su peligro”. *Derivas* es un libro de poesía, un libro en el que la poesía toca con lo esencial de su ser, con ese saber que no

sabe nada, con esa visión que no es ver, que, más que ver y descubrir, es escuchar. El poeta escucha, ausculta instantáneamente cada voz que llega a su playa, cada ola, no para entender o explicar nada sino para implicarse, para abismarse en ella y mantener su oído firme sobre las perforaciones que horada el agua. El poeta sabe que apenas transcribe, que “Escribe con la rabia de ya no tener” (p. 48), “Porque escribir es perderlo dos veces” (p. 28).

La poesía, ha escrito también Carlos Vásquez, es una respuesta a una pregunta no formulada, pero también a una pregunta tranquila, a una pregunta que acepta su errancia, que sabe que no va hacia una verdad, que no busca revelar ni ocultar, una pregunta que cuida y protege aquello que aún se oculta y tiembla entre lo revelado: el misterio, dice: “Si uno pregunta responden. La voz no ha superado el reflejo” (p. 22). Se trata de “Preguntas que no guardan espinas” (p. 22), preguntas que no se demoran, preguntas que son la poesía y su reflejo, la respuesta sin bordes ni aristas, instantánea, fugaz pero permanente, que no asciende ni desciende, que cruza sin atravesar. Al decir de René Char, “La poesía es, de todas las aguas, la que se entretiene menos en los reflejos de sus puentes”.

“Como esos juegos con sombras” (p. 74), escribe el poeta con total entrega, implicado hasta la médula; para él, el lenguaje no es un juego, cada palabra es un amasijo de sombras que hace su luz, son las sombras las que encienden palabras y no las palabras las que iluminan la sombra. Entre ellas, “La soledad se llena de manos” (p. 43), manos que buscan entre las sombras su calor perdido, la voz que ha horadado el silencio, que ha logrado “Hacer fuego con tanta sombra junta” (p. 25), rescatar, uno a uno, los latidos bajo las voces idas, que ha logrado hacer de ellos frases, derivas. Y sabe que hay que preservarlas, mantener sus contornos sin filos ni puntas, que hay que llevarlas sin que apenas se junten, “Que las frases se toquen. Más no” (p. 106), que se acompañen cada una en su distancia y en su soledad de pequeñas piedras pulidas sobre la arena: rastros de sombras.

Las derivas se escriben borrando, pero no con un borrar que silencia y proscriba sino con un borrar que preserva y atesora, un borrar que sigue la ruta del corazón de cada frase, hasta que su palpitar se haga audible, hasta que se cuele por las fisuras que abre en el misterio cada letra. “Borrar hasta que salga alguien” (p. 116), pero hacerlo como el río, como la ola, que transcurre mientras ocurre; borrar “Como se borran las nubes

sin darse cuenta" (p. 119). Hay que aguzar el oído, un oído hecho de todos los sentidos, un oído que nos deje saber si nos hemos despojado lo suficiente para que alguien llegue, para que su voz cruce la grieta sin quebrarse. Aquí la poesía aprende el pasar, encarna el ideal del Ricardo Reis pessoano que dice: "Pasa, nube, pasa y enséñame a pasar" y sabe que lo que queda es ser huéspedes del paso, vivir en él sin nada esperar, atender cada pálpito.

Mil derivas son mil corazones y "Cuántos latidos de uno en uno" (p. 120).^U

Carlos Ciro (Colombia)



ALMA MATER

Universidad de Antioquia



Noticias y análisis de actualidad permanente

Contar lo que hacemos es un deber constitucional
Conocer lo que hacemos es un derecho ciudadano



EMISORA CULTURAL UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

SISTEMA DE RADIO EDUCATIVA

ESCÚCHANOS EN:

Magdalena Medio 94.3 FM

Medellín 1410 AM - 101.9 FM

Occidente 90.6 FM

Suroeste 100.9 FM

Urabá 102.3 FM

MÁS DE 80 AÑOS
SIENDO **LA VOZ**
DE LA UNIVERSIDAD

Oriente 103.4 FM

Bajo Cauca 96.3 FM

<http://emisora.udea.edu.co> -  /EmisoraCulturalUdeA -  @emisoraudea



Emisora Cultural
Universidad de Antioquia

101.9 FM - 1.410 AM

K

Volumen 26 N° 115

KINETOSCOPIO

ColomboAmericano | Medellín

KEN LOACH
80 AÑOS

¡Suscríbete a la Revista Kinetoscopio!

Valor \$60.000 incluye 4 ediciones impresas
y 2 cuadernillos digitales exclusivos para suscriptores.

Más información:

(547) 204 0404 ext. 1048

Kinetoscopio@Kinetoscopio.com

www.kinetoscopio.com

 /Kinetoscioccam  @RevKinetoscopio



ColomboAmericano
Medellín



323

- Especial Fernando Pessoa
- Entrevista: Martha Nussbaum.
La filosofía, un lugar de encuentro del arte, la educación y la ira (o las emociones)
- La elocuencia y la mudez.
La línea paradójica de Saul Steinberg
- La Ciudadela: la ciudad de los libros.
Arquitectura y libros en Ciudad de México
- Edwin Monsalve.
Imposibilidad del paisaje
- Hitchcock/Truffaut. El libro y la película



324

- Ondulaciones en el espacio-tiempo
- Elias Canetti: *Auto de fe*, un personaje
- Entrevista: los papeles de Jessie Burton.
- Óscar Collazos, retrato intermitente
- Zaha Hadid: de la arquitectura pictórica a la arquitectura global
- El milagroso Fernell Franco
- Nombrar a Trumbo



Número anterior

325

- Carta a Felisberto Hernández
- Ensueños y sonambulismo en dos novelas de Hermann Broch
- Entrevista: Café con una pionera de la investigación en Colombia. Ángela bajo el microscopio
- Los otros arquitectos, las otras arquitecturas en la Bienal de Venecia 2016
- Cuento: El concierto
- Tres días en la vida de una mujer

Suscríbete

Cuatro números, suscripción por un año

Estudiantes \$30.000

Profesores, empleados y egresados U. de A. \$40.000

Público general \$45.000

Valor ejemplar \$15.000

www.udea.edu.co/revistaudea



 /revistaudea  @revistaudea

 revistaudea@udea.edu.co



ISSN 0120-2367

